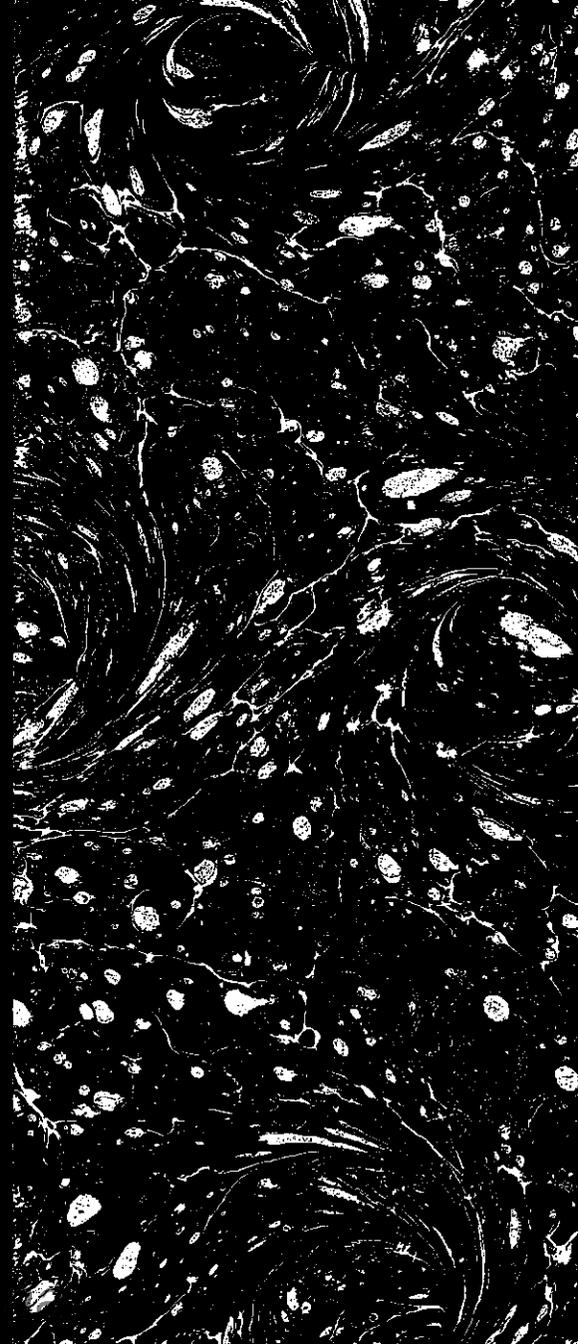


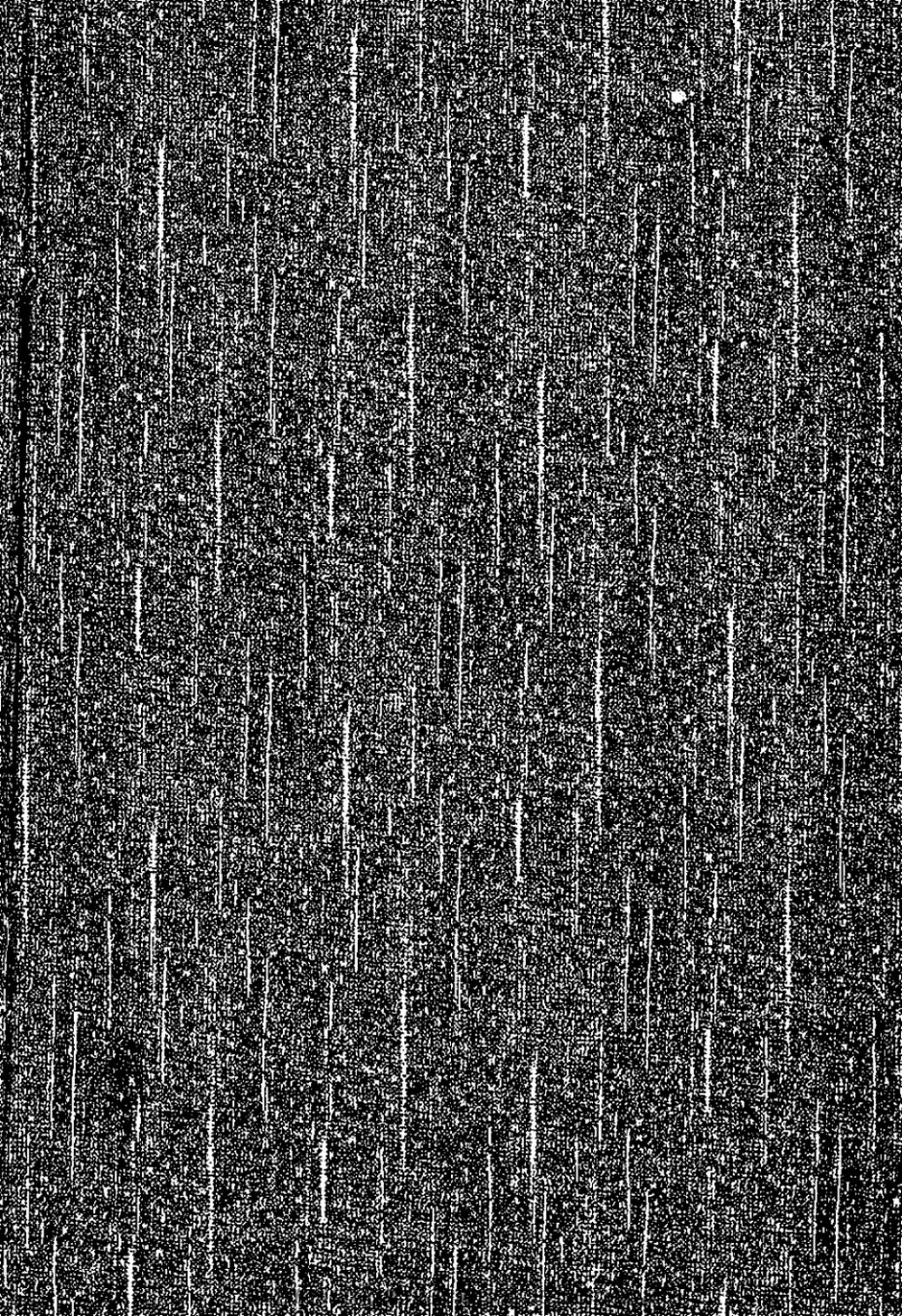
THE  
LIBRARY  
OF THE  
MUSEUM OF  
COMPARATIVE ZOOLOGY  
AND ANATOMY  
HARVARD UNIVERSITY

5479



H. a.

5149





APUNTES  
PARA LA  
BIOGRAFIA DEL DR. JULIO HERRERA Y O.

---

EXPOSICION DEL LIBRO URUGUAYO  
MADRID - BARCELONA  
1900  
DONACION DE LA BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MONTEVIDEO A LA DE MADRID



R.125089  
ABEL J. PÉREZ

---



# APUNTES PARA LA BIOGRAFIA

DEL

## DR. JULIO HERRERA Y OBES

---

CON UN PRÓLOGO

DEL

*Dr. JUAN CAMPISTEGUY*

---

---

---

MONTEVIDEO

---

mp. "El Siglo Ilustrado", de Gregorio V. Mariño

938 — CALLE SAN JOSÉ — 938

1916

## Obras del mismo Autor

---

*Conferencias leídas en el Ateneo de Montevideo*

Artigas—1900.

La enseñanza de los expósitos—1905.

Apuntes sobre higiene escolar—1907.

Carlos M. Ramírez—1911.

---

América—1912—198 págs.

Motivos de una ley de educación común—1915  
—192 págs.

Algunas ideas sobre nuevas orientaciones de la  
enseñanza—1915—160 págs.

Apuntes para la biografía del doctor Julio He-  
rreira y Obes—1916—230 págs.

---

## EN PREPARACIÓN

Artículos, discursos y conferencias.

---

Recuerdos de otros tiempos.—Colección de ar-  
tículos.

---

De la cultura necesaria en la democracia,



*El doctor Abel J. Pérez, no es un desconocido. Su personalidad se ha destacado desde la primera hora, con relieves propios, acentuando sus rasgos siempre que los sucesos le han proporcionado la oportunidad de revelar sus condiciones intelectuales como periodista, escritor y hombre de palabra y de acción, en el Parlamento y fuera de él. Nadie le conocía pedagogo; pero los que han seguido sus pasos en esa orientación, leyendo sus numerosas producciones, reconocen que el actual Director de Instrucción Primaria ha arado hondamente en esta materia. Debo mentar una característica de la fisonomía de mi distinguido amigo: así como otros, en el transcurso de los años, fortifican la inteligencia con detrimento del espíritu de iniciativa, el doctor Pérez ha ido ampliando la esfera de sus conocimientos sin debilitarse ni enmohecerse los resortes de su corazón, que permanece joven, entusiasta y vigoroso. De ahí su fe profunda en la influencia educadora de la escuela, en pro de cuya difusión lucha constantemente; de ahí la firmeza de su amor por el ideal, que jamás*

ha dejado de alimentar en su alma ciudadana, siempre ávida de contemplar días mejores para la Patria y sus instituciones.

Los “*Apuntes para la biografía del doctor Julio Herrera y Obes*”, están escritos en forma galana, brillante sin ser pomposa, fácilmente comprensible, merced a la claridad de los conceptos vertidos por su autor. En su lectura no se encuentran períodos pesados, ni giros confusos, pues si alguna vez pudiera decirse que se ha diluído excesivamente el pensamiento, esa deficiencia estaría ampliamente compensada por la belleza de la factura y la movilidad armoniosa de las ideas.

El criterio utilizado para exhibir y juzgar al doctor Herrera, es el criterio histórico. De acuerdo con ese método, el autor estudia el ambiente social que guió al biografiado en la primera etapa de su vida, para continuar examinando la influencia que ejerciera aquella literatura francesa del siglo pasado, romántica y apasionada, en el espíritu de su juventud. Fundándose en ese análisis y otros posteriores, los “*Apuntes*” exhiben al político romántico, radical en sus ideas y actos, ardiente y mordaz, transformado en otro hombre cuando, años después de su destierro en la barca “*Puig*”, se hace cargo de la dirección de “*El Heraldo*”. Esa transformación se

operó durante su estada en Buenos Aires. Allí, en esa ciudad, en casa de su amigo el doctor Ellauri, también proscripto voluntariamente, el ilustre ciudadano lee, escribe, realiza labor intensa, “comprendiendo que otros rumbos se abrían para la política futura”.

El idólatra del doctor Herrera y Obes que crea encontrar en estas páginas un relato exclusivamente laudatorio y fantástico, comentado hiperbólicamente, sufrirá un rápido desengaño. Este libro constituye, en cuanto al fondo del tema, un trabajo serio, meditado, sereno, no exento, eso sí, de una buena dosis de entusiasmo, al examinar ciertos rasgos de la fisonomía de aquel ciudadano. Obra de sociólogo, de historiador, de político experimental, mide y pesa la influencia del ambiente, contempla la acción determinante de sus factores, pero siempre con la vista fija en el ideal, para consagrar las responsabilidades en que incurren los políticos que prescinden de esa meta. Si el doctor Pérez no es un intérprete de la posteridad, trata de anticiparse al tiempo, juzgando imparcialmente al que fué su amigo, aunque para ello tenga que violentar los más puros y arraigados afectos del alma. Y que esa tarea ha sido desempeñada satisfactoriamente, lo evidencia el hecho de que las conclusiones de este libro armonicen con el sentir y el pensar de la opinión pública,

*de esa otra entidad que, si no es la posteridad, comienza a serlo, según un escritor francés, “por la diversidad, imparcialidad y constancia de sus votos, por la perspicacia de su vista, la elevación de su mirada y lo dilatado del horizonte que divisa”.*

*Como todos aquellos que han cultivado la amistad del doctor Herrera o saborearon sus producciones intelectuales, el doctor Pérez se siente irresistiblemente atraído por los destellos que han emanado de ese cerebro poderoso. Admira, como muchos hemos admirado, al periodista, al orador, al escritor, al espíritu satírico y epigramático. Elogia ciertas modalidades suyas como mandatario; reconoce su actividad infatigable como funcionario público, enaltece algunos de sus rasgos personales; pero su admiración y su elogio se detienen cuando llega a juzgar ciertos hechos de su actuación presidencial, criticando su escepticismo de buen tono, su desdén “por ciertas creencias generosas”, su tendencia a cultivar el “maquiavelismo político”, sus debilidades con las bisonjas y las adulaciones que giran en torno de los poderosos. Observa severamente el nombramiento del doctor Brian como Secretario de la Presidencia, juzgando en la misma forma la resistencia opuesta durante su gobierno para que los Ministros acudieran al Cuerpo Legislativo a dar los informes soli-*

citados. Pero la nota más trascendental de los "Apuntes", se encuentra en los dos capítulos dedicados al examen y crítica de la influencia directriz, que la generalidad de nuestros gobernantes han utilizado con fines notorios. Excuso decir que el doctor Pérez ha demostrado con claridad, precisión y elocuencia, que esa acción ilegítima nada crea y mucho paraliza, retardando la efectividad del ejercicio del voto en su forma característica y eficiente.

Prescindiendo de su valor histórico, político y literario, este libro puede ser fuente de estímulo para que otros escritores sigan el ejemplo de su autor, narrando imparcialmente los sucesos que observaron y esbozando la fisonomía de los personajes que han visto, oído y tratado familiarmente. De esa manera, se facilitará la tarea del historiador, en su misión de exhibir la verdad. Sólo los ídolos de barro, sólo las apologías exageradas y caprichosas, pueden temer los resultados de ese análisis. En cambio, ¡cuántas reputaciones desconocidas o vulneradas por la pasión o el odio quedarán habilitadas para ocupar el puesto que las posteridad debe asignarles!

Montevideo, 23 de octubre de 1916.

JUAN CAMPISTEGUI.



## A MANERA DE EXPLICACIÓN

---

*Las páginas que siguen representan, apenas, un modesto concurso, algunos apuntes solamente, sobre el doctor Julio Herrera y Obes, cuya biografía amplia y completa ha de escribirse, debe necesariamente escribirse, pues a ella se ligan sucesos importantes de nuestra vida nacional, que se aclararán definitivamente cuando se escriba esa historia de un hombre tan injustamente apreciado.*

*Al consignar estos apuntes, he cedido a ajenas insinuaciones que se me han hecho, al rectificar sucesos que había presenciado y que se narraban desnaturalizándolos, sincera o deslealmente, por ignorancia o por mala fe; y he cedido a esas insinuaciones, considerando que es un deber de todos aquellos que han vivido en una época determinada, de importantes sucesos históricos, en los que han colaborado o que han visto de cerca, dar al papel sus impresiones o sus visiones, como*

*una colaboración impuesta por las circunstancias, como un deber estricto de los contemporáneos.*

*Estas páginas están escritas desde 1913, y no he querido introducir en ellas ninguna modificación que altere su primitivo sentido, o dé nuevos rumbos a los propósitos que las inspiraron antes de producirse sucesos que son de una inmensa trascendencia histórica.*

*Me parecía que era una obligación, para mí, hacer la manifestación precedente, con lo que doy fin a la explicación anunciada.*

ABEL J. PÉREZ.

---

# Antecedentes para la biografía del doctor don Julio Herrera y Obes

---

## CAPÍTULO PRIMERO

Sus primeros años. — Ambiente colonial; comunismo doméstico primario; diversiones comunes: la muralla, la rabona; pesimismo sobre su inteligencia; sus estudios superiores; influencia francesa sobre la orientación de su mente; su espíritu crítico y epigramático. — Costumbres partidarias de la época, apasionamientos en los hogares; la marcha de Herrera al Paraguay como Secretario del general Flores; atracciones, para su carácter, de la prensa de entonces.

Julio Herrera y Obes nació el año 1843, en Montevideo, cuando la capital de la República era todavía una gran aldea, en la cual se hacía una vida de escaso movimiento, siempre igual, de una monotonía desesperante, en la que faltaba toda distracción que no fuera de aquellas de carácter doméstico, que se desarrollaban dentro de los muros del hogar. Aunque la independencia estaba ya con-

sagrada, se hacía una vida ingenua y sencilla, prolongación de la vida colonial, que se deslizaba en un ambiente de comunismo primario, de solidaridad familiar, dentro de la cual cada vecino se consideraba autorizado a integrar su guardarropa con el que poseía el de la derecha, su despensa con la que tenía el de la izquierda, y su mobiliario con el poseído por el vecino de enfrente. Con este criterio comunista, cada fiesta imponía una contribución forzada a todas las relaciones de los que tomaban parte activa en ella, pues unas proporcionaban los ricos pañuelos de Manila o los de Cachemira, bien como abrigo o como adorno, otras sus peintones, alhajas o mantillas, otras las tazas para el chocolate o los sirvientes para servirlo. A veces este comunismo rayaba en la exageración, pues no era raro contar con el vecino o vecina, ya para que prestara una plancha, ya un poco de carbón o leña, porque se habían olvidado de encargarlo al carbonero, ya un poco de asado, ya aves, huevos o dulces, por las mismas o parecidas razones. Al amparo de una vileja y verdadera amistad, es quizás explicable esta comunidad harto familiar; pero es que en la época a que me refería al principio, no se necesitaban estas razones para formular pedidos de un orden tan íntimo,

que salvaban la valla de lo tolerable y admisible.

No es esto, como pudiera suponerse tal vez, una invención, sino la referencia a hechos reales y positivos, que lo mismo tenían por escenario los hogares más modestos que los más encumbrados, debiendo recordar, no obstante, que este último calificativo de hogar encumbrado no tenía entonces la misma significación que pueda tener en nuestro ambiente actual.

Como es natural, esta ingenuidad de vida era general y alcanzaba a todas las actividades urbanas y rurales, sin más diferencia que la de que la sencillez de existencia se accentuaba para las últimas, alcanzando allí lineamientos patriarcales, que sólo se esbozaban en la ciudad. La sencillez era la característica social: sencillos eran los trajes de modesta muselina que usaban las jóvenes, sencillos los menús de las comidas criollas y sencillas las tertulias de entonces, en que la única complicación aceptada era la alegría con que se tomaba parte en ellas.

Limitada la ciudad por la antigua Ciudadela, más allá se extendía el campo libre, punto no siempre seguro para las excursiones campestres. En estas condiciones, el sitio de reunión social aristocrático, era el

antiguo recinto de la plaza fuerte, y se extendía por la costa, cerca de la muralla, pasando por el antiguo fuerte de San José, donde paseaban en grupos las niñas, con la cabeza descubierta, en una familiaridad de aklea, sencilla, ingenua, casi infantil. Y ese ambiente amistoso reinaba siempre en la ciudad, en todas las diversas manifestaciones de su vida, así para el trabajo como para sus diversiones. En cuanto al primero, él se realizaba en los hogares por las negras, antiguas esclavas, que conservaban, en general, por sus años una fidelidad inalterable que en algunos momentos llegó hasta la abnegación más completa, pues son frecuentes los casos en que habiendo perdido esos años la fortuna heredada, algunas de esas viejas esclavas, sólo ligadas a las antiguas familias por su cariño y lealtad, siguieron trabajando con esfuerzo para sostener a sus *patrones* pobres y sin recursos. En esos trabajos, de índole esencialmente doméstica, amas y criadas compartían sus tareas fraternalmente, sin aparentes diferencias sociales, y esta existencia común y familiar ligaba de tal manera a las señoras con el personal de su servicio, que no era raro ver dos o tres generaciones de una misma familia de servidores sucederse sin interrupción en el mis-

mo hogar y el caso no menos frecuente de que la nodriza que crió al *niño* de la casa, asistiese a su boda y acaso hasta a su entierro, en una edad avanzada, pues eran comunes los ejemplos de longevidad en los *morenos* africanos, superiores en esto a los amos. Había un sitio en la ciudad que parecía subsanar en ésta la falta de alrededores campestres seguros, y este sitio era familiar a los muchachos que hacían la rabona a sus escuelas, escasas y poco atractivas, a los cuidadores de gallos o galleros, agentes naturales de un juego muy general y aristocrático entonces, y también a cierto acaparador de pieles de gato, muy conocido, en esos sitios, de los escolares, y de quien se murmuraba entonces, no sé con qué visos de verdad, que no se limitaba a acaparar las pieles, sino que también acaparaba la carne, que vendía luego en las fondas, donde, gracias a un rápido transformismo, se convertía en conejo.

En una ciudad así, de una sociabilidad embrionaria, el hogar tenía hasta cierto punto paredes de cristal, que prolongaban su extensión de casa a casa, sin delimitar bien sus fronteras, lo que, si bien acentuaba los grandes afectos nacionales colectivos, lo hacía un poco a expensas de los afectos de familia. Esa cierta frialdad en los lazos de

ésta, que era, entre otras, la consecuencia de las causas que he indicado antes, parecía hecha para no debilitar las energías reclamadas por una época de rudas luchas, en la cual la consolidación de la independencia conquistada y la organización de las democracias nuevas, requerían esfuerzos constantes y sacrificios dolorosos, que hubieran sido inconciliables con la posesión tranquila de una situación normal y corriente.

Acaso fueran estas costumbres, un poco espartanas, las que plasmaron esas generaciones vigorosas y batalladoras, que lucharon heroicamente, y sin retroceder, por grandes ideales colectivos que daban su fisonomía propia a los movimientos pasionales, inspirados, casi sin excepción, por un desinterés caballeresco.

En ese ambiente, se crió Herrera, haciendo una vida libre, independiente, en la cual había más días consagrados a la bohemia infantil de errantes excursiones por la *muralla*, que al trabajo o al estudio. El propio Herrera me contó que, siendo niño, él, como otros compañeros de su edad, pagaban tributo a la pasión de los gallos ingleses de riña, criándolos cada uno en su casa y llevándolos todos los días a tomar el sol y el aire a la muralla. Aprovechaban, para esto,

unas largas esclavinas que usaban entonces los niños elegantes y que se llamaban *talmas*, no sé si en obsequio al gran actor francés, las cuales permitían ocultar bajo el brazo los atlivos habitantes de los gallineros domésticos. En la misma forma se reunían, en la muralla, numerosos machachos y algunos galleros; pero el objeto de los escolares de rabona, me decía Herrera, no era ventilar sus gallos, sino probarlos, y para esto seguían un procedimiento bastante expeditivo que consistía en examinar el gallo de mejor aspecto de entre los que llevaban los galleros, y, aprovechando cualquier descuido del cuidador, ponerle en frente el propio: si el que llevaba el chico bajo su talma venecía al otro, se retiraba satisfecho, y vencedor, consagrando el mérito del suyo; pero, en cambio, si era vencido, abandonaba sencillamente al derrotado, y sin mayores ceremonias se llevaba tranquilamente el vencedor. Este sistema de educación no es, acaso, muy pedagógico, con arreglo a las ideas modernas; pero remontando la mente a esas épocas pasadas, insistiremos un poco sobre esos rasgos espartanos de la educación, que no reclamaba grandes escrúpulos en el agente de una de esas travesuras, con tal que demostrara valor, y es evidente que lo demostraban aquellos chicos

al apoderarse subrepticamente de los gallos que pasaban los galleros, pues éstos no solían ser muy suaves y corteses con los que realizaban tales bromas. Entretanto, estas distracciones frecuentes, a pleno aire, que vigorizaban, sin duda, el cuerpo y robustecían los pulmones, se hacían un poco a expensas de la instrucción primaria, que no atraía mayormente a nuestro héroe, dándose el caso, según sus propias confidencias, de que sus maestros lo consideraran de una pobrísima inteligencia, destinada a un fracaso irremediable! No es esta, seguramente, la única profecía de tal índole que el tiempo luego se encarga de desmentir; la relacionada con Herrera no era, sin duda, la primera; pero estoy seguro de que tampoco será la última.

Por otra parte, sabido es cuán deficiente era la escuela primaria de entonces, no sólo en nuestro país, sino en el mundo entero y cuán conocida la falta de métodos científicos, la carencia absoluta de atractivos que ella ofrecía al alumno, a quien se presentaba el cuadro permanente de los castigos más brutales sistematizados. Ese descanso mental, que por una u otra causa se proporcionó Herrera en sus primeros años, parece que le sirvió admirablemente para fortalecer su cerebro, como si presintiera el destino de lucha que le estaba

reservado. Si Herrera no descolló en la escuela primaria, en cambio surgió en sus estudios superiores, donde un observador hubiera podido comprobar fácilmente el vigor de aquel pensamiento que se abría al estudio del derecho, con un sello acentuado de independencia y de originalidad, que fueron en todo tiempo la característica de su personalidad múltiple y desbordante.

Esa adolescencia de Herrera, se caracterizó menos por su dedicación al estudio, que por la originalidad de su talento, rápido en la concepción, formidable en la réplica, sutil en la argumentación, e inesperado en sus conclusiones, bien preparadas para anonadar a su contradictor. En esas controversias de la cátedra, hizo su gimnástica preparatoria de polemista, escolástico con frecuencia, paradójico en ocasiones, sofístico algunas veces; pero siempre brillante en su exposición desbordante y sugestiva, que atraía con deslumbramientos irresistibles.

Con una naturaleza vigorosa, con un temperamento excepcionalmente apasionado y con una inteligencia sobresaliente, Herrera no podía ver ante sí y no vió otra ocupación que la política, tanto más cuanto que ello se imponía con todo el peso de la herencia, desde que lo impulsaban las corrientes ancestrales de varias generaciones de políticos.

Y tenía para ese orden de actividades, condiciones excepcionales. Era el suyo un espíritu sutil, orientado por el alma francesa, condensada en aquella pléyade brillante de políticos, filósofos, oradores, poetas y escritores, que llenaron con sus actividades geniales la mitad del pasado siglo, irradiando a todas partes los rayos más luminosos y fecundos.

Criado en el culto de esa literatura, por tradición de familia y por aficiones propias, ese culto asumió variadas y brillantes formas en aquella mente vibrante que abordaba todos los temas, estudiaba todos los problemas y esparcía todas las ideas, como mariposas de luz que llevaban a todas partes el calor y el entusiasmo del alma francesa. Y Herrera se había identificado con aquella mente, y poseyendo, como poseía, un enorme poder de asimilación, devoró aquellas páginas, vibrantes o armoniosas, acariciantes o condenatorias, suaves o agresivas, y acabó por crearse un estilo propio que lo hacía formidable en la argumentación, excepcionalmente atrayente en sus entusiasmos avasalladores, admirable en la forma burilada de sus producciones, verdaderos modelos de composición ardorosa y cálida.

Y alrededor y sobre estas cualidades, había una nota que le era personal y característica, que envolvía sus producciones, que lo acompañaba siempre, ya entre líneas, o ya abiertamente en sus renglones vibrantes, que parecía ser su sello o su firma puesta al pie de sus artículos y en lo cual era único e inimitable. Ese algo era la perpetua travesura de su espíritu, en que a veces pasaba como un relámpago la sutil ironía de Aristófanes clásico y elegante, a veces la broma harto aventurada o pornográfica de Boccaccio, en ocasiones el epigrama pronto y fulminante de Quevedo; pero ante todo, la crítica profunda, sutil y siempre nueva y contemporánea de Figaro, de quien era Herrera constante y sincero admirador, y de Pablo Luis Courier, con cuyo estilo tenía grandes semejanzas. Su espíritu chispeante estaba siempre pronto para lanzar la certera saeta que hería constantemente el punto vulnerable, pues había nacido crítico y, sin pretenderlo tal vez, tenía esa rara facultad de percibir, en las líneas aparentemente normales del cuadro, el detalle cómico que motivaba la observación epigramática y certera y que abatía una personalidad o enterraba una iniciativa. Herrera tenía el secreto exclusivo del chiste oportuno, del cuento apropiado,

que se hacía popular en veinticuatro horas, que corría de boca en boca, que se contaba o comentaba en el café, que se repetía en el club, que festejaba el político encumbrado y aplaudía el lector popular, y popular se hacía Herrera, cuya producción se esperaba día a día, pues se sabía que en ella venían condensadas una o varias travesuras. El secreto de algunos de esos grandes odios que Herrera provocó en su larga vida de político activo, estriba, acaso, en esas bromas certeras que herían en lo vivo una personalidad más o menos acentuada, la que no podía desprenderse después de aquella mortificante banderilla que atraía la atención de todos, que todos veían, que todos festejaban, sin ver o sin pensar que removían aquella desgarradura hasta hacerla sangrienta. Se perdona más fácilmente una herida que mata, que no la que mortifica, pues la primera liquida y pasa; pero la segunda sigue vibrando eternamente, vinculando el nombre del heridor a aquella sensación mortificante y deprimente, que no se olvida, que no se puede olvidar. He conocido alguno de esos odios que le han sobrevivido, y él los conocía también, pero no les concedía mayor importancia, con ese escepticismo elegante que lo caracterizó siempre. Sí; Herrera fué, en su esencia íntima, un

verdadero volteriano, un descreído, distinguido por su cultura y por el desenfado con que lo negaba, suponiéndose creyente, acaso con buena fe, y al que le faltó un poco de calor afectivo, un poco de sentimentalidad eficiente, un poco de entusiasmo cálido e intenso hacia un ideal muy alto y fecundo, para constituir, con su elevada inteligencia, múltiple y creadora, una de las más encumbradas y nobles personalidades nacionales.

Esa personalidad de tal índole, en posesión de todos los elementos necesarios para brillar, surgía en un período excepcional de nuestra historia, en el que cada paso que se daba tenía una trascendencia fundamental, pues determinaba una ruta fija para el porvenir, que no podía abandonarse sin deshonra. Los tiempos, repito, eran excepcionales, constituían, en realidad, un momento histórico de nuestra vida, una crisis decisiva tal vez en las formas orgánicas de nuestra democracia. Nuestro ambiente político estaba intensamente caldeado por fogosas pasiones combativas, que no amenguaban sus agresividades ni aun dentro de los muros del mismo hogar. Odios brutales separaban a los hermanos que pensaban diversamente para juzgar los hechos históricos o la acción de nuestros guerreros o nuestros políticos, y, con

la mayor frecuencia, en las casas más respetables y conocidas, ocurría, en la mesa, que, si acaso se planteaba el tema de los partidos, los ánimos se exaltaban hasta el punto de que los platos y vasos abandonaban su posición ordinaria sobre la mesa, para describir terribles parábolas que amenazaban comunmente la integridad de los adversarios. Me ha tocado, en mi infancia y en mi primera juventud, presenciarse estas escenas dolorosas que herían los afectos más nobles y más respetables, y he visto exaltarse, hasta el paroxismo, a personas de una elevada cultura intelectual, que olvidaban parentesco, amistades, educación, para jugar al volante con los epítetos más gruesos, los más injuriosos, los que herían más hondamente, los que dejaban una huella más dolorosa y más sangrienta, levantando barreras insalvables entre las familias y creando envenenados focos de encono salvaje.

Esas impresiones primeras determinaron, acaso, en mí ese criterio sereno que me permite juzgar con calma inalterable los hombres y los sucesos en los diversos períodos de nuestra historia, pues he conservado un santo horror a aquellas escenas de una violencia inconciliable con el alardeado grado de civilización que nos atribuimos. Nuestros

partidos no entrañaban divisiones fundamentales de ideas, sino de personas, y si bien tenían lineamientos que les daban ciertas afinidades con aspiraciones hacia tal o cual ruta, dentro de las ideas filosóficas o políticas de la vieja Europa, esos rasgos o lineamientos comunes, eran tan precarios, que había necesidad de toda la buena voluntad de sus adeptos, en uno u otro bando, empeñados en darse aboíengo ilustre, para encontrar esas semejanzas o analogías.

Un temperamento ardoroso como el de Herrera, debía impulsarlo, y lo impulsó, en efecto, hacia estas luchas ardientes en que se hería de todas maneras, con la palabra, con la pluma y con la espada, y en esa corriente tomó parte activa en las controversias de club, en las exaltaciones temerarias del partidario, y, joven aún, marchó al Paraguay como Secretario del general don Venancio Flores, jefe superior de las fuerzas uruguayas en la guerra que llevó a aquel país la Triple Alianza. Esas actividades múltiples, desarrolladas en todos los terrenos y con un gran derroche de energía, dieron colorido especial a la personalidad de Julio Herrera, haciendo de ella como un símbolo del luchador perseverante y valiente, a quien no arredran los obstáculos ni el número de sus enemigos. A su vuelta

del Paraguay, aunque muy joven, era ya un hombre hecho, en la más amplia acepción del vocablo y, más que un hombre, era un cerebro vigoroso que guardaba en su interior todas las energías latentes generadoras de grandes y fecundas cruzadas. Por vinculaciones de familia y de amistad, por comunidad de propósitos, por confraternidad de inteligencia y de emociones, Herrera tenía su puesto en el reducido pero brillante grupo de intelectualidades uruguayas que desde la prensa hacían una propaganda intensa y candente, agresiva y revolucionaria.

Herrera era un precioso aliado para el periodismo de entonces, pues traía a la batalla de cada día su inteligencia brillante, su lógica formidable de polemista, su decisión que no se detenía ante ningún obstáculo, su espíritu satírico y epigramático y su valor caballeresco, siempre pronto al sacrificio por los ideales defendidos en la prensa. Para darse cuenta de su acción personal y colectiva, en el periodismo de entonces, tenemos que trasladarnos con la mente a aquel período trascendental de nuestra historia, que tan honda huella trazó en nuestros anales de pueblo luchador y entusiasta.

## CAPÍTULO SEGUNDO

El romanticismo en las costumbres y en la literatura.— Los románticos cursis, los literatos, los arrabaleros, los guerreros. — Influencia social de los novelistas franceses Dumas, Sué, Chateaubriand, Hugo, Lamartine, Musset.—La influencia de la filosofía espiritualista en los claustros universitarios.—Julio Herrera formado en un medio así.—Rápido retrato de Herrera.—Principismo imperante.—Sus tendencias positivas, su soberbia irreductible, su explicación en la adoración circundante.—'El Siglo', sus cultores, sus apasionados y sus defensores anónimos.—Los principistas.—Radicalismos imprudentes y sus consecuencias fatales.—La prensa defensora de estas doctrinas, su acción indiscreta y su heroica y juvenil inconsciencia.—Su falta de tacto para encauzar y congregar los elementos sociales flotantes y dispersos. — Agresividades mutuas.

Vivíamos en pleno romanticismo literario y en la absoluta soberanía del espiritualismo filosófico. Eran dos fuerzas de extraordinaria eficiencia en el dinamismo político, literario y social, y su acción múltiple y continuada generaba los aspectos más antitéticos y extraños. Es difícil describir con eficacia esa época y ofrecerla como un cuadro

viviente, si no se tiene la visión personal y lejana de ese período, tan fundamentalmente contradictorio con el actual, y en cuyo ambiente se presentaban las más grandes y también las más extravagantes concepciones en un anárquico o caótico desfile de tipos, ideas y pasiones. Recuerdo personalidades que no quiero nombrar y que se distinguían por sus extrañas vestiduras o por sus peinados estrafalarios. X, que tenía, sin disputa, un alma honrada y una mente distinguida, se ofrecía en su aspecto en una forma lastimosa. Usaba el cabello muy largo, ligeramente ondulado, con cierto aspecto lanoso que indicaba su falta de trato con el agua y el jabón y su exceso de pomadas o aceites que le daban un falso brillo pegajoso; su cara lampiña era de una palidez intensa, provocada, en parte, por el vinagre que tomaba en cantidades con tal objeto o manteniendo algunos minutos la cabeza bajo la acción del ácido sulfídrico y, en parte, por su escasa alimentación, lo que entraba también en el decálogo de los románticos de pacotilla; sus ojos lánguidos por el insomnio y por el hambre, rodeados de negras ojeras formadas con corcho quemado, tenían un brillo singular que parecía de ultratumba; llevaba casi siempre larga levita, invariablemente negra, sin talle

ni contornos, que lo transformaban en un pastor protestante sin pretensiones, y cubría su cabeza con un chambergo de anchas alas y de dudosa limpieza, puesto con un abandono que él consideraba muy artístico y que era sencillamente presuntuoso. Si iba al teatro, su puesto era siempre el paraíso; si concurría a una tertulia, por compromiso, no se apartaba de las puertas, pues nunca se atrevía a dirigir la palabra a una niña o a una señora de quien siempre esperaba una burla más o menos acentuada, cosa, por otra parte, que tenía bien merecida. X no era una excepción en la sociedad de entonces; por el contrario, podía considerársele un hombre símbolo: era el romántico de mal gusto, *cur-si*, que suponía que el romanticismo consistía en vestirse mal, en no lavarse, en ser antisocial, en ser necio y en ocultar, bajo esta apariencia sencilla y modesta, una soberbia única, inagotable e inaguantable. En frente de X estaba el romántico de las ideas, pulcro, limpio, elegante, tal vez un poco afectado en su vestir, con tendencias arcaicas, pero amable, decididor, gran recitador de versos amorosos, declamados con exceso de intención, traducida en sus miradas a sus oyentes femeninos, llenas de melancólicas languideces y de aviesas intenciones. Este era el ro-

mántico sociable, perpetuamente enamorado, sin saber con exactitud de quién ni de qué; pero cuyo estado determinaba en él una actividad perpetua de cortesía sana y de servidumbre caballeresca, en favor de la mujer, a la que rodeaba de un ambiente de invariable y respetuosa consideración jamás desmentida. Había también el romántico arrabalero, procedente con frecuencia de los hogares más encumbrados, a quien una regresión misteriosa, impulsaba hacia una existencia nueva, rudimentaria, ajena completamente a la ya vivida, y el romántico militar, atraído por las empresas guerreras, con artísticos toques de hidalguía, como los grandes próceres de la emancipación americana!

Sin existir, en realidad, separación de clases, no puede negarse que había desigualdades de ambiente social, y ante el avance nutrido y formidable de las nuevas ideas, ninguno de esos ambientes se sustraía al romanticismo imperante, que adquiría, en esos medios, rasgos distintos o modalidades diferentes.

Todas esas circunstancias de acción diversa, tenían un exponente también diverso, sintetizado en los autores favoritos y, aún dentro del mismo escritor, en las simpatías por este o aquel personaje de sus obras po-

pulares. Como es natural, cada temperamento reacciona de un modo propio, distinto al de los otros, y, fuera del temperamento, sabido es que hay múltiples factores que colaboran en la obra de delinear o acentuar estas desemejanzas.

Me he referido a obras populares, y estas fueron múltiples, conquistando las simpatías de personas, grupos o nacionalidades. En la novela, por ejemplo, existían los apasionados de Dumas, Sué y los otros escritores de la escuela francesa, menos populares en la estricta acepción del vocablo que los dos primeros, y en frente, estaban los defensores de Fernández y González, a quien, no obstante suponerlo superior en todo, lo llamaban el Dumas español. No quiero terciar en esta controversia ajena a mi propósito, y de paso, disparatada, porque cito esta opinión al solo objeto de reflejar con la mayor exactitud que me sea posible, la época a que me refiero, en sus pasiones, en sus violencias y en sus mismas extravagancias, porque de la exactitud de ese retrato puede surgir, acaso, la explicación de muchas cosas de otro modo inexplicables.

Esta controversia, repito, era un exponente de la época, pues ella se sostenía con una violencia que no ofrecía base apreciable en-

tre escritores, que no tenían más punto de relación entre sí, que ser contemporáneos. Pero el ambiente era entonces así, apasionado e ingenuo, con caracteres infantiles y, sobre todo, con frecuentes exteriorizaciones de una falta íntima de cultura verdadera. Y esa pasión se llevaba no sólo a favor del autor y de sus libros, sino de sus personajes, que se hacían familiares o antipáticos, según los puntos de armonía que ellos guardaban con los lectores. “Los Tres Mosqueteros” de Dumas, que fueron el encanto de varias generaciones, determinaron con su lectura una serie bastante prolongada de personajes a lo d’Artagnan o Athos, cuyo valor, cuyas luchas fantásticas y cuyas actitudes caballerescas, pretendían imitar con más o menos exactitud, pero siempre con algún provecho. Dumas padre, como ningún otro escritor de su época, supo esparir en la historia anecdótica de los más brillantes reinados de la monarquía francesa, para hacer revivir, con más o menos verdad, pero siempre con intenso interés, la simpática y popular figura de Enrique IV, la imponente de Luis XIV, deslumbrador en su inagotable orgullo de monarca absoluto, convencido de su derecho divino, y la desgraciada de Luis XVI, el rey mártir, víctima fatal del derrumbamiento de

un estado de cosas que representaba la síntesis secular, acumulada, de despotismos, violencias y crímenes realizados impunemente por las clases dirigentes, en todos los órdenes de la actividad general. Todas estas vidas, hábilmente evocadas, influyeron poderosamente en los jóvenes y en el pueblo, influencia educativa que acentuaron e intensificaron en la literatura, en un orden superior, Chateaubriand, Lamartine, Hugo, Musset y tantos otros, directores espirituales, pero incontestados, de las entusiastas falanges juveniles. Como lo he dicho antes, había discusiones vehementes en defensa o en contra de tal o cual personaje puesto de moda por este o aquel novelista, y estas discusiones adquirían extraordinaria agresividad, cuando esos personajes tenían cierta relación con las controversias religiosas, como sucedía con "El Judío Errante", de Süé. Igual entusiasmo y apasionamiento existía para la filosofía, cuyos problemas más comunes adquirían, en las discusiones de clase, extraordinaria trascendencia. La coordinación de lo inconciliable provocaba las más hondas preocupaciones en los jóvenes pensadores de entonces, viejos hoy, y que, sin duda, sonreirán al recordar sus juvenildades filosóficas. Recuerdo que armonizar la presciencia de Dios con

el libre albedrío, cuestión entonces muy de moda, costó largos insomnios a nuestros estudiantes, pesquisas interminables, buscando autores que escribieran en favor o en contra, para usar sus argumentos en clase, y era de ver el entusiasmo y la majestad con que se penetraba a los claustros universitarios, cuando se llevaba en la mente el argumento decisivo, la fórmula victoriosa con que aplastar a los adversarios. Correlativa de este afán investigador y de este prurito discautidor, era una soberbia clásica que hacía, de cada estudiante de entonces, un sabio, un poeta, o un filósofo, pero en grado máximo, de importancia e influencia mundiales, y esto asegurado con una petulancia tan ingenua, con una convicción tan infantil, que nadie en realidad se hubiera atrevido a ponerlo en duda, ni mucho menos a criticarlo.

En un medio semejante, se deslizó la juventud de Julio Herrera; pero ese ambiente no ejerció sobre él sino la influencia relativa que permitía desarrollar su personalidad esencialmente propia e independiente. Quiero ensayar un retrato condensado de Herrera en cuanto me sea posible. Físicamente, era uno de aquellos *dandys* que en los albores del pasado siglo, hicieron un culto invariable de la elegancia personal. Herrera era

en realidad un petimetre, cuyos trajes se contaban por docenas, cuyos elementos de *toilette* eran inagotables, y, a pesar de presentarse en general como un figurín, no siempre de un gusto irreprochable, estaba lejos de ser un afeminado; por el contrario, era una personalidad acentuadamente varonil, tranquilo y sereno siempre, aun en los mayores peligros. En filosofía, era espiritualista; mas espiritualista teórico, impresionado por el ambiente, por su generación, por sus amigos; pero protestando en el interior de su inteligencia de tendencias positivas, contra una tiranía que le impedía alcanzar un supremo equilibrio intelectual, que hubiera obtenido antes, si le hubiera tocado actuar en un centro más amplio, de horizontes más dilatados y de acción más impersonal. Herrera formaba parte de una generación esencialmente batalladora, que se distinguía por su radicalismo intransigente en la aplicación de su principismo exagerado, y si seguía esa corriente por los múltiples y poderosos lazos que lo unían a sus contemporáneos, era, sin duda, el que más claramente entreveía la evolución hacia la política experimental que dominaría sin discusión en las postrimerías del siglo XIX, y fué en tal sentido el primero que supo reaccionar contra una intransigen-

cia infecunda. Herrera, como todos los que formaban en las filas principales, tenía, en los años de su juventud inquieta y luchadora, una soberbia indiscutible que provocaba profundos enconos; pero no es posible hacer un reproche de este orgullo, pues era singularmente humano. En efecto, el prestigio social de nuestros jóvenes intelectuales principistas era enorme. "El Siglo", que era su heraldo y su templo, provocaba entusiasmos que rayaban en fanatismo; desde sus columnas se proclamaban y defendían los principios más puros y más fecundos de la libertad humana y en ellas el patriotismo tenía sus más ardientes defensores. Hábiles inspiradoras del sentimiento que generaba su entusiasmo, fueron siempre un centinela avanzado contra los despotismos oficiales, ya en defensa de los connacionales o ya de los extranjeros agredidos, y esas defensas desinteresadas, en un concepto material, provocaban gratitudes anónimas, que se traducían en defensores espontáneos, cuando el peligro era visible o la agresión inminente, defensores vibrantes que llenaban los patios de la imprenta amenazada, prontos a repeler la fuerza con la fuerza. Los directores de ese movimiento fueron un tiempo verdaderas deidades populares. José Pedro Ramírez o Julio

Herrera y Obes, entre otros, por ejemplo, tenían un prestigio tal, que los jóvenes de las generaciones que los seguían, se descubrían ante ellos con un respeto religioso, con una reverencia sagrada, aun sin conocerlos personalmente, y si al pasar obtenían de ellos una mirada fugitiva, ese día quedaba indeleblemente burlado en el recuerdo, con todos los prestigios de las leyendas populares, con todos los perfumes de las memorias santas. Por estupendo que parezca esto en la actualidad, ante nuestra frialdad presente, era, sin embargo; así; y ante esa veneración popular, ante esos prestigios enormes y visibles, ¿qué extraño podría ser que esos hombres tuvieran veleidades de natural y humano orgullo? Había enemigos, había agresores; pero la masa popular prestigiaba aquel foco permanente de eternas resistencias, en el cual adivinaba un defensor de sus libertades y por eso lo rodeaba de respeto y lo consagraba con sus sufragios. Es evidente que aquel grupo brillante de intelectualidades selectas, formaba, sin duda, una oligarquía y que si combatían en realidad una tiranía en nombre de la libertad, ellos constituían a su vez otra tiranía, avasalladora, irresistible, mucho más temible que la otra, opaca y sin atractivos, por el prestigio

de sus voces armoniosas, de sus arrestos caballerescos y de sus cruzadas luminosas. Ese grupo, realmente poderoso por su vigor mental y por su emotividad eficiente, tuvo radicalismos ásperos e incomprensibles, que retardaron en algunos lustros la evolución progresiva que el país reclamaba. La división era profunda entre los bandos en lucha, y adviértase que, al decir bandos, no se hace referencia a los viejos partidos, no; eran bandos formados, en su inmensa mayoría, con elementos del mismo partido colorado, figurando, de un lado, la masa enorme, anónima, músculo y esqueleto y, del otro, la parte selecta, el cerebro y los nervios que transmiten sus órdenes a los extremos del organismo. Lo racional, lo científico, lo lógico y humano, con nuestro criterio actual, era que esas dos fuerzas se complementaran y se combinaran, para que de su unión resultara la síntesis melodiosa que es progreso en todos los órdenes y actividades; pero entonces se razonaba de otra manera, y se creía que era más fácil eliminar que transformar; que la obra de la naturaleza debía ser perfecta o sucumbir, que era más lógico suprimir que evolucionar. Cuando se violan las leyes biológicas, surge el desastre como natural sanción, y así surgió, de aquella prédica inconsulta, vio-

lenta, fruto de una ignorancia mundial que no se apercebía que la marcha de los pueblos se ajusta a leyes que forman en su conjunto la suprema ciencia del gobierno, un período luctuoso, sombrío, amenazante para nuestras libertades y nuestros derechos, período de dolorosísimas convulsiones, que dejaban en la mente la duda de si asistíamos o no a la agonía de nuestra democracia.

No recuerdo un período más extraordinario, en nuestra historia, que ese momento dirigente de nuestra prensa, lanzada en una carrera desatada hacia lo desconocido; no recuerdo mayor y más incomprensible insensatez, que la de esa prensa soberbia, alzada contra el torrente arrollador que debió dirigir y no provocar, incomprensible, sin duda, pero magnífica, insensata también, pero heroica.

Hacia pocos años, entonces, que el movimiento revolucionario de Flores había transformado fundamentalmente nuestro país; esa sacudida había sido muy honda, desgarrando vínculos poderosos y creando otros, destruyendo intereses y fomentando aspiraciones, extinguiendo viejas solidaridades sociales y creando otras nuevas. La lucha sostenida entre los bandos había congregado elementos de todo orden, dejando reducidas

las familias y desierta nuestra campaña; los soldados combatientes, habían perdido el hábito del trabajo tranquilo y querían seguir luchando. Cuando la borrasca pasó y se serenó el ambiente, quedó un contingente enorme, sin ocupación determinada, elemento flotante y combativo, que era urgente transformar o dominar, pues era un ejército sin brújula, que aprovecharía o utilizaría el más hábil o el que tuviera menos escrúpulos. Esa fuerza anónima, casi analfabeta, carecía de un ideal visible y alto que la guiara en sus luchas y en sus actividades; poseía grandes pasiones, pero pasiones informes que se confundían con una noción vaga y confusa de sus ideas partidarias identificadas con un indeciso concepto de la patria, sintetizado en su candillo. En frente de esa masa, estaban los principistas, es decir, los elementos brillantes más representativos de la mente nacional, elementos intelectuales de primer orden, destinados lógicamente a dirigir la inmensa masa popular, urbana o campesina. No faltaban, sin duda, en esa masa anónima, los elementos inteligentes capaces de dirigir esas falanges, y así lo hacían en provecho de sus pasiones interesadas, adulando sus explosiones atávicas, como medio de acentuar y vigorizar su dominación; tampoco faltaban en

los elementos principistas gentes de acción, capaces de preparar y guiar sus huestes al combate, pues muchos de ellos habían formado en las filas revolucionarias vencedoras y venían naturalmente con esos prestigios; pero si todo esto parece justificar que ambos bandos se compenetraran para formar uno solo, hay que recordar, de una parte, el falso concepto que entonces se tenía de la política, y, de otra, que si la inmensa masa anónima se movía impulsada por caudillos que abrigan colosales ambiciones, en cambio, los principistas, ardientes, patriotas, enamorados magníficos de un ideal, eran completamente desinteresados y a ese ideal sacrificaban sus aspiraciones y sus esperanzas, mas no cedían una línea al enemigo que se formaba a su frente. Una agresividad latente separaba ambos bandos: de un lado, la fuerza violenta, irreflexiva, anónima, se enardecía en la prédica de sus directores que se ponían a su nivel y se exasperaba con los epigramas certeros y los comentarios risueños de los adversarios; del otro, la masa intelectual, animada, vibrante, alegre, de réplica pronta y acerada, se entretiene en provocar imprudentemente al enemigo, en zaherirlo, en burlarse de él, sin pensar en lo que hacía, en las consecuencias posibles de su actitud. Entre

el halago de sus jefes y las burlas de los adversarios, entre la caricia de su caudillo y el alfilerazo de sus contradictores, la masa no podía titubear y, si bien cedía al consejo amistoso, al prestigio partidario, al que le hablaba el lenguaje de sus aduanas, haciendo de ella un elemento precioso para las lides de la democracia, en cambio, esa misma masa popular se volvía indómita, altanera, irguiéndose terrible y sin barreras, ante las burlas finas, pero crueles, que desgarraban su piel y herían sus tradiciones queridas o convencionales. Era la lucha de dos tendencias opuestas, realmente antagónicas, que hubieran podido acercarse y aún compenetrarse, por una prédica constante, hábil y juiciosa y por la natural y lógica influencia que ejerce la inteligencia brillante sobre las masas populares; pero que, puestas en pugna abierta, sin rumbos verdaderos, en contradicción intransigente y sarcástica, no podía dudarse cuál sería el resultado, quién obtendría la victoria material en el combate. La prensa de entonces era formidable en nuestro país, de un despotismo intransigente, dentro de su esfera de acción y en el radio de su influencia; tenía para los suyos todos los cariños y los aplausos; pero, en cambio, para los adversarios, tenía un caudal inago-

table de agresividades, un ingenio insuperable para herir la parte vulnerable, para aplastar, amonadar o caricaturar al adversario, para provocar la sonrisa en las filas con el epigrama que vuela, hiere y mata, despertando, en cambio, hondos agravios, resistencias feroces, odios perdurables, que fluyen de la herida sangrienta, donde se quedó vibrando el venablo envenenado o cruel. Los despotismos, sea cual fuere su procedencia, provocan siempre, fatalmente, la reacción, lo mismo los que nacen en las alturas, en las clases dirigentes, que los que surgen en el llano, en los elementos dirigidos que se levantan o se desbordan. Tal sucedió entonces: la reacción fué violenta, enconada, casi salvaje, y aquella juventud intelectual tan brillante en sus intransigencias como en sus exhortaciones luminosas, supo ser de una altivez cívica soberana, de una hidalguía tan generosa y tan heroica, que acaso encontró en la adversidad una popularidad más sólida y duradera que la que había gozado en sus mejores tiempos. Con razón y fundamentamente, esa legión memorable fué equiparada, por su valor romántico y caballeresco, a los girondinos de la Revolución Francesa.

Herrera formó parte integrante y principal de este grupo intelectual y batallador;

pero si bien participó de todas sus violencias y agresividades, sin rehuir jamás las responsabilidades consiguientes, ya entonces, los que lo trataron de cerca, comprendían que había en él una mente dispuesta a trazar nuevos rumbos a las actividades políticas nacionales, a evolucionar hacia soluciones nuevas, negación implícita de la actitud anterior que parecía anunciar como una aurora de la política experimental.

Dentro de las filas de esa juventud batalladora y brillante, había, en realidad, como he dicho ya, una oligarquía dirigente, que no era menos soberana y despótica en sus resoluciones colectivas, por el hecho de imponerse con su inteligencia deslumbrante y sus ideales superiores. Si todos seguían una acción conjunta en aras de un interés impersonal, la acción individual científica, política o social de los miembros que constituían la falange sagrada, estaba subordinada fatalmente a sus jefes, irresistibles por su talento, por sus familias, por sus prestigios de abalengos más o menos aristocráticos, y en realidad nadie soñaba en alzarse contra semejante tiranía, no sé si por considerar insensata la aventura, o porque no los asediaba la solución de algún problema inminente, de los que interesan fundamentalmente a la vida o al

progreso nacional, lo que hace que acicateando a los ciudadanos en su acción cívica, los impulse a actitudes radicales, violentando sus vinculaciones de toda la vida, quebrando lanzas con sus amigos de ayer, sobreponiéndose a los afectos más hondos, a las disciplinas más severas y a los prestigios más legítimos y justificados.

Dentro de esa igualdad y subordinación de ambiente, las resistencias individuales se adivinaban tal vez, más que se veían; pero sin poder definir claramente los puntos de la disidencia, las fronteras de la controversia latente, no planteada ni resuelta de inmediato.

---

## CAPÍTULO TERCERO

Las grandes luchas.—Presidencia interina de don Tomás Gomensoro.—Herrera, su Ministro de Relaciones Exteriores. — Candidaturas de Gomensoro, Muñoz y Ellauri; maquiavelismos imprudentes.—Presidencia de Ellauri.—La Legislatura de 1873; oposición al Gobierno; el motín de 1875; destierro de los principistas en la barca "Puig".

Hasta aquí, he hablado de Herrera incrustado, por decirlo así, en su época, identificado con sus contemporáneos, y lo he hecho así porque sería absolutamente imposible separar el uno de la otra. En efecto, aunque estas líneas están dedicadas a Herrera principalmente, no puedo estudiarlo separadamente de la acción conjunta del medio en que actuaba, pues hasta entonces, era sólo una unidad, brillante sin duda, sobresaliente si se quiere; pero sólo una unidad en aquella constelación ultraluminosa en que se difundía. En adelante, un suceso derivado de un origen administrativo hasta alcanzar las proporciones de un conflicto internacional, dió a He-

rera fisonomía propia, lo destacó del grupo dentro del cual se confundía con sus compañeros y, revelando un carácter y una energía consciente y sostenida, lo erigió en una personalidad política de alto vuelo y de simpático arraigo en la opinión nacional.

Ese suceso trascendental en la vida pública del doctor Herrera, fué el siguiente. Los consulados francés e inglés despachaban, por su cuenta y en los vapores con privilegio de paquete de su bandera, la correspondencia general, obligando al Correo Nacional a enviarla allí, con menoscabo evidente de nuestra soberanía. De este primer abuso se derivaban otros muchos que comprometían seriamente nuestra independencia y, ya fuera la preocupación de nuestras luchas civiles, ya la incompetencia en materia de convenciones internacionales, es lo cierto que este abuso duraba hacía años y hubiera continuado, sin duda, si Herrera, después de estudiar la cuestión, no hubiera restablecido la buena doctrina jurídica, desarrollada en las resoluciones ejecutivas de 12 de septiembre de 1872 y 12 de octubre del mismo año, consagrando estas resoluciones con el retiro de sus privilegios de paquete a los vapores de la Mala Real Británica "Neva" y "Douro", cuyos capitanes se resistían a acatar los de-

cretos del Gobierno, dictados contra el procedimiento irregular de los consulados citados.

La actitud de Herrera en este conflicto, viril sin exageración y enérgica sin baladronada, consagró al joven Ministro de Relaciones Exteriores de don Tomás Gomensoro, haciendo de él un candidato presunto a mayores conquistas y más amplios vuelos.

Había terminado su mandato legal el general don Lorenzo Batlle, en medio de una revolución formidable mandada por don Timoteo Aparicio. Cuando el general Batlle declinó el mando presidencial, por expiración del plazo constitucional, debió entregarlo al Presidente del Senado don Tomás Gomensoro, quien lo desempeñaba con cierta anormalidad visible, debido a que la revolución blanca difundida en el país entero, había impedido el funcionamiento regular del organismo electoral. Sin entrar a analizar esa cuestión impuesta por el hecho brutal e ineludible, es lo cierto que el señor Gomensoro, anciano respetable y respetado, descendiente de una antigua y distinguida familia, de honradez intachable, de energía probada y de una invariable sencillez republicana, tuvo la suerte de suscribir el pacto de paz que restablecía una concordia profundamente perturbada, y esto le dió un mayor prestigio

que justificó la proclamación de su candidatura para el próximo período presidencial. Otros dos candidatos surgieron en frente, que fueron: el doctor don José María Muñoz y el doctor don José E. Ellauri. He sintetizado en pocos renglones quién era don Tomás Gomensoro, sin perjuicio de ampliar ese juicio en el curso de estos apuntes; pero ahora voy a intentar hacer con los doctores Muñoz y Ellauri lo mismo que hice antes con aquél.

El doctor José María Muñoz pertenecía a una familia colonial del país, había servido valientemente como militar en la Guerra Grande, distinguiéndose en ella, donde actuaban tantos héroes, por su temeridad, por su audacia y por sus notables condiciones de militar organizador y severo. Fuera de esta actuación primera, se distinguió después en nuestras luchas, por sus rasgos de audacia temeraria y, cuando fué vencido, partió serenamente al extranjero, donde, careciendo de fortuna, tuvo que trabajar ruidamente, sin quejarse jamás, hasta como conductor de carretas de campaña, para atender a la subsistencia propia y de su familia. Más tarde volvió a su país, siempre pobre, y, a pesar de haber pasado ya su primera juventud, siguió regularmente sus estudios de Derecho, reci-

biendo su grado cuando ya numerosos hilos de plata blanqueaban su cabeza; pero sin que se hubieran aflojado los nervios de acero que movían toda esa personalidad, de un acentuado radicalismo político, que le daban un carácter personalísimo y único. El doctor Muñoz, enjuto hasta lo inverosímil, era de una indomable energía, que lo mismo se imponía a sus dolencias físicas que a sus heridas morales, imponiéndose, en general, por ese carácter extraordinariamente irreductible.

El doctor José Eugenio Ellauri era una personalidad de otro estilo. Era también de un origen distinguidísimo, de una reputación jurídica notable, ya consagrada, no obstante su juventud, de un trato seductor, por sus maneras, por su inagotable *esprit*; era, además de un notable jurisconsulto, un hombre sociable perfecto, que conquistaba invariablemente las simpatías de todos los que se acercaban a él. Era rico con su profesión, que había ejercido con éxito feliz, y tenía una reputación de honradez intachable, que representaba para todos una garantía de corrección administrativa, lo que se imponía necesariamente, después de la revolución prolongada que acababa de terminar. Cada uno de estos candidatos, tenía su capital propio; pero en proporciones absolutamente distintas.

Don Tomás Gomensoro tenía la mayoría de los sufragios que podríamos llamar oficialistas y que representaban, sin duda, un núcleo importantísimo, pero no decisivo en la contienda presidencial; el doctor Muñoz disponía de otro núcleo importante de los electores presidenciales, sin contar tampoco con la mayoría necesaria; el doctor Ellaury, a su vez, disponía, al principio, de un número muy reducido de votos, contando, sin embargo, entre ellos, con amigos apasionados y entusiastas.

No obstante las acentuadas ideas partidistas de los candidatos, los tres tenían entre sus electores elementos de uno y otro bando; pero con un lazo visible de parentesco, en sus ideas, en sus tendencias y en sus propósitos.

El señor Gomensoro contaba, en primer término, con los llamados "caudomberos" de uno y otro partido; el doctor Muñoz con los principistas, sus fanáticos e intransigentes adoradores, quienes, no obstante esta circunstancia, presentaban también como su candidato al doctor Ellaury, paralelamente con el doctor Muñoz y como en el mismo plano, pero en realidad, pretendiendo hacer de él un candidato subsidiario de su partido, es decir, colocado en segundo plano con relación al doctor Muñoz. La lucha fué ruda unas

veces, sutil otras, complicada y arriesgada siempre; pero al fin, ni triunfó don Tomás Gomensoro, ni el doctor Muñoz, que lo deseaban ardientemente y, en cambio, surgió Iñauri, con los sufragios de sus pocos amigos, con los gomensoristas plegados a él antes que a Muñoz, y con algunos, aunque pocos, de los sufragios principistas.

Es siempre un error elegir para un cargo a una persona que no se interesa intensamente por él, pues sólo las cosas que se quieren bien son las únicas en general que se hacen bien.

Don Tomás Gomensoro, que deseaba la Presidencia y que reunía en sí las simpatías generales que sus condiciones personales le habían granjeado, acrecentadas por su reciente actuación de pacificador, hubiera sido, sin duda, un buen Presidente, pues si no tenía una grande ilustración, era, en cambio, honrado, enérgico y conocía a los hombres y a su país para elegir con acierto sus Secretarios de Estado, como había sabido hacerlo en su interinato; lo hubiera sido también don José María Muñoz, porque era enérgico ante todo, de sólida instrucción, honrado, capaz de organizar y disciplinar elementos hostiles un poco flotantes, factores errabundos de nuestras viejas contiendas, sin

más bandera que un interés surgido de un bajo escepticismo generado en esa lucha oscura, anónima, sin saber por qué, sin conocer la causa por qué se baten; los que, fugitivos y desde lejos, son elementos de desorden, disciplinados y sujetos, son soldados excelentes de la autoridad y del derecho. El doctor Ellauri, en cambio, tenía que ser fatalmente un mal candidato, dentro del ambiente en que se le eligió. En primer lugar, no deseaba la presidencia, pues la vida, dentro de su exquisito concepto de sibarita convencido y de *gentleman* perfecto, tenía múltiples y más seductoras expansiones que las que podía ofrecerle la existencia del político activo y dirigente, con sus incertidumbres, sus amarguras y sus tropiezos; además, surgía sin los votos del partido mismo que lo había proclamado, y esto revelaba una insinceridad evidente, por una parte, desde que, haciendo uso de un maquiavelismo ingenuo y precario, se usaba malamente de su nombre respetado y digno, para reforzar o *hacer el tren* a la candidatura del doctor Muñoz, que resultaba por esto la única verdadera, y revelaba, por otra, una torpeza indiscutible, desde que suponiendo al doctor Ellauri un hombre altivo, inteligente y perspicaz, como era, tenía necesariamente que quedar herido con aquella actitud que era en realidad un ultraje.

Fuó éste el preámbulo desgraciado de ese Gobierno que no se modificó más adelante, sino demasiado tarde, en lo que se relaciona con los amigos que lo proclamaban conjuntamente con el doctor Muñoz, los cuales contribuyeron poderosamente a crear los males subsiguientes.

Ese período que empieza en 1873 y concluye en 1875, condensa la lección más amarga y elocuente de política activa que haya podido ofrecerse jamás a nuestras jóvenes democracias.

En efecto, nunca han podido concebirse mayores errores, pasiones más frenéticas e indisciplinadas, emulaciones más torpes y más incomprensibles. Y el hecho resulta más inexplicable, recordando que el Cuerpo Legislativo de entonces, contaba en su seno con las más altas personalidades de la mente nacional, con sus primeros oradores, con sus constitucionalistas más distinguidos, con los hombres más sobresalientes como antecedentes cívicos, virtud, inteligencia y actividades brillantes y luminosas.

Pues bien, este conclave de eminencias indiscutibles sacrificó a un doctrinarismo de una ingenuidad lastimosa y de un radicalismo infantil, los problemas más trascendentales de nuestra organización democrática,

traicionando, sin advertirlo, su verdadera misión política y social y deteniendo, por varios lustros, una evolución superior anhelada por todos, que estuvo en sus manos y que no vió, ni encaminó, ni impulsó. Si la vida de esas personas no hubiera ofrecido al análisis su constante desarrollo, sin ocultaciones ni barreras; si esas mismas personas no hubieran sufrido persecuciones y hasta martirios, a causa de su misma actitud parlamentaria y política, hubiera podido abrigarse la duda de si esa conducta insensata, era en realidad la consecuencia de la ignorancia o de la mala fe. Todos sabemos, sin embargo, que, salvo esas emulaciones excesivas, pero humanas, emanadas de la derrota efectiva de sus aspiraciones, que era para los principistas el naufragio de la candidatura del doctor Muñoz, nadie tenía interés en derrumbar el Gobierno de Ellauri, que era una garantía de honestidad administrativa y de libertad para todos; pero que debía inspirar naturalmente mayores simpatías a los que habían sido sus amigos de ayer y lo eran seguramente en la actualidad. A pesar de esto, la actitud de esos amigos fué precisamente contraria en todo momento a lo que debía ser, pues todos conspiraron sin cesar, inconscientemente sin duda, mas en forma efecti-

va, al derrumbamiento de aquel Gobierno que constituía su seguridad y la del país. Es cierto, tal vez, que el doctor Ellaauri carecía de la ductilidad necesaria que caracteriza a los políticos eminentes, pues, vuelvo a repetirlo, no lo seducía ni lo deslumbraba el mando que se le había confiado, ni había luchado bastante en su misma juventud para adquirir esa experiencia del mundo y ese conocimiento de los hombres, que es la guía más segura para penetrar en los entretelones del mando. Ellaauri era altivo, en su faz legítima y amplia, y podía serlo sin reproche, dentro de su concepto personal de la vida y de sus deberes de gobernante en el momento y en las circunstancias en que se le eligió, y dada esta modalidad de su raza, de su temperamento y de su ambiente propio, la actitud de sus amigos lo hirió profundamente, haciéndole exagerar su altivez nativa, no hasta el punto de subordinar las soluciones nacionales al criterio de sus agravios propios, pero sí planteando aquéllas en fórmulas ásperas, a veces agresivas, lo que dificultaba su resolución en un plano de amplia concordia realmente fecunda. Colocadas las partes en estas posiciones de latente hostilidad, el desenlace estaba previsto, pues el ambiente, sacudido por una reciente y honda

revolución, estaba agitado, inquieto, nervioso; la situación requería una suprema discreción por parte de todos, para calmar esos ánimos, tranquilizar esos espíritus, aplacar esos nervios, a fin de encaminar las actividades nacionales hacia rumbos de labor pacificadora y de progresos amplios y fecundos. Esta discreción necesaria faltó en todo momento, presentándose, a la inversa, las concepciones más extravagantes erigidas en criterio supremo, para regir las grandes cuestiones de Estado. Si el doctor Ellauri no había sido elegido por sus amigos, sino por una mayoría accidental y transitoria, con la cual no tenía sino frágiles vínculos de amistad política, afinidades harto precarias y fugaces, lo natural era, que esos amigos, que le habían negado su voto para Presidente, una vez terminada la elección y dominado el despecho humano de la derrota de la candidatura Muñoz, hubieran reaccionado, se hubieran aproximado a su amigo de toda la vida, para constituir con él una fuerza sólida, incontrastable, opuesta a todo desorden, a toda inmoralidad política o administrativa, a toda indisciplina legal o constitucional, pues es lógico que se robustezcan las fuerzas morales, individuales o colectivas, que no tienen una sanción material inmediata y que no

cuentan más, para actuar o eliminarse, que con el aplauso de la propia o de la ajena conciencia, alzándose en una soberanía platónica, ante huestes armadas poderosamente y vinculadas por comunes apetitos irresistibles, que representan inagotables deseos de mando, sensualismos enérgicos de poder, que ante nada se detienen ni retroceden.

Pues bien, esa Asamblea admirablemente constituida por sus elementos intelectuales, realizó, durante el período de su mandato activo, la acción política más torpe, más inhábil, de cuantas se han intentado o realizado en el país. Y adviértase, repito, que en esa cruzada estaban todos los elementos intelectuales de mayor valía, pontificando un radicalismo extremo, un principismo exagerado e intransigente, negación de toda organización humana y de toda comunidad política.

Ese Cuerpo Legislativo llegó a los mayores extremos de intransigencia, que en caso de subsistir hacían imposible todo gobierno, y esas atrocidades se ejecutaban en nombre de la libertad individual. Como la ley sólo autorizaba la prisión de los ciudadanos en caso de infraganti delito, la policía se veía impedida de prender a los ladrones que tenían la torpeza de no esperar a los agentes del orden público para que los tomaran ope-

rando, y la seguridad en nuestras calles resultó un mito, pues, a cualquier hora y en cualquier sitio, se desvalijaba impunemente a un ciudadano, y el autor del hecho se alejaba tranquilamente sin que nadie lo detuviera en su camino.

Como, al constituir el personal de su Gobierno, el nuevo Presidente no supo o no dió importancia al hecho de que faltaran a su Jefe Político de la Capital tres meses o más para tener la edad requerida por la Constitución, la Cámara de Representantes se reunió solemnemente para discutir y resolver si era el caso de iniciar el juicio político al gobernante que así violaba el Código Fundamental del Estado, lo que estuvo a un paso de realizarse! Esto, en lo que se refiere al gobierno libre, a la realización práctica, sobre el terreno y sobre los hombres, de las ideas teóricas del gobierno. Ahora, en lo que se relaciona con la vida legislativa de ese período, es necesario leer esos anales nutridos con las controversias más entusiastas y ardorosas de la ciencia constitucional teórica, entonces predominante, controversias de una brillantez indiscutible, de una luminosidad atrayente, de un culto leal y sincero del derecho, mantenido en un ambiente de absoluto platonismo: pero en cuyas páginas, en cuyos discursos

ses se busca en vano el rastro de una concepción realmente humana, un rasgo verdaderamente ponderado de psicología política, una observación personal discreta que señale una ruta, un propósito, un ideal, que no sea la concepción vaga e incierta de un romanticismo político, tan brillante como estéril y tan perjudicial como brillante.

En efecto, en frente de esa falange puramente legalista estaba un grupo nutrido y solidarizado, que, si en general, no poseía esas nociones puras de la ciencia constitucional tan nítidamente acentuadas como las de sus adversarios, tenían, en cambio, una noción más precisa de la vida, un conocimiento más acabado de los hombres, y poseyendo la intuición eriolma de la ciencia del gobierno, azuzaban bajo cuerda esas tendencias líricas de los adversarios, que eran profundamente disolventes, y luego las votaban en contra, oficialmente, consiguiendo así, de un lado, dividir para gobernar más fácilmente,—utilizando el viejo aforismo—y, de otro, acentuar la división entre el gobernante y sus antiguos amigos, con lo cual, o bien se vería obligado a echarse en sus brazos, buscando su apoyo, o bien se debilitaría, facilitando su caída.

Y así sucedió, en efecto. Esas disidencias

fatales fueron acentuándose día a día, y los grandes ambiciosos sin escrúpulos mayores, esos pescadores de río revuelto, siempre prontos a arrojar su red entre las olas cenagosas, fueron plantando los jalones de un movimiento sin color político determinado, de un motín de cuartel, forjado al calor del *vivae*, contra la autoridad constituída en nombre de la ley, y por aquellos sacerdotes del honor, que se dicen defensores del orden, en su armónico y supremo consorcio con la libertad.

Aquel problema planteado por las Cámaras del 73 contra el Presidente Ellauri, tuvo una solución inesperada para los contemporáneos: el Presidente cayó de su sillón de mando atzado sobre un zócalo carecomido por una oposición insensata, y los autores de esa misma oposición cayeron con él, siendo arrojados al destierro en un esquife miserable, a merced de las olas, que tuvieron piedad de su noble carga, para devolverla sana y salva a las controversias del porvenir.

Herrera formó parte de esas Cámaras y colaboró con frecuencia en esa política de oposición imprudente e insensata; pero ese período de luchas singulares, el motín que fué su consecuencia lógica, el destierro cruel en la barca "Puig" y su larga estada en

Buenos Aires, dieron orientación distinta a sus ideas, separándolo desde entonces, intelectual y políticamente, de sus compañeros de ayer. En el Capítulo próximo, nos ocuparemos de esa transformación.

## CAPÍTULO CUARTO

El destierro en la barca "Puig"; la revolución Tricolor—Herrera en Buenos Aires; su estada en casa de Ellauri; sus estudios políticos y literarios—Gobiernos de Latorre, Vidal y Santos; el Constitucionalismo; "El Plata"; "El Heraldó"; el 20 de mayo de 1880; restricciones a la imprenta; el ostracismo; la oposición latente.

Aquel secuestro siniestro de ciudadanos distinguidos, hecho en la noche para algunos, separándolos violentamente de los brazos de la familia para otros, produjo primero estupor; pero luego, cuando se supo que debían partir para la Habana en una barca vieja, harta de navegar, desvencijada, en un mar inquieto y amenazador, y en una época del año en que son frecuentes las borrascas, una indignación sorda se apoderó de la población, y un terror frío invadió las familias. Aquel destierro era una venganza pequeña y ruin y sintetizaba bien la explosión de un odio largo tiempo contenido, generado en aquellas controversias periodísticas de

desgarramientos sangrientos y ultrajes sutilmente envenenados; pero la forma misma del ataque, su brutalidad inesperada y la prolongada duración de la amenaza pendiente sobre la cabeza de los desterrados, todo contribuyó a hacer de ese suceso una útil lección práctica de política activa, que hizo reflexionar seriamente a los desterrados, y en cuya mente dejó un sedimento, acaso de experiencia vívida, que orientó por otros rumbos su actividad futura. Cuando los desterrados volvieron a la patria, la revolución Tricolor, protesta armada de ciudadanos de todos los colores políticos contra el motín triunfante, estaba en campaña y, aunque sus fuerzas eran numerosas y entusiastas los elementos que integraban su filas, ya fuese la falta, acaso, de un ideal común bien definido, o ya la de un sentimiento bastante intenso para fundir en un solo cauce la corriente revolucionaria, u otra causa cualquiera, es lo cierto que la revolución fué vencida, y sus elementos dispersados a todos los vientos.

Por razones de perseverancia partidaria, el doctor Herrera no tomó parte en esa tentativa revolucionaria, creyendo, como lo sostuvo siempre, que esos movimientos colectivos que congregan en un momento dado y tras un ideal común accidental a grupos de

ideas o tendencias diversas, sólo puede dar resultado si la acción es inmediata y rápido el desenlace; pero no cuando esa acción se prolonga y el tiempo disocia los elementos que unió transitoriamente.

Desde su vuelta del destierro, Herrera, que no tenía fortuna, aceptó la amplia hospitalidad que su amigo y pariente, el doctor Ellauri, le ofrecía en su casa de Buenos Aires, y allí estuvo durante años estudiando, leyendo y escribiendo durante muchas horas al día, realizando una labor intensa, comprendiendo que su antigua preparación debía ser renovada, que otras rutas se abrían para la política futura, que estas democracias, no constituídas aún definitivamente, reclamaban una atención y un estudio que no se les había consagrado con anterioridad. Fuera de sus estudios políticos y de sus profundas meditaciones sobre los sucesos en que le había tocado actuar, se dedicó también con singular empeño al estudio de la literatura extranjera, haciéndose un apasionado de Shakespeare, de Macaulay, de Guizot, Thiers y otros escritores contemporáneos, en cuyas páginas encontró acaso la solución de muchos problemas antes insolubles para su mente.

A la distancia se mantuvo durante aquel período sombrío que caracterizó la dictadura

del coronel Latorre, cuyo juicio definitivo está aún pendiente, debido, de una parte, a su proximidad histórica, y de otra, a la complejidad contradictoria de los sucesos y de las circunstancias, que delimitaron esa situación.

El grupo principista tenía para con él no sólo los agravios de carácter nacional, que alcanzaban a todos los ciudadanos heridos en su culto patriótico, sino los personalísimos derivados de su actitud para con un partido al que había pertenecido hasta la víspera, que le había dado una personalidad de que carecía antes, cuyo servidor se enorgullecía en proclamarse, dando a su valor notorio—condición que está lejos de ser rara en nuestro país y menos en los profesionales—una aplicación honrosa y romántica. Pero Latorre, halagado por esos pescadores de río revuelto a que antes me he referido, ensobrecido y audaz, sintió despertarse en su alma grandes ambiciones, que nadie le había sospechado antes, y fué un precursor, de fisonomía arrabaleramente criolla, de la política experimental extrema, antítesis viva de la que acababa de derrumbar el motín militar.

Latorre, militar de fila, valiente y audaz en sumo grado, con un temperamento ultraapasionado y refractario para sí a toda disciplina,

que imponía, por otra parte, sin piedad y sin discusión a los demás, representó en nuestro país, como una racha de tormenta que tuvo sus rasgos sombríos y sangrientos, sus histrionismos envenenados, sus rasgos de catástrofe social y política, sus derrumbes de civismos sanos, y tuvo también, entre los silbidos del huracán que azotaba nuestro país, relámpagos luminosos, de efectos fecundos a la distancia, que hoy perduran y fructifican. La torre fué, ante todo, el representante militar del hibridismo criollo, que tuvo rasgos de un guarangaje arrabalero, singular condensación del romanticismo pasado adaptado a las modalidades de barrio, en el cual sólo quedaba el valor, orlado de compadrazgos característicos de una cultura incompleta, singularmente agresiva para la cultura verdadera e intensa, que simboliza la posesión indiscutida de una civilización propia y secular.

Éra ese un tipo común del pasado, surgió de la interferencia del campo y la ciudad, en ambientes en que faltaban los hábitos metódicos del trabajo intenso, refractarios al compadrito, representante regresivo de otras épocas que han dejado, como escorias de nuestras grandes sacudidas revolucionarias, esos peleadores sueltos, de atavío y mentalidad atávicas. La diferencia entre esos

personajes y el coronel Latorre era sencillamente una diferencia de posición, desde que los primeros tenían por escenario la calle amplia y abierta y contaban con su valor y la originalidad de sus dichos o de su acción para triunfar o adquirir fama en las reuniones de su barrio, mientras que el último, encaramado por sorpresa al puente de mando, daba a sus modalidades excepcional tribuna, para exhibir sus agresividades latentes contra sus antiguos compañeros de causa, de quienes lo separaba todo el abismo de su traición consumada y acaso el íntimo convencimiento de su inferioridad mental, visible para él mismo, en medio de los deslumbramientos del poder.

Aquel poder fué singularmente fecundo, como generador de toda tiranía, pues hirió todo lo más sagrado que se había respetado siempre en nuestra sociedad y que se guardaba, como un tesoro de tradiciones sanas que constituían su fuerza inagotable de resistencias. A pesar de esto, a pesar de esa influencia malsana y depresiva que engendra toda tiranía, doblemente cuando ella se consagra por la victoria, como le sucedió a Latorre, venciendo a la revolución Tricolor, siempre se mantuvo en Montevideo una resistencia virtual, que la juventud, con noble

apasionamiento, sostuvo sin titubear ni retroceder, proclamando las excelencias de la libertad, haciendo cátedra de moral política en el Ateneo y la Sociedad Universitaria, reductos gloriosos en que esa juventud perseguida y desalojada de la Universidad, se había refugiado, con el depósito sagrado de nuestras instituciones, de nuestros ideales y de nuestros sueños de porvenir. Y allá, en esos centros de efervescencia apasionada, mantuvo ese culto vedado a la prensa por una legislación tiránica y por procedimientos más tiránicos todavía, alzando su voz en aquellas tribunas ya históricas, para pronunciar desde ellas sus cálidas oraciones desbordantes de sinceridad y de entusiasmo, o sus estrofas sonoras que partían, como saetas vibrantes, a herir la apostasía triunfadora o la honradez vencida y claudicante. Pero aquella situación tenía en sí misma el germen de su mal, y si Estorero fué en el primer momento el jefe de una oligarquía que dominaba a todos y se alzaba sobre todos, no tardó mucho tiempo en que surgiera, de las propias filas de su guardia de confianza, el que se alzara contra él socavando primero el pedestal en que se apoyaba, para derrumbarlo luego en el destierro que aún lo aleja de esta tierra que tiranizó rudamente. (1)

(1) Esto se escribía en agosto de 1913.

Santos sucedió a Latorre con fisonomía distinta, aunque sin variar el fundamento, o sea la tiranía misma, si bien con ciertos rasgos diferentes, ya en sus modalidades propias, ya en su acción externa.

Latorre tenía actitudes reconcentradas, era frío, cruel, sanguinario y con tendencias a mezclarse en todo, desde los organismos políticos a los hogares privados, desde los procesos judiciales a las controversias de familia. Santos era más abierto; más violento tal vez, aunque sin el disimulo de Latorre; no sé si más audaz que éste, si más cínico o más franco; pero indudablemente con menos ocultaciones. Latorre se inclinaba más a las soluciones sangrientas, que son las definitivas; Santos, a las económicas, que acaso destruyen menos y corrompen más; la característica de Latorre era el orden varsoviano impuesto por el terror; la de Santos, era el desorden financiero y la prodigalidad, generando los prestigios del gobernante; Latorre se apoyaba en las clases conservadoras de la época, que eran las menos numerosas, las más aristocráticas y que lo miraban con indiscutible simpatía. Santos, buscaba las clases más populares y numerosas, se embanderaba en el liberalismo y procuraba su apoyo, como más adelante trataba de propi-

ciarse el del patriotismo, al iniciar y seguir la cruzada artiguista, que lo contó entre sus más ardientes defensores. Si la tiranía subsistía intensamente, era indudable que sufría transformaciones, que evolucionaba hacia soluciones nuevas que resultaban para la generalidad inesperadas. Herrera seguía a la distancia estas evoluciones políticas de nuestro país, estudiando los hombres y los sucesos, previendo que llegaría un momento en que le tocaría intervenir en tal o cual ruta, para incorporarse de nuevo a la política activa de la que había sido alejado hacía tiempo.

Durante esa ausencia, la situación del país había cambiado aparentemente; el doctor Francisco A. Vidal, en la Presidencia de la República, parecía garantizar una reacción profunda y sana; los representantes de la antigua mentalidad nacional, los principistas de ayer, ansiando nuevas orientaciones a su actividad en la reunión armoniosa de los elementos selectos de los viejos partidos, habían creado uno nuevo: el partido Constitucional, con un programa de nobles aspiraciones, en el que acaso había exceso de teorías inaplicables a la vida, en la forma eficiente que se deseaba, y en el cual, el pueblo sólo veía directores, un ejército de jefes, de

candidatos más o menos indicados para vestir la toga consular de los dirigentes; pero donde faltaban las grandes masas dirigidas, que forman el núcleo principal de nuestros partidos.

Ese partido creyó que era llegado el momento de prepararse para el comicio próximo y fundó un diario, nuevo órgano de sus aspiraciones y sus tendencias, que se llamó "El Plata", y en el cual escribían los doctores Carlos M. Ramírez, José M. Sienna Carranza, Juan C. Blanco y otras personalidades igualmente brillantes. Preparándose también para la lucha, el partido Colorado independiente, representado por el doctor Julio Herrera y Obes, fundó entonces "El Heraldito". Ambos diarios, sin duda, revelaban un cambio sensible en el periodismo nacional; no era ya aquella prensa ferozmente brava, que penetraba en todo, hasta en las intimidades de la vida privada; era la prensa doctrinaria, teórica, un poco apostólica, con sus viejos arraigos románticos; pero aún así, era una prensa más humana, más próxima a las transformaciones que asechaban su constitución moderna. Y adviértase que, al hablar de esa prensa, me refiero a la prensa constitucionalista, pues la prensa colorada independiente, es decir, "El Heraldito" de He-

rerra, revelaba más intensamente la transformación operada en el cerebro de su director; el antiguo principista entreveía ya claramente la teoría de la evolución aplicada al periodismo, y la ensayaba con la natural desconfianza del que utiliza una ruta contraria a la seguida hasta entonces, ruta que no conoce bien todavía y por la cual marcha solo, sin consejeros a quienes escuchar, y viendo a sus amigos de ayer en un plano distinto, quizá contrario y adverso, desde el cual no sabe si puede contar con amigos o con adversarios, con aliados o contradictores. Los constitucionales representaban el antiguo lirismo transformado; simbolizaban un partido artificialmente formado, en el cual no había más que cerebro, es decir, ideas, teorías; pero al cual faltaba cuerpo para desarrollarse, piernas para marchar, brazos para ejecutar los mandatos de ese cerebro, es decir, movimiento, que es vida, que es acción, que es progreso. Herrera, que no quiso nunca incorporarse al nuevo partido, pensaba, y lo decía, que sería más útil su obra transformando y perfeccionando las rudas filas de sus correligionarios ásperos e indisciplinados, que no tratando de sustraerle elementos ilustrados para formar con ellos una agrupación perfecta teóricamente, pero mutilada, estéril, sin efi-

cacia para la acción y sin eficiencias para el desarrollo de la vida democrática.

Esta discrepancia de criterio fué fatal en esos momentos; las fuerzas cívicas que se levantaban tras larga postración, no tenían resistencia bastante para una lucha ruda tal cual se presentaba; unidos todos los elementos de resistencia que representaban la mentalidad nacional desalojada de las posiciones dirigentes, hubieran tenido otro resultado; separados, el enemigo común podía batirlos en detalle y los batió. A la prédica constitucionalista, respondió un movimiento cívico numeroso, pero excesivamente cándido, pues los que lo seguían creían sin titubear en todas las promesas de legalidad en el comicio y de lealtad en las prácticas democráticas que hacía el Gobierno y, creyendo en ellas, no titubearon en inscribirse y en prepararse a festejar el triunfo estruendoso que les auguraba lo nutrido de las filas de sus partidarios.

La sorpresa no tardó en producirse. El 20 de mayo de 1880, una agresión de un oficial de línea acompañado de varios soldados, a un ciudadano, jefe de una sección cívica que se distinguía por su actividad en los preparativos del sufragio (1), fué el primer toque de

---

(1) El ciudadano a que me refiero era el doctor Carlos Saenz de Zamarán, actual Vocal de la Dirección General de Instrucción Primaria.

alarma, y poco después, respondiendo a la condenación de la prensa independiente, las turbas arrabaleras, organizadas en la propia policía, atacaban a los diarios independientes de filiación constitucionalista, "El Plata" y "La Razón", empastelando sus imprentas, matando en la última a uno de sus operarios, y haciendo alarde público de su desenfreno y de su desparpajo.

El doctor Herrera estaba en Buenos Aires desde hacía algunos días; pero al conocer estos sucesos, volvió inmediatamente a Montevideo y, aunque estaba en completo desacuerdo con los redactores de los diarios agredidos, en lo tocante a la forma de encarar el problema de la política de actualidad, que él creía poder encauzar con su propaganda evolutiva, tomó su defensa con tal brío y fustigó tan ruda y certeramente al Gobierno, que éste intentó también empastelar la imprenta de "El Herald"; pero la aventura era en ese caso más difícil y peligrosa: de una parte, porque "El Herald" estaba dispuesto a defenderse abiertamente, para lo cual contaba con defensores celosos y espontáneos que llenaban su imprenta, dispuestos a llegar a todos los extremos; de otra, porque se trataba de un diario netamente colorado, que sabía llegar al corazón de las masas partidarias, sin ex-

cluir los defensores del Gobierno, y éste se guardó de extremar la persecución, temeroso de que el ataque se volviera contra él. Estos sucesos, naturalmente, derrumbaron las expectativas de reacción y el Gobierno recurrió de nuevo a la restricción de la libertad de imprenta, mientras que ciertos ciudadanos que se habían hecho notar por su oposición extrema, buscaban en el ostracismo un descanso a sus fatigas y una seguridad que para sus personas les faltaba en su país.

La oposición, sin embargo, continuó latente, en todas formas, eludiendo traviesamente los diarios las sanciones legales que pudieran suspender su aparición; pero batiendo cotidianamente la muralla, espesando las nubes de tormenta que iban velando poco a poco el horizonte y que anunciaban el próximo estallido del Quebracho.

---

## CAPÍTULO QUINTO

El Quebracho.—El general Máximo Tajés.—La Conciliación.—Alejamiento de Santos

La opinión pública había acentuado su oposición al Gobierno incorporando nuevos elementos a sus filas; en ellas había representantes de todas las agrupaciones, de todos los partidos, y su hostilidad más y más acentuada, acabó por congregarse en torno de la bandera revolucionaria más simpática, quizás, que se haya enarbolado en el país. La palabra de orden era destruir aquel poder despótico, derrumbarlo, hacer una cruzada nacional de reacción y de regeneración patriótica. Nadie recordaba sus propias ambiciones; lo urgente era destruir aquella situación, para levantar de nuevo, y colocar en sus altares, nuestras instituciones vulneradas o desconocidas. La obra era principalmente del Partido Constitucional, que buscaba la unión de los partidos tradicionales para hacer más formidable el movimiento; pero esta obra

reclamaba un esfuerzo continuado y lento y, en ese período de gestación, los términos del problema se cambiaban cada día; en un principio era la adhesión de este o aquél caudillo de uno u otro bando, que se consideraba indispensable para asegurar la cooperación de una región dada del país; después, era la gestión para encontrar un jefe que satisficiera todas las opiniones, y ante la dificultad de hallar este mirlo blanco, se resolvía el caso por la elección de dos jefes, uno de cada bando, que mandarían por turnos. Fuera de estas dificultades estaban las no menos importantes que ofrecía la preparación de esas huestes en un país vecino, donde a cada paso podía llegar la intimación de pasar o disolverse, pues se sabía que las cancillerías no descansaban y la nuestra pedía perentoriamente el cumplimiento de las leyes internacionales de neutralidad. Todas estas cuestiones que reclamaban meses y meses de discusión y de lucha, pues lo edificado en la mañana se derrumbaba por la tarde, fueron calmando poco a poco el entusiasmo; el espíritu de oposición amainó sin desaparecer, los altos ideales que ocultaban las pequeñas aspiraciones personales, se desvanecieron en parte y la sinceridad primera que dió origen a aquella alianza de todos los partidos, fué es-

fumándose poco a poco, conservándose unidos aún ostensiblemente, sin perjuicio de que cada uno se preparara a invocar y discurrir sus aspiraciones partidarias apenas derrotado el enemigo común y cuando no hubiera desaparecido todavía la confusión del combate. En estas condiciones, la desconfianza entró en las filas y, cuando la invasión se produjo, la revolución estaba fatal e irremisiblemente condenada a ser vencida, no obstante su profundo arraigo popular. Paralelamente a estos trabajos revolucionarios, había otros, dentro y fuera del país, sostenidos exclusivamente por elementos colorados, que hubieron de suspenderse en actitud expectante—cuando la obra revolucionaria constitucionalista intensificó sus trabajos— para continuar más tarde, una vez liquidada aquella tentativa. Para oponer una barrera a aquella invasión, Santos levantó un ejército formidable y dió el mando en jefe a su Ministro de la Guerra, el general Máximo Tajés. Cuando la invasión al territorio nacional se produjo, el ejército del Gobierno, estratégicamente colocado, se puso en movimiento sobre los invasores, entrando en pelea ambos bandos, con ese apasionamiento que ha caracterizado siempre nuestras luchas civiles, manteniéndose el combate horas y horas

hasta pronunciarse la derrota de los revolucionarios. La actitud de las fuerzas vencedoras fué admirable: una ráfaga de humanitarismo apasionado, de cálida fraternidad, parecía soplar sobre el campo de batalla; los caudillos más rudos, las personalidades más ásperas rivalizaron entonces en ternura, en cuidados, en abnegaciones, en desinterés absoluto, dando su poncho, su caballo o su rancho a los prisioneros, que eran, en realidad, los soberanos del campamento. He conocido un jefe de tradición sanguinaria, a quien se imputaba, no sé con qué fundamento, la muerte atroz y cruel de muchos desgraciados y que ese día, apenas iniciada la derrota de los revolucionarios, arrojó su sable, su Winchester y su revólver, para adelantarse fraternalmente con los brazos abiertos hacia los prisioneros, exclamando: "basta de lucha y de sangre; todos somos hermanos." Y ese hombre era sincero en ese instante, como lo eran los otros jefes que tomaron parte en esa lucha, y en esas horas melancólicas del crepúsculo, en torno de los fogones del campamento, se ha anudado más de un lazo y ha tenido origen más de un sentimiento fraternal, que no han podido borrar ni el tiempo ni la distancia, vinculaciones que sería fácil ampliar y extender haciéndolas

reposar sobre la mutua estimación y el poderoso afecto de una común cruzada en pos de ideales también comunes, hacia la prosperidad de la Patria, que necesita del concurso de todos sus hijos para ascender las más altas mesetas de la montaña, las que representan la síntesis de un peregrinaje de lucha, de acción y de sacrificios y son, en sí mismas, las evoluciones supremas de una completa y definitiva civilización.

Se ha discutido con apasionamiento quién fué el primero que se sintió arrastrado a aquel gran acto de confraternidad patriótica, diciendo: unos, que la orden emanó del general Santos; otros, que esa piedad fué aconsejada por el general en jefe don Máximo Tajés; y otros, que fué un movimiento colectivo, provocado o casi impuesto por el jefe de la vanguardia, coronel Villar entonces, que se distinguió siempre por sus actitudes hidalgas en la guerra. La solución del problema es difícil y lo será más cada día, pues si al esclarecimiento exacto se oponía antes el temor de herir a personalidades que actuaban en la política y eran una fuerza, hoy, que la muerte va eliminando los testigos presenciales de esa lucha, el problema se hace de más en más complicado. Debemos, sin embargo, reconocer que la cuestión tiene una

importancia relativa, pues cualquiera de las suposiciones antes indicadas es posible, desde que: el general Santos probó, cuando la revolución llamada de Laya y Gil, que era capaz de perdonar a sus prisioneros sin previas declaraciones o juramentos deprimentes u ofensivos; en cuanto al general Tajés, su actuación ulterior ha demostrado que estaba lejos de ser extraño a movimientos elevados y patrióticos; y, en lo que respecta a Villar, había conquistado, al morir, el aprecio de sus adversarios de ayer—y amigos del día siguiente—por su bondad, que lo hacía refractario a toda persecución injusta. La idea del perdón flotaba en el ambiente; pero si a alguno se le ocurrió y le dió forma primero, es evidente que su acción sugestionó a todo el mundo, quedando en esencia un movimiento espontáneo y colectivo, que representará siempre una página reivindicatoria en nuestros anales, para oponer victoriosamente a nuestras imputadas tradiciones de barbarie criolla y de salvajismo indígena.

De todos modos, esta intervención del general Tajés en el Quebracho, dió a su personalidad indiscutibles prestigios, por muchos conceptos merecidos. En primer término, tal vez, el pueblo encarnaba en él la personalidad única que oponer al general Santos,

a quien detestaba; después, el general Tajés tenía una discreción que ha sido con frecuencia criticada posteriormente y que, si bien pudo ser impuesta por las circunstancias—que lo colocaban entre el pueblo, que empezaba a mirarlo con simpatías, y un gobernante poderoso y suspicaz—llegó a ser una característica de su personalidad, que más de una vez en conflictos desesperados (1) le hizo encontrar por sí, sin necesidad de consejeros oficiales o privados, la verdadera ruta, la más justa y la más honrosa.

El general Tajés era, como una gran parte de sus compañeros, hijo legítimo del motín militar de 1875; pero el recuerdo de ese suceso, burilado en la conciencia popular por una prédica constante de más de cuatro lustros, en una prensa ardorosa y viril, que rítmicamente conmemoraba el aniversario luctuoso, obró singulares transformaciones en los actores más o menos importantes de aquel suceso, pues es sabido que, en el orden moral, como en el orden físico, cada sujeto reacciona en una forma distinta más o menos acentuada, según las circunstancias, según su

---

(1) El caso producido a bordo del «Camilo» con el Ministro Plenipotenciario del Brasil, señor Ponte Ribeiro, justifica, entre otros muchos ejemplos, este aserto.

temperamento, su educación o su ambiente.

He conocido dos jefes de alta graduación al morir, que tomaron parte en aquel motín; tenían fama bien consagrada de valientes y la tenían, uno sobre todo, de carecer de esos escrúpulos que en concepto de algunos, constituyen una carga que nos impide ascender. Pues bien, no se necesitaba ser un observador muy profundo y perspicaz, para saber, sin mirar el almanaque, pero mirando a los jefes de la referencia, cuándo se acercaba el 10 o el 15 de enero de cada año. En los días anteriores, se les veía inquietos, excitados, con el entrecejo fruncido, irascibles y, si se les hablaba o se les decía algo, fuera lo que fuera, miraban con extrañeza, desconfiados, con un sentimiento en que se confundían el temor y, casi podría decir, la vergüenza. Un día que los dos, hoscos y sombríos, habían buscado un rincón de un escritorio de la casa del doctor Herrera como para ocultar sus pesares, no pude menos, aunque conocía la causa, de interrogarlos:

—¿Por qué están así? ¿Qué tienen?

Me miraron con unos ojos angustiados, profundamente tristes, respondiéndome uno de ellos, el más audaz y despreocupado de los dos:

—¿Por qué? Porque se acerca el 15 de ene-

ro y leo con la imaginación, por centésima vez, la condenación del motín que leeré luego realmente en los diarios, y siento, como si un latigazo irresistible, me cruzara la cara. ¿Por qué? Porque daría los años de vida que me restan por arrancar esa página odiosa de mi foja de servicios; porque preferiría no haber nacido, antes que manchar mis galones con ese hecho vergonzoso, que me sigue como un remordimiento, que me entrega desarmado a quien me lo recuerda, que me impulsaría a expatriarme si no fuera ya viejo e incapaz de iniciar de nuevo una vida para la que me falta todo. Por eso estoy triste y hoscó y sombrío, me decía, terminando, mientras el otro aprobaba silenciosamente con la cabeza.

Aquella confesión inesperada me daba el secreto de ese poder lento, latente, a veces invisible, pero certero y seguro, que se llama la opinión, que abre su ruta en medio de todos los obstáculos, que señala el porvenir al través de los horizontes sombríos, que lapida todos los despotismos y consagra todas las abnegaciones. Aquel hombre, como el condenado de la leyenda bíblica, arrastraba aquel estigma que envenenaba su existencia, que entenebrecía su alma, que lo lanzaba en noches de sombría desesperación.

Hay que convenir en que no en todos los ac-

tores del motín, ejercía éste su influencia con la misma violencia e intensidad, desde que algunos parecían indiferentes a la evocación; pero esto era en gran parte hijo del disimulo, y, aun no siendo así, obedeciendo, como decía antes, a que cada temperamento reacciona de un modo diferente, es lo cierto que aquel recuerdo hería a todos intensamente.

El general Tajés tuvo, sin duda, una intervención más o menos acentuada en aquel hecho; pero siempre una intervención secundaria, casi anónima, no figurando, por consiguiente, su firma al pie de aquel célebre manifiesto que se reproducía anualmente; sin embargo, estoy convencido que la impresión de esa prédica determinó esa característica de la personalidad del general Tajés, uno de los hombres que más sincero acatamiento han rendido a la opinión pública y más respeto han profesado a la disciplina del orden, sano, dentro de la libertad. Esa acción, por múltiples conceptos memorable, del Quebracho, determinó un acercamiento entre el jefe del ejército vencedor y los prisioneros del ejército vencido, y, como entre esos prisioneros había múltiples personalidades dirigentes de la intelectualidad uruguaya que necesariamente tenían que intervenir en forma fundamental en los sucesos futuros, ese acercamiento

tuvo resultados decisivos, en el curso ulterior de la política por venir.

La terminación de la guerra civil con un perdón general, produjo de inmediato como una sensación de alivio, sucediéndose luego un paréntesis de paz entre el Gobierno y el pueblo; pero pronto la oposición volvió a intensificar de nuevo su acción, dividiéndose en la forma de realizarla; así el partido constitucionalista aplicaba sus energías contra el Gobierno en las columnas de su prensa, mientras los colorados independientes, sin desconocer la importancia de esta forma de oposición y usarla subsidiariamente, se preparaban activamente para un movimiento partidario, que alcanzaba a toda la República, incluso los mismos elementos de la confianza del Gobierno. El general Santos no desconocía estos trabajos; pero no se atrevía a atacarlos de frente, pues tenía, de un lado, hallar comprometidos a sus propios amigos, y de otro, quedar completamente solo, minado su prestigio y obstaculizada eficazmente su acción. Entonces se produjo un hecho realmente extraordinario en nuestra historia política, y ese hecho fué el acercamiento de los partidos extremos, es decir, de los elementos del Gobierno y de los constitucionalistas, a los que llamó el general Santos para consti-

tuir su Ministerio. Este hecho singular, repito, se llamó la Conciliación, y su realización fué festejada en todo el país con un entusiasmo delirante por el pueblo, ávido de paz, de tranquilidad, que le permitiera consagrarse serenamente a su trabajo, y que veía en esa reconciliación, una promesa de prosperidad y de calma duradera.

La Conciliación fué un hecho de indiscutible trascendencia, cuya apreciación fué exagerada, así en favor como en contra: para los constitucionalistas representaba un triunfo digno de la apoteosis; para los adversarios, un delito digno del arcabuceo. Es la eterna y fatal oscilación violenta del péndulo, entre uno y otro extremo, antes de alcanzar el justo medio que representa la posesión serena del buen sentido. Entretanto, los constitucionalistas, con ese hecho, daban una contestación hábil y decisiva a los adversarios que los acusaban de ser una agrupación puramente platónica, sin finalidades prácticas, y esos adversarios, comprendiendo acaso la imprudencia de sus epigramas destruidos tan elocuentemente con ese hecho, extremaban su oposición, arrojando o pretendiendo arrojar, en el ánimo del gobernante, la sospecha de la deslealtad de sus colaboradores en el gobierno, cosa que podían hacer, recordando

la prédica extrema, humillante y desprecia-  
tiva que había caracterizado su oposición,  
pues si antes se pedía la cárcel y el proceso  
para ese gobernante, luego se le coronaba  
como un héroe y se sacaban los caballos de  
su carruaje, para ser arrastrado triunfalmen-  
te por ese mismo pueblo que antes quiso la-  
pidarlo. Ese pueblo, entretanto, aplaudió y  
estuvo con la Conciliación, circunstancia que  
debe tenerse muy en cuenta para resolver  
este asunto tan arduosamente debatido en  
su tiempo. Yo creo sinceramente en la de-  
mocracia, que es la expresión más elocuente  
de la indiscutible soberanía del pueblo, y  
creo tan firmemente en su derecho a gober-  
narse, en darse las instituciones que le con-  
vengan, en fijarse la ruta a seguir, según lo  
resuelva en su seno la mayoría, que pienso que  
tiene el derecho indiscutible hasta de equivo-  
carse.

No reconozco, pues, a ningún gobernante  
el derecho de imponer sus reformas o sus  
ideas contra la voluntad de la mayoría del  
pueblo que gobierna, aunque él esté en la  
verdad y el pueblo en el error.

La política nada tiene que ver con la re-  
ligión, ni la ciencia del gobierno con el dog-  
ma, por lo cual, aun siendo verdades indis-  
cutibles, nadie puede imperativamente con-

vertir esas reformas en leyes ejecutivas, sin traicionar la causa democrática, pues el gobernante designado puede ser un propagandista; pero en este caso, si es un hombre honrado, se limitará a hacer una propaganda teórica, sin utilizar para ello los resortes del poder en forma impositiva y odiosa.

De cualquier manera que se juzgue la Conciliación, fué, a mi entender, un descanso en las filas de los adversarios, puestos agresivamente frente a frente. Este acercamiento inesperado, que aflojaba el arco, de largo tiempo atrás siempre pronto y tendido, permitió soluciones más radicales antes imposibles, como consecuencia natural de aquel primer paso. Y no disminuye su conveniencia el hecho alegado de que el general Santos buscó la conciliación con los constitucionales y con el pueblo, para neutralizar la revolución colorada que amenazaba su poder, a fin de oponer aquéllos a ésta, pues si así fué, eso revelaba indiscutible sagacidad en el gobernante; pero probaba también que aquello fué un triunfo de la opinión que debe aplaudirse, y que ese acercamiento liquidaba una oposición violenta, de la que podrían derivarse, y se derivaron realmente, aproximaciones fecundas y soluciones trascendentales. Y tan evidente era esta aproximación

entre dos fuerzas en pugna, con independencia de los jefes accidentales que realizaron esa aproximación, que pronto se pudo percibir que la amistad entre el general Santos y sus Ministros era muy precaria; que a cada instante surgía un incidente que podía comprometer la obra e imponer un retroceso en el camino recorrido, y cuando se adquirió el convencimiento de que la convivencia de ambos en el poder era imposible, no desapareció la aproximación, nadie pensó en desistir de la conciliación realizada para volver a la lucha de cada día, sino que se buscó la manera de separar el factor que obstaba a que el acto de confraternidad histórica diera todos sus frutos en la vida institucional del país y se alejó al general Santos, sustituyéndolo con el vencedor del Quebracho, que tenía ya, como se ha dicho, un profundo arraigo en la opinión.

El general Tajés asumió el poder con el mismo Ministerio de la Conciliación que tuvo Santos, y éste, con una misión diplomática extraordinaria, se embarcó para Europa, disipándose así en el pueblo, con su alejamiento, los temores e incertidumbres que empezaban a turbar su reposo y a comprometer la confianza pública, que tan soberbiamente renacía después de tan luctuoso y prolongado eclipse.

## CAPÍTULO SEXTO

Presidencia del general Tajés.—Gobierno de opinión. —  
Líneas generales de su gobierno.—Democrática acti-  
tud del gobernante al descender del Poder.

El cambio del primer magistrado de la República, sólo tranquilizó momentáneamente las inquietudes populares, pues subsistía la agitación interna, latente, que podía provocar fácilmente graves trastornos. En efecto, si bien el general Santos había sido el jefe indiscutido de una agrupación determinada que aceptaba sin dificultad sus mandatos, esta jefatura representaba, fuera de los vínculos de amistad y de partidarismo, la unión de una oligarquía constituida sobre la base de un interés común, adornada o decorada con el título de partido colorado. Esa oligarquía tenía, naturalmente, su programa interesado, y en tal situación, aunque el general Tajés había pertenecido al grupo, por múltiples razones, podía ser acatado sin discusión, siempre que ajustara su conducta en el go-

bierno al canon adoptado, que siguiera la ruta trazada por aquél, y esto se hacía tanto más indispensable, cuanto que el general Tajés podía considerarse ya como sospechoso por los íntimos de la anterior situación, desde que había manifestado sus vinculaciones con los antiguos elementos opositoristas, y esa desconfianza tenía que mantenerse, ya que el Ministerio que lo acompañaba era el mismo que acababa de contribuir al alejamiento de Santos, que seguía a la distancia sus propósitos primitivos, falsos o verdaderos, de nuevas usurpaciones del poder público.

Tajés no podía gobernar así, y menos con un Ministerio constitucionalista. Todo el andamiaje del gobierno anterior se mantenía íntegro, así en las líneas generales como en los detalles, y especialmente en sus elementos de fuerza, de confianza y de seguridad. Dentro del organismo actual del gobierno, Santos, a la distancia, sabía todo lo que pasaba y sus órdenes seguramente eran más acatadas que las de su sucesor y esto, verdad o mentira, se repetía en todos los tonos y se creía firmemente.

En estas condiciones, Tajés necesitaba consolidar su situación, no sólo en la realidad íntima del gobernante que manda y sabe

que es obedecido, sino también en la apariencia, para el pueblo, que necesitaba ser tranquilizado en sus inquietudes, sabiendo que velaba por él un gobernante fuerte y obedecido y, lo que valía más, respetuoso de la opinión pública sinceramente manifestada.

Conspiraba a este propósito del gobernante, la actuación de su propio Ministerio, que, sin valorar debidamente cuál era la situación que se atravesaba, de incertidumbres, de peligros y de falta de estabilidad en el poder, quería aplicar un criterio radical de principios a un período político que envolvía una transición fundamental, cuya consagración dependía de una unión íntima y perfecta entre elementos de buena voluntad, que necesariamente tendrían que hacer concesiones de detalle al propósito final que se perseguía; pero, ante todo, de una unión perfecta en el gobierno, para triunfar del enemigo común.

Analizadas serenamente todas estas circunstancias, Tajés se vió obligado a aceptar la renuncia de su Ministerio, con cuyos miembros conservó siempre excelente amistad, y, después de dar este paso, comprendiendo la necesidad imperiosa de dictar una resolución decisiva que fuera una garantía de tranquilidad para el pueblo, lleno de desconfianzas e incertidumbres, nombró nuevos Ministros,

llevando al de Gobierno, o sea a la jefatura del gabinete, al doctor Julio Herrera y Obes, colorado firme y sin veleidades, enérgico y valiente adversario de Santos, que representaba todo un programa de reacción en el general Tajés, presunción confirmada con la disolución del 5.º de Cazadores, batallón que representaba una tradición tan temible como impopular. Este suceso, delirantemente festejado por el pueblo en masa, devolvió en un minuto la confianza tambaleante desde hacía tiempo, y, apoyado por la opinión, el general Tajés pudo lanzarse abiertamente en una ruta de reivindicaciones administrativas, de sanas evoluciones políticas y de resurgimientos cívicos, ya perdidos en las lejanías del pasado.

Pocas veces se reproducirá, tal vez, en nuestra historia, un caso de un gobernante como el general Tajés, a quien la suerte haya sonreído más cariñosamente durante su mando, reuniendo en torno suyo una serie de acontecimientos favorables, que debían dar una simpática fisonomía a su actuación de gobernante.

En efecto, restaurado el país en sus fuentes económicas por el ahorro de muchos años, se desbordaba en una explosión de todas las prosperidades; el crédito público, renaciente

y vigoroso, corría en ondas de Pactolo bienhechor, tonificando el comercio, dando animación a los negocios, y nuestras embrionarias industrias, despertando de un sueño reparador, abrían las válvulas de la producción a todas las iniciativas y a todas las empresas. Separado el pueblo tanto tiempo de sus gobernantes, se sentía ávido de compartir responsabilidades que había olvidado, y llevaba su dinero, sus actividades y sus iniciativas, al banquete de la fraternidad, en una explosión de afectos, de expectativas y de fecundo patriotismo.

Los ciudadanos, apartados por tantos años de sus deberes cívicos, buscaban con sano entusiasmo la lucha del comicio, discutían sus candidatos y se preparaban a tomar una parte activa en la solución de los problemas de orden público que les ofrecía la nueva situación creada. Con un alto y sereno criterio de gobernante, el general Tajés, dándose cuenta de la dificultad de transformar en breve término los viejos moldes de los comicios viciados, puso al servicio de los intereses públicos su legítima influencia, aconsejando acuerdos que atemperaran las asperezas de las luchas agrias en ciertos distritos y prestigiando personalidades de las agrupaciones separadas anteriormente del comicio,

que por esta razón no hubieran podido entrar a formar parte de la Legislatura sin estas indicaciones, no obstante su indiscutible valimiento y el contingente de inteligencia y honestidad que importaba su incorporación a los negocios públicos. Con ese espíritu sereno, el general Tajés presidió las elecciones de 1887, que prepararon la XIII Legislatura, en la cual se sentaron personalidades como Carlos M.<sup>a</sup> Ramírez, Pedro Bustamante, Francisco Bauzá y Domingo Mendilaharsu, no queriendo citar más que los muertos, nombres que representaban, o una tradición luminosa de inteligencia e hidalguía, o una lucha gigantesca por las instituciones nacionales, o un símbolo de las injustas persecuciones políticas de otras épocas, que se consideraban para siempre destruidas. Esa Legislatura abordó y resolvió grandes problemas de carácter político, legal, financiero y jurídico, y los resolvió con un elevado criterio patriótico que parecía tutelar en todas partes el resurgimiento de la República, después de una quietud dolorosa y malsana. Y las actividades cívicas no se limitaron a las elecciones de senadores y diputados, sino que tuvieron una repercusión más honda, al preparar la candidatura presidencial del sucesor del general Tajés. Varios ciudadanos

se disputaban ese cargo, y entre otros el general don Luis E. Pérez, senador entonces, el general don Pedro de León, Ministro de la Guerra, y el Ministro de Gobierno doctor Julio Herrera y Obes. La lucha en torno de estas tres personalidades, revistió en ocasiones tonalidades de un apasionamiento excesivo, justificado, ante todo, por la originalidad de actividades cuyo secreto se creía perdido.

No se dice una novedad cuando se afirma que quien provocó mayores resistencias fué Julio Herrera y Obes, que, en compensación, tenía los más entusiastas defensores, pues es sabido que las personalidades más acentuadas por sus méritos o sus talentos, son siempre las que provocan resistencias más acerbas o simpatías más cálidas, quedando la apreciación serena de sus cualidades o defectos, para las personalidades mediocres.

Fué en ocasión de estas luchas ardientes como pudo apreciarse más justamente la ecuanimidad del general Tajés, pues supo mantenerse imparcial en esa lucha candente en que se debatían cuestiones de un personalismo enérgico y agresivo, que no consiguieron contaminarlo. Pero hubo algo más acentuado aún en su actuación de Presidente, y es que ciertos elementos que proclamaban

más o menos abiertamente la candidatura del general de León, oponiéndola a la del doctor Herrera, abrigando bastantes dudas sobre su éxito final, pensaron en convencer al general Tajés de que en lugar de delegar el mando el 1.º de marzo de 1890, en que se cumplía el plazo por el cual se había elegido al general Santos y que Tajés había desempeñado complementariamente, él tenía derecho a un año más, con lo cual se conseguía subordinar la nueva elección presidencial a nueva elección de diputados y senadores, que eran los electores de Presidente, es decir, que se multiplicaban las dificultades ya vencidas por los partidarios de Herrera y se hacía más posible orientar la nueva Legislatura a otras candidaturas que pudieran vencer a aquélla. El golpe, como se ve, era certero, pues era humano que Tajés, que tan feliz había sido en su gobierno, se sintiera inclinado a continuarlo, tanto más cuanto que sus escrúpulos de que una actitud semejante fuera contra la Constitución o la ley, estaban disipados con anticipación por el prestigio de las inteligencias que así lo aconsejaban, naturalmente que sin revelar las verdaderas razones que las impulsaban. Pues bien: a pesar de que hubiera sido naturalísimo que Tajés aceptara estas insinuaciones, que halagaban su amor

propio, que satisfacían su ambición y que no lastimaban ningún postulado partidario, se mantuvo firme en su actitud de rechazo a esas seducciones, que jamás quiso aceptar, ni siquiera permitir que se discutieran en su presencia seriamente.

Entretanto, el doctor Herrera se multiplicaba en su Ministerio, atendía con su inteligencia característica los asuntos de su cartera, respondía a las interpelaciones que se le formulaban en las Cámaras, contestaba en la prensa a sus adversarios, destruía intrigas, se atraía partidarios y hacía de su casa un punto de reunión en que la distracción mayor que se ofrecía a sus visitantes, era el inagotable encanto de su palabra siempre galana y atrayente. Aquel candidato respondía a su tradición de poseer una inteligencia múltiple y variada, y su actividad inagotable y fecunda atendía a las más contrarias solicitudes que de todas partes llegaban hasta él.

Ese período del gobierno del general Tajes, tan fecundo en sus actividades de todo género, ofrecía un escenario excepcional para un hombre como Herrera, pues durante él visitó nuestro país el Presidente de la República Argentina, doctor Juárez Celman, visita que fué retribuída más tarde por el

general Tajes y se celebró en Montevideo el primer Congreso Jurídico Latino-Americano, cuya labor revela una mente robusta, como que ella fué la resultante del trabajo combinado de las primeras inteligencias de la América Latina.

Todas estas circunstancias obligaban a intensificar la acción personal de un candidato, en los diversos escenarios, político, diplomático y social; pero el doctor Herrera era el hombre para estas complicadas situaciones, de las cuales sabía salir siempre con exquisita habilidad, gracias a su talento variado y múltiple. Debido a esta ductilidad, pudo vencer las dificultades de todo orden que se le oponían, y pudo valorarse el hondo arraigo de su prestigio, cuando, en los últimos meses del gobierno del general Tajes, hubo de abandonar el Ministerio de Gobierno, sacrificado a la razón de Estado, viéndose entonces un espectáculo único, y fué: que aquel Ministro que abandonaba su cartera, en un momento excepcionalmente psicológico, puesto que era casi la víspera del día en que debía elegirse el nuevo Presidente, en el momento en que se veía precisado a alejarse del poder, desde donde era más fácil y seguro orientar su barca hacia el triunfo definitivo, aquel Ministro, repito, aumentó su populari-

dad, y cuando, con su espíritu travieso y dominando la natural emoción que sin duda lo embargaba en ese instante, dijo, dirigiéndose a los amigos que lo esperaban en el Ministerio para acompañarlo a su casa: “Señores: desde que la novia no me quiere y los padres no me aceptan, renuncio generosamente a la mano de doña Leonor”, un aplauso espontáneo y colosal llenó el Ministerio, repercutió de salón en salón, de la Casa de Gobierno desbordó al patio, rodó por las amplias escaleras hasta desembocar en la plaza Independencia, donde se congregaban los amigos que formaban legión, y a los cuales había llegado como un rayo la noticia de aquella renuncia inesperada, y aquel aplauso, que sin duda confortó poderosamente a Herrera en aquel momento, debió resonar con eco singular y significativo en el despacho presidencial del general Tajés, solitario en esos momentos en que las auras populares parecían volverse para acariciar a su ex Ministro de Gobierno.

Este acrecentamiento de la popularidad de Herrera, no fué un movimiento inconsulto de sus amigos, un arrebató del primer momento; no: su popularidad creció, y, desde esa misma noche en que abandonó el Ministerio. manifestaciones entusiastas y rumoroso-

sas desfilaron por su casa, ungiendo al candidato, tan popular como ninguno, que se preparaba noblemente, legítimamente, a conquistar el primer puesto en nuestra democracia batalladora.

Desde ese momento, la lucha presidencial entró en una amplia vía de seguridad y de confianza, y no pudo ser objeto de dudas para en adelante el resultado de la contienda.

El general Tajés observó una actitud absolutamente correcta; desoyó los consejos para prorrogarse en el poder, rechazó las insinuaciones para mover el ejército, que era suyo, en favor de su permanencia en el gobierno, no hizo sobre sus amigos del Cuerpo Legislativo una presión determinada, como había sido harto frecuente y cuando la Legislatura eligió al doctor Herrera y Obes Presidente de la República, el 1.º de marzo de 1890, él, gobernante militar, hijo del motín, formado en el ambiente que se derivó de ese acto, entregó sencillamente el poder, sin un gesto de pesar o de amargura, en la forma más bella y democrática, yéndose luego popularmente a su casa, acompañado por el nuevo Presidente y por el pueblo, a quien electrizaba un espectáculo con el que no estaba, sin duda, familiarizado.

Me tocó entonces dirigir al general Tajés,

en nombre de una parte de la prensa, algunas palabras que sintetizaran la impresión general que su conducta había producido en el pueblo. De esas palabras tomo las siguientes:

“ Teniente General Tajés:

“ En este instante, aunque inmerecida,  
“ cábeme la honra de dirigiros la palabra, en  
“ nombre de una gran parte de la prensa  
“ uruguaya que representa aquí a cada uno  
“ de los partidos en que se divide la opinión  
“ en nuestro país. Esta representación es  
“ quizás la síntesis más bella de vuestro go-  
“ bierno, porque habiendo buscado la paz  
“ entre todos los partidos, durante vuestra  
“ administración, tenéis la singular honra  
“ de que, al retiraros noblemente a vuestro  
“ hogar de ciudadano, representantes de to-  
“ dos esos partidos antes separados por  
“ odios inextinguibles, se reúnen hoy bajo  
“ vuestro techo y, unidos en la santa confrater-  
“ nidad de un noble sentimiento democrá-  
“ tico, vienen a depositar en vuestros umbra-  
“ les la ofrenda de la gratitud popular y a  
“ evocar en vuestro corazón las más puras  
“ expansiones que despierta en el alma la  
“ satisfacción del deber cumplido. Señor:  
“ acabáis de dejar el mando, para entregarlo

“ al distinguido sucesor que la Asamblea Ge-  
 “ neral ha elegido libremente, sin coacciones  
 “ de especie alguna, siguiendo espontánea-  
 “ mente las inspiraciones propias de cada  
 “ uno de sus miembros, unidos por un pro-  
 “ pósito común.

“ En el funcionamiento de ese mecanismo  
 “ constitucional, no habéis tenido más inter-  
 “ vención que aquella que las leyes os acor-  
 “ daban, como supremo representante del  
 “ orden, que es el respeto a la libertad de  
 “ todos.

“ Habéis, pues, quebrado una práctica fu-  
 “ nestá para las democracias y, al ennoble-  
 “ cer vuestro gobierno y vuestra personali-  
 “ dad, habéis hecho de nuestro país, que es  
 “ pequeño por su territorio, una nación gran-  
 “ de y ejemplar para todos los países que  
 “ pueblan este hermoso continente ameri-  
 “ cano.

“ Como diputado del pueblo que debo velar  
 “ por el estricto cumplimiento de las leyes,  
 “ como representante de la prensa que debe  
 “ ser el celoso centinela que guarde las liber-  
 “ tades públicas, como ciudadano que ama  
 “ el pueblo en que nació, las leyes que me  
 “ enseñaron a respetar desde niño, puedo  
 “ decir hoy: Teniente General Tajés: os doy  
 “ las gracias porque, en la gestión de los in-

“ tereses nacionales, habéis realizado la es-  
“ peranza del marino que confiaba en la  
“ victoria, porque esperaba que sus soldados  
“ y él mismo en el peligro sabrían cumplir  
“ con su deber. Habéis cumplido con vues-  
“ tros deberes y vuestra victoria es ésta.  
“ Mientras no llega el fallo de la historia,  
“ que burila en sus páginas de bronce los  
“ grandes hechos y los grandes nombres, re-  
“ cibid, Teniente General Tajés, la grati-  
“ tud desinteresada del pueblo a quien ha-  
“ béis abierto, con vuestras manos, el clausu-  
“ rado y solitario templo de sus más queri-  
“ das y santas libertades. ”

Han pasado veinticuatro años desde enton-  
ces; han rodado sobre nuestro país sucesos de  
todo orden, favorables o adversos, grandes  
o pequeños; se han formado nuevas agrupaciones;  
otras personalidades políticas han  
surgido en sustitución de las desaparecidas,  
y se han abierto otras rutas a la actividad  
nacional; pero en su esencia misma, pienso,  
hoy como ayer, que el general Tajés, en su  
actitud serenamente democrática, mereció  
bien de la Patria y que su nombre perdurará  
como el de un hombre que simboliza en nues-  
tra historia, la iniciación de una política de  
concordia y de confraternidad, dentro de las  
agresividades tradicionales de nuestros par-

tidos, y su recuerdo será siempre un símbolo de paz y una sana aspiración de progresos cívicos y de hermosas explosiones populares.

---

## CAPÍTULO SÉPTIMO

Presidencia del doctor Julio Herrera y Obes.—Sus actos iniciales. — Nombramiento del doctor Angel Brian para Secretario de la Presidencia.—Efecto desastroso de este nombramiento.

El 1.º de marzo de 1890, la Asamblea Legislativa elegía Presidente de la República, por una gran mayoría, al doctor don Julio Herrera y Obes. Esa elección tenía una inmensa trascendencia, por la personalidad en quien recaía, por la oportunidad en que se hacía esa elección y por los electores que contribuían a votarlo. Analicemos estas diversas circunstancias.

El doctor Herrera era una de las personalidades más caracterizadas de nuestro país, porque se reunían en él condiciones o facultades que es difícil encontrar en una misma persona, en el grado máximo en que las poseía. Era un periodista brillante, de talento múltiple, variado, de una observación sutil y profunda, que descubría siempre, y a la primera ojeada, el lado débil o vulnerable de su



adversario. Era un polemista formidable y convincente, cuyo cerebro guardaba siempre una reserva inagotable de argumentos más o menos impresionantes o complicados, pero siempre decisivos. En ocasión de una interpelección célebre sobre Juntas, estuvo admirable, no obstante el vigoroso talento que se le ponía en frente y, ya vencedor en esa batalla parlamentaria, contestaba con naturalidad a los que se asombraban de sus conocimientos administrativos:

—Están en un error; no es que yo sepa mucho, sino que mi adversario sabe mucho menos.

Y no era en realidad así; el adversario sabía mucho; pero Herrera lo superaba en el conocimiento de entusiasmar a las grandes asambleas partidarias, que manejaba en forma inimitable, así como en el secreto de esa copiosa legislación administrativa, cuyo estudio metódico había abordado con resolución, durante su larga estada en Buenos Aires, con esa perseverancia inagotable que caracteriza a las personalidades de médula política.

Ese periodista batallador y brillante representaba toda una tradición luminosa para su partido y para su país; ese orador parlamentario que acababa de dar las más altas y decisivas notas de elocuencia y de saber, en las

luchas parlamentarias de la administración anterior, era una promesa de reacciones sanas en el sentido de rutas nuevas que él conocía como nadie y que el país entero reclamaba para su desarrollo y su progreso; ese Ministro laborioso, inteligente y varonil, que aparecía, desde el primer momento de su actuación ministerial, saneando la atmósfera saturada de múltiples convenciones corruptoras, era un guía y podía ser un conductor del pueblo, hacia las soluciones serenas del porvenir. Pero representaba algo más en ese simbolismo humano de nuestros acontecimientos históricos: representaba la vuelta al gobierno civil, derrumbado brutalmente por un motín cuartelero, en la alta personalidad del doctor Ellauri, oscurecido, escarnecido o esfumado en un luctuoso período de tres lustros, y restablecido con el nuevo ungido del pueblo, como el más alto exponente de nuestras personalidades civiles partidarias, encargado, por esa circunstancia, de restituir de nuevo a su templo y a sus aras los dioses lares de nuestra combatida nacionalidad. Y en efecto, el doctor Herrera, por sus tradiciones de familia y por sus amistades de sus años juveniles y luchadores, era una garantía para las clases conservadoras, siempre un poco aristocráticas; lo era tam-

bién para las clases populares partidarias, cuyos ideales supo encarnar, mezclándose en sus filas, y lo era igualmente para la clase militar, que veía en él un ciudadano viril, entusiasta y ardiente, deseoso de llevar a todas partes un fecundo espíritu de progreso.

Un aura de verdadera popularidad había presidido su elección, no sólo en nuestro país, sino del otro lado del Plata y hasta en el Brasil, pues siendo una de nuestras inteligencias culminantes, a sus prestigios propios, en esos países donde había actuado en una u otra forma, había que agregar los de su ilustre padre, de huella más honda aún en el pasado. Por múltiples razones, pues, era aquella una presidencia ideal, que sintetizaba una promesa de nobles esfuerzos patrióticos, por nuestros progresos institucionales. El pueblo en masa, que lo sentía así, ardía en entusiasmo y sus vítores poblaban el ambiente, desfilando por la mansión del nuevo Presidente, al són de las músicas patrióticas, y obligándolo reiteradamente a asomarse al balcón, donde era aplaudido con delirio, con ese mágico entusiasmo desinteresado de las grandes masas colectivas que ofician, sin conocerse, en un mismo altar común.

Era aquel un momento histórico de inmensa, de infinita trascendencia para nuestro

país, pues Herrera representaba algo así como un broche de oro entre dos situaciones separadas por un largo intervalo de controversias ardorosas, de luchas enconadas, de odios, de sarcasmos, y ese broche debía ser un lazo poderoso, un vínculo indestructible de reconciliación, de acercamiento, para que aquel período que se iniciaba, representara una cruzada intensa en pro de las conquistas de la verdadera democracia, olvidada o agredida en aquel pasado cercano. Y esa misión de un orden elevadísimo, reclamaba, en el encargado de cumplirla, un número enorme de cualidades complejas y de superioridades de todo orden. El doctor Herrera poseía una inteligencia sobresaliente, una preparación indisentible y una experiencia profunda de la vida, de los hombres y de la política; tenía en su contra, sin embargo, un grave inconveniente y era que, en los últimos meses que precedieron a su elección, la oposición contra él se había acentuado hasta herirlo seriamente, porque precisamente emanaba de sus antiguos amigos, de los cuales él creía tener derecho a esperar otra cosa que ataques o agresividades inesperadas, y, sin embargo, esos amigos eran los más irreducibles, los que le oponían las candidaturas más incomprensibles, más injustificables, te-

niendo en cuenta sus defensores y comparando los diversos y contradictorios planos en que se encontraban, por sus viejas y comunes tradiciones, así con Herrera como con el general Pedro de León, que le oponían.

Esta impresión harto humana, sin duda, es, no obstante, fatal a los gobernantes, pues si el candidato tiene el derecho a sentirse herido y agraviado por la ingratitud, el olvido o la indiferencia de sus amigos, ese derecho desaparece para el gobernante ya consagrado, cuyas impresiones de esa índole determinarán necesariamente en él una cierta predisposición agresiva, un cierto movimiento combativo que puede traducirse en una altivez extrema, lo que es malo sin duda, o en una venganza oficial, lo que es infinitamente peor. Hay una sana conveniencia en convencer a los agentes de nuestra vida democrática, de que si la persona, el ciudadano, pueden y tienen derecho a acariciar simpatías o antipatías y proceder en el sentido que determinen estas emociones, en cambio, el funcionario nada tiene que ver con esos sentimientos, cometiendo un verdadero delito, si deriva su acción oficial del criterio que le sugieren sus pasiones de hombre, propias sin duda de éste, pero inaceptables en el funcionario, que debe ser absolutamente impersonal.

Prescindiendo ahora de digresiones más o menos oportunas, debo volver a Herrera, que las ha sugerido, y a la causa inmediata que las provoca. La altivez excesiva o la agresividad manifiesta del gobernante que recuerda los agravios del candidato, tiene dos maneras de manifestarse: la primera, por una exteriorización indirecta y se traduce en una afectada y desdeñosa prescindencia de los consejos de la opinión pública que se aparenta no oír o desdeñar; la segunda tiene formas directas y positivas, de agresión, contra tal o cual personaje que ha provocado el enojo o la irritación del gobernante. Hay aún otra cuestión íntimamente relacionada con las obligaciones del candidato, cuya liquidación toma luego a su cargo el gobernante triunfante. Sobre este punto, existen los que exageran la obligación y los que la amenguan o destruyen. Que el gobernante triunfante tenga, para quienes lo ayudaron más o menos eficazmente como candidato, un natural impulso de agradecimiento y de benevolencia, es justo y es humano, como lo es que, en igualdad de condiciones, prefiera para tal o cual cargo o función, la persona que lo ha favorecido, antes que la que le ha sido hostil; pero en cambio no es justo, ni puede perdonarse que, so pretexto de agradecimien-

to, se haga de esos favorecedores de ayer, los comodines de siempre, colocándolos en todas partes y para todos los cargos, sea cual fuere su competencia y sus condiciones morales. La gratitud es una de las grandes y simpáticas virtudes humanas, quizás la que más honra a la especie; pero no confundamos la gratitud personal del candidato con las obligaciones del gobernante, pues el primero debe moralmente esa gratitud que se traduce en múltiples formas y que sólo puede transferir al segundo, cuando éste, cumpliéndolas, realiza de una manera más perfecta las obligaciones de su cargo. Todo esto nos convence de la necesidad imperiosa, en que se hallan los gobernantes, de mantenerse en un ambiente de suprema serenidad, alzándose sobre las pasiones que los rodean, sobreponiéndose a sus propias antipatías y enemistades y actuando en toda la integridad de sus energías, sin trabas ni barreras de carácter puramente personal. Y, sin embargo, esto, que teóricamente parece tan fácil, resulta en la realidad casi siempre impracticable, aun para las personalidades más culminantes, lo que revela, o bien que no se ha encontrado aún el sendero que lleva a obtener la absoluta disciplina de las pasiones por una educación adecuada y eficaz, o bien que esas pasiones

no pueden ser domiadas jamás, ni aún por la visión de un alto y noble ideal colectivo.

Dentro del criterio de verdad con que deben escribirse los libros de la naturaleza del presente, debo confesar que el primer acto realizado por el doctor Herrera, como Presidente de la República, fué un fracaso y defraudó dolorosamente las justas expectativas de sus amigos y del país.

Ese primer acto fué el nombramiento del doctor don Angel Brian para Secretario de la Presidencia, y ese acto fué considerado como un desafío a la opinión. El doctor Brian era un médico joven e inteligente, de larga actuación política, más o menos confusa, vaga e indefinida en los gobiernos anteriores; pero al que el pueblo, en general, consideraba como el agente más activo de ciertos actos profundamente impopulares. Se trataba de una personalidad sumamente discutida, con más o menos razón o justicia; pero a la cual la masa popular miraba como una entidad peligrosa y antipática. Es simpático y bello sacrificarse por un noble y alto ideal, oponiéndose a injustas corrientes y odiosos prejuicios; pero es doloroso hacerse derrotar en forma obscura, defendiendo una bandera justamente impopular y a justo título aberrecida.

Si el cargo de Secretario de la Presidencia

no tuviese más misión que recibir y contestar la correspondencia oficial del primer magistrado de la República, el hecho, si bien imprudente, no hubiera revestido la gravedad que le dió la prensa de entonces; pero es el caso que el Secretario de la Presidencia, es el funcionario intermediario obligado entre todos los que tienen necesidad de acercarse al Presidente y el Presidente mismo; y en este orden, están todos: ciudadanos, funcionarios, viajeros, altos o bajos, humildes o encumbrados; todos tienen que acudir a ese intermediario o renunciar a ver al Presidente, y para un cargo así se designó a la persona más impopular, más detestada, de manera que el doctor Herrera, al nombrar al doctor Brian, parecía desafiar a la opinión, pues contestaba así a los ataques formulados desde mucho tiempo atrás contra dicho señor, por hechos que parecían condenarlo a primera vista.

¿Por qué lo hizo así?

Unos han afirmado que en agradecimiento a los buenos servicios que había prestado al candidato con su inteligencia y travesura indiscutibles: el doctor Herrera había querido abrirle un camino seguro a la rehabilitación; otros, que el doctor Herrera consideraba al doctor Brian como una persona irremplaza-

ble; otros, en fin, que había querido demostrar desde el principio que a él no lo asustaban ni lo imponían los mandatos de la opinión. No me atrevería a afirmar quiénes estaban en lo cierto; tal vez lo estaban todos; pero sospecho que en ese acto inicial del doctor Herrera, había un cierto despecho por oposiciones formuladas al candidato, por antiguos compañeros de causa, de quienes creía poder esperar otra cosa, acto inicial que enajenó al doctor Herrera muchas y valiosas simpatías que no logró rescatar jamás y que sin ningún provecho de su parte, lo hizo realmente impopular. Es, sin duda, lastimoso comprometer una cosa tan importante como es toda la actuación de un gobierno, con un hecho pueril en sí mismo y en sus relaciones con la administración en general, cuya consumación no puede proporcionar ningún bien a quien lo ejecuta; pero que, en cambio, puede ocasionarle serios disgustos y hacer fracasar toda la obra de un gobierno. Para justificar lo que voy a decir, quiero expresar a grandes rasgos un concepto personal de lo que debe ser un presidente en nuestras democracias, a fin de no volver sobre ese punto, al que en lo sucesivo me referiré, al condenar o aplaudir un hecho o una resolución del mandatario.

Es lógico que haya en esto algo, y aún algos, de personal; pero debe ser naturalmente así, y de ello, por lo demás, no puede resultar ningún mal, desde que ese concepto, que expongo, no lleva de mi parte la pretensión de imponérselo a nadie, usándolo sencillamente para tener un punto de partida, una unidad comparativa que me faltaría si no usara ese procedimiento.

## CAPÍTULO OCTAVO

Presidencia del doctor Julio Herrera y Obes (Continuación).—Concepto de lo que debe ser un Presidente en nuestras democracias.—Herrera ante el comicio: “influencia directriz”; valor de esta declaración y sus inconvenientes; criterio anterior y ulterior al respecto; atrofia mortal del civismo activo. — Distanciamiento entre Herrera y las clases sociales dirigentes.

Hace algún tiempo, un publicista distinguido, que tiene a justo título una sólida reputación en nuestro país, sostuvo en la prensa, concienzudamente, algo así como que los talentos mediocres eran los mejores para hacer un buen presidente. Aquella afirmación era valiente y sincera y, aunque levantó tempestades y provocó acerbas polémicas, yo creo que su autor estaba menos lejos de la verdad, de lo que entonces se dijo, interpretando torcidamente su opinión. Creo conveniente recordar ahora ese dicho, pues como tratamos de buscar un concepto exacto de lo que debe ser un presidente en nuestras de-

mocracias, no está de más evocar esa afirmación.

Entiendo que, entre las condiciones fundamentales que deben exigírsele a un gobernante, debe figurar un amor profundo, invariable, a la justicia, que le dé de ésta una noción exacta, luminosa, para verla siempre en todas ocasiones, en todos los conflictos, y verla en forma tan clara e indiscutible, que guíe su marcha y oriente sus actividades hacia los rumbos que ella le señale, sin que lo desvíen de esa ruta ni sus intereses personales ni los de los suyos; debe también tener el culto de la verdad; pero en un grado máximo, capaz de hacerle confesar sus errores y soportar serenamente esas heridas del amor propio, tan dolorosas para la generalidad; debe, ante todo, estar poseído de un amor sincero, invariable, a la democracia: *sentirla hondamente*, hasta el punto de sacrificarle ambiciones de encumbramiento personal, gloria, aplausos y distinciones, a cambio de obtener esa serena absolución de la propia conciencia, tan formidable en sus fallos condenatorios, pero tan magnífica en su aprobación soberana.

Armado así contra sí propio—y contra los aduladores envenenados que rodean siempre el poder—el presidente elegido está en excelentes condiciones para entrar a desempeñar

su cargo. En efecto, es el amor propio nuestro peor enemigo, el que más falsea nuestros mejores impulsos y nos impele a los mayores extravíos; así es que, vencido ese enemigo, la ruta se despeja y la mente se aclara. El presidente es el mandatario del pueblo, el representante accidental encargado, precariamente, de ejercitar su soberanía, delegada por brevísimo plazo y con facultades terminantemente restringidas. En estas condiciones, su pensamiento directivo debe sintetizar el pensamiento de la nación soberana y, aunque tenga un inmenso talento, aunque sea un genio glorioso y crea haber descubierto un nuevo rumbo a la política, una forma más eficaz a sus procedimientos administrativos, un ideal mejor a su marcha futura, no podrá implantar sus ideas si el pueblo todo lo combate, si se opone resueltamente a sus ideas, si desautoriza abiertamente su gestión. La política no se constituye con dogmas; pero donde el dogmatismo resulta más irracional, es precisamente en la democracia, en la que el pueblo busca gestores que lo representen momentáneamente en la dirección de los negocios públicos que él no puede dirigir colectivamente; pero no elige salvadores encargados de llevarlo a un paraíso, que no lo seduce ni lo conmueve. Los presidentes democráticos son,

repito, mandatarios precarios y revocables del pueblo que los nombra, para administrar sus negocios colectivos; pero no guías infalibles, ni tutores, ni patriarcas. A veces, se dice que es necesario un dictador, como condición de salvación, un déspota absoluto, soberano sin barreras, que piense y sienta por todos y haga lo que quiera; pero, por mi parte, jamás he encontrado ese héroe en la historia moderna, en la cual concibió Stuart Mill, para combatirlo y destruirlo, al *buen déspota* hipotético. Se habla de la existencia de un Camilo y un Cincinato en el pasado... Hace ya tanto tiempo de todo eso, que es posible que ese cuadro se haya modificado, mediante el transcurso de los años, que borran o desvanecen los puntos demasiado oscuros y hacen palidecer los rasgos más acentuados, poetizando el conjunto a la distancia. En lo que a mí respecta, declaro que no creo en la necesidad de los dictadores, que miro el despotismo como florecencia malsana de una política falsa y criminal, y que la libertad, si produce males,—lo que es, sin duda, posible—también los cura, como en el clásico ejemplo del óxido de la lanza de Aquiles. Los pueblos democráticos no necesitan tutores, repito, aun admitiendo que el buen déspota de Stuart Mill, el déspota ideal, bueno, sabio, virtuoso, impeca-

ble, fuera una realidad, pues aun así, éste sería siempre perjudicial y malsano. Los pueblos, como los hombres, necesitan aprender a pensar, a sentir, a ejecutar por sí; nada importa que una entidad sabia y buena los guíe en todo momento, pues su sér íntimo no luchará, no observará, no se formará, no se vigorizará, en una palabra, no adquirirá las aptitudes necesarias para la vida. Entre un pueblo que tiene un gobernante que lo lleva perpetuamente de la mano, por el mejor de los caminos, hacia el ideal más perfecto y el que tiene que luchar cada día, tropezando aquí, para levantarse más allá, endureciendo el músculo y vigorizando la mente en el esfuerzo de cada día, haciendo vida democrática práctica, haciendo autoejercitación cívica y vida colectiva fecunda, prefiero el segundo, pues éste se habrá planteado cien veces los problemas más complicados, que se habrá acostumbrado a resolver fácilmente, sin ajena ayuda, mientras que aquél, entregado a una estéril indolencia, sin el apoyo a que está acostumbrado, titubeará siempre, tendrá miedo y fracasará necesariamente en el desarrollo de sus actividades. Y ante el concepto exacto de la situación, nada importará que se diga que el gobernante elegido es un ideal de salubridad muy superior a todos y cada uno de sus su-

ordinados, porque en el régimen democrático—el más racional, el más científico y el más humano de todos los sistemas de organización política y que no es otra cosa que el gobierno de todos para todos—no caben superioridades permanentes en el gobierno, no caben en el mando los depositarios de la verdad absoluta, que se creen con derecho a derivar, de esta presunta posesión, la autoridad para imponer sus ideas o sus doctrinas, no caben los apóstoles impecables, los mensajeros de la verdad eterna y de la eterna justicia. Se dice, para defender estos gobernantes fuertes y sabios, que, poseyendo la suprema ciencia, tienen el derecho de imponer rutas a las multitudes ignorantes, pues a veces ha ocurrido en la historia que uno solo, errante y vejado y escarnecido, ha tenido razón contra todo un pueblo; pero los que tal dicen, incurren en una lamentable confusión. En efecto, a veces todos se han equivocado contra un solo hombre sabio, misionero o apóstol, que ha necesitado regar con su sangre su doctrina, para levantar el monumento de su victoria sobre su propia tumba; pero este sabio, misionero o apóstol, no ha impuesto, sino que ha predicado sus ideas, no ha mandado que se piense como él, sino que ha dicho: “mi predicación contiene verdades que desconocéis; se-

guidas, pues en ellas está la salvación." Es así como se realiza el génesis de las ideas, por la predicación, por el ejemplo, por el sacrificio, a veces por el martirio, a veces por la muerte misma, y es en esa forma como las ideas únicamente triunfan para subsistir, depurándose en la controversia, perfeccionándose en la discusión, ennobleciéndose en la persecución y en la injusticia. Pero esta acción sólo triunfa perdurablemente con independencia del poder, pues si éste, en las viejas edades, bajo el régimen de los gobiernos teocráticos o despóticos, en que se creía realmente que los reyes eran los mensajeros o los intermediarios necesarios entre la divinidad y los hombres, pudo justificarse para imponer por la fuerza una verdad, no ocurre así en la actualidad a que nos referimos. Bajo el régimen democrático, en el gobierno de todos, no hay gobernante, así sea un arcángel bajado del cielo para dirigir una nación, que tenga la facultad de imponer sus ideas o sus doctrinas, desde el alto solio que ocupa precariamente, contra la voluntad de todos sus gobernados, aunque éstos estén en el error y aquél en la verdad, pues el régimen democrático, el reinado verdadero de la libertad popular, no admite ninguna tiranía que conspire contra la colectividad que forma, pues

su soberanía es tan indiscutible y absoluta, que nadie puede disputarle sus derechos, ni aun el derecho de equivocarse, tan sagrado como los demás.

Dentro de este convencimiento, no se concibe ni la soberbia del gobernante ni su desvanecimiento ante la grandeza de la nación que dirige, pues por mucho que valga, por mucho que sepa, por virtuoso que sea, siempre será mejor la masa colectiva que gobierna y serán más valiosos sus intereses y más importantes sus progresos y más encumbra-dos y atrayentes sus ideales y sus aspiraciones.

Y son esas soberbias malsanas las que provocan esos grandes divorcios con la opinión, esas controversias apasionadas que separan al pueblo de sus gobernantes, esas crisis hondas y enconadas de que derivan, a veces, los grandes sacudimientos políticos y las profundas crisis sociales.

Y esto que parece tan simple y tan sencillo y tan fácil de obtener como condición de la paz entre los hombres, entre los gobernantes y sus gobernados, es, sin embargo, lo más difícil, la fuente perdurable de todas las luchas, de todas las agresividades, de todas las contiendas que perturban la vida armoniosa del gobierno y del pueblo. Y no cabe pretext-

to, ni alzamiento contra los mandatos de la opinión verdadera, de la opinión leal y colectiva del pueblo, pues es claro que ese respeto sólo procede para la síntesis sincera de esas opiniones, libremente manifestadas, conscientemente expresadas, como exteriorización honesta y leal de la suprema soberanía popular. En ese caso, el desacato es insensato y fatal, y sus derivaciones no tienen límite en el desarrollo sucesivo de calamidades que son su consecuencia. Es, sin duda, todo esto, observado y juzgado, lo que inspiró la frase a que me refería al principio, en cuanto a que es a veces más peligroso en el gobierno un talento poderoso y soberbio—que se cree muy superior a las masas que gobierna—que una personalidad mediocre, la que, si le faltan los chispazos del genio, tiene, en cambio, el equilibrio de su propia mediocridad, a la que es indispensable, para triunfar, el concurso poderoso e irresistible de la opinión pública verdadera, que sintetiza elocuentemente la alianza popular.

He creído deber expresar mi concepto personal sobre los deberes de los gobernantes, antes de penetrar al examen de la acción fundamental del doctor Herrera como Presidente, que ha reunido en sí grandes condiciones derivadas de su alta personalidad in-

lectual y grandes defectos que eran el reverso fatal, ineludible, de esas mismas cualidades sobresalientes.

En efecto, el doctor Herrera, periodista de raza, de vigor poco común, estaba harto acostumbrado a dirigir, desde ese solio soberano de la prensa libre, las masas partidarias, para no llevar al ejercicio del poder una eficiencia demasiado activa, en cuanto a sus ideas y la manera de hacerlas triunfar. Y sucede en estos casos, que, cuanto mayor es la sinceridad con que se defienden esas ideas, es mayor también el peligro que entrañan, en cuanto que quien las preconiza o defiende se cree obligado a dar a su cruzada teórica las sanciones prácticas y eficaces del poder que tiene en sus manos. El poder, para el periodista apasionado o para el filósofo sincero, es simplemente el medio de hacer triunfar sus propagandas o sus doctrinas y, aunque la masa se oponga, consideran ambos un caso de dignidad personal y cívica, insistir y oponerse a la corriente arrolladora.

El doctor Herrera, al que no podía ocultarse, ni se ocultaba, que el sufragio popular era la base fundamental del gobierno democrático, creía también que su aplicabilidad era imposible en un ambiente como el que nuestro país ofrecía para esas luchas de orden

político, desde que faltaba esa preparación previa que constituye la condición del éxito feliz. Creía él, y no estaba lejos de la verdad, que el sufragio, en las condiciones actuales, era una farsa, que su triunfo no entrañaba el triunfo del más virtuoso, del más inteligente o del más popular, sino el del más hábil o el más audaz. En estas condiciones, la victoria era, en la campaña, de los caudillos rurales, que llevaban a los cargos públicos a sus amigos, a aquellos que los adulaban, es decir, a los menos dignos; era, en ocasiones también, el triunfo electoral de algún antiguo procurador rural, de cuño acentuadamente colonial, a quien interesaba tener legisladores amigos, para obtener oportunamente las reformas de las leyes, reclamadas por sus intereses o sus prestigios curialescos. En los distritos urbanos, la situación no tenía otra variación que la ofrecida por los distintos ambientes que se reflejaban en el pelaje de los agentes, siempre caudillos, de barrio suburbano en lugar de serlo de distrito rural; pero caudillos al fin, agentes siempre de intereses restringidos, de aspiraciones personales, de propósitos de círculo y sólo por rara excepción, de ideales nobles y patrióticos. Sinceramente convencido de todo esto, lanzó su célebre doctrina de la *influencia*

*directriz*, como el único medio de contrarrestar la ignorancia política supina de las muchedumbres anónimas o de los localismos malsanos. La *influencia directriz* era, en resumen, el derecho invocado por el gobernante de intervenir directamente en la función electoral, a fin de elegir a los mejores, a los más aptos y virtuosos, a los más dignos y preparados, es decir, a quienes pudieran desempeñar idealmente la función pública para la cual se les designaba.

Esta intromisión del Gobierno en el comicio, confesada y defendida abiertamente, provocó tempestades ardientes en la prensa de oposición, que calificó de cínicas y delictuosas esas manifestaciones, declarando que su autor merecía el juicio político, en el que sería inapelablemente condenado. Ahora bien, analizada fríamente esa doctrina de la *influencia directriz*, hay que convenir en que implicaba una declaración valiente y sincera, pues lo que el doctor Herrera, como Presidente de la República, reivindicaba como su derecho, en razón de las circunstancias en que se hallaba el país respecto de educación política y hábitos ciudadanos, era absolutamente lo mismo que hacían los presidentes anteriores, si bien lo realizaban subrepticamente, sin confesarlo, pretendiendo, por el contrario, presentarse

como apóstoles del sufragio libre y cultores de los sagrados derechos del ciudadano, y ese procedimiento, es también absolutamente el mismo que han seguido los gobiernos ulteriores, sin perjuicio de fulminar la pasada inmoralidad, la horrenda *influencia directriz*, que han ejercido hipócrita y descaradamente, siempre arrullados por la creencia de que el pueblo que los escuchaba, o no veía sus manejos o estaba compuesto de cretinos. Declaro que prefiero el que confiesa valientemente sus debilidades al que las oculta a fin de engañar a las multitudes con virtudes y hábitos usurpados.

Por esta circunstancia he calificado de valiente y sincera la manifestación del doctor Herrera en ese sentido, y sin duda ella le hubiera sido perdonada fácilmente, si al ejercer la censurada *influencia*, lo hubiera hecho tomando amplio vuelo, para llevar a la Asamblea Legislativa lo mejor, lo que más valiera como inteligencia o virtud; pero desgraciadamente no fué así, y la ulterior hipocresía triunfante se vengó cruelmente, repitiendo rítmicamente la acusación contra la antigua *influencia directriz*, sin perjuicio de ejercitar anónima, pero eficazmente, la misma influencia y con los mismos o peores resultados. Creo que, dentro de su criterio, el doc-

tor Herrera valía más que sus detractores; pero no se me oculta que esa solución, sin duda valiente, repito una vez más, no era la que convenía a un hombre de Estado sincero y leal, que debió poner toda su influencia decisiva en intensificar la educación política que faltaba al pueblo, para desempeñar la más noble función de la ciudadanía, para generar hábitos cívicos que vigorizaran el concepto de la nacionalidad, en el sentido de asegurarle una vida institucional independiente. Y el resultado de ese régimen de perpetuo tutelaje político, lo estamos palpando todavía, pues el pueblo, en general, no tiene hábitos cívicos; nadie vota ni le importa que otros lo hagan (1); el comicio es la obra de una autoridad visible que nada hace, que simplemente decora un andamiaje, detrás del cual se oculta la autoridad verdadera, que si no se ve se adivina, y que es la que todo lo mueve, sin responsabilidades, pues actúa a la sombra de otras personas o corporaciones que se presumen las encargadas de esta función. Y el convencimiento anticipado de la derrota presunta, pues se sabe que no hay combate posible contra la síntesis de todas

---

(1) Recuerda, otra vez, que este libro fué escrito en 1913, y he querido dejarlo tal cual lo escribí entonces.

las fuerzas oficiales y de todos los resortes administrativos, provoca la indiferencia, que va atrofiando todos los organismos políticos, desnaturalizando su misión, esterilizando o imposibilitando todas las actividades sanas que tonifican al hombre como entidad humana y al ciudadano como entidad política. Es ese el gran reproche que puede formularse contra Herrera, no porque él lo implantara, sino porque debió modificarlo al ascender al poder, desde que él sabía, como nadie, pues lo había observado desde el llano hasta la cumbre, lo que tenía de letal aquel sistema, para la amplia vida de la democracia verdadera.

Cabe aquí otra observación relacionada con Herrera, imputable también a esa seguridad propia excesiva que suele derivarse de la posesión de una alta e indiscutible mentalidad sobresaliente. Quiero referirme, en este caso, a cierto divorcio que existió siempre entre el doctor Herrera, como primer magistrado de la República, y las clases sociales dirigentes.

¿Por qué? Es difícil, en política, hacer afirmaciones absolutas, especialmente cuando se trata de juzgar presuntos o posibles errores del gobernante, cuyo origen, para ser debidamente examinado, debía ser confesado por

quien los cometió, cosa que no necesito decir, si es difícil de obtener; pero expondré los motivos que en mi concepto explican tal vez ese divorcio, en otra forma incomprensible.

El doctor Herrera, por su origen, por su educación y por sus mismas actividades políticas primeras, estaba lógica y naturalmente vinculado a las clases dirigentes de la sociedad, entre cuyos elementos se encontraban naturalmente los conservadores que formaban los lectores de aquel "El Siglo", en el que Herrera había hecho sus primeras y brillantes armas. Su ascensión al Ministerio de Tajes, para llenar la vacante dejada por el de la Conciliación, provocó en el primer momento un retraimiento de los elementos vinculados a éste, que imputaban erróneamente a Herrera aquella caída; más tarde, cuando se inició la campaña presidencial, los constitucionalistas dirigentes iniciaron sus trabajos, unos por la continuación de Tajes en el poder, por un año más, y otros por la candidatura del general Pedro de León, oponiendo una u otra cosa a los trabajos en favor de la Presidencia de Herrera. Que esta conducta provocara la irritación del candidato contra sus amigos de ayer, que le hacían injusta y acaso torpemente un fuego despiadado, tiene una

explicación natural porque es humana y porque esa hostilidad manifiesta tenía que provocar naturales desconfianzas sobre la cooperación de esas personas. Esta irritación de Herrera, por otra parte, fué hábilmente explotada por otros elementos nuevos que rodeaban al candidato, de quien convenía adueñarse y al que se ofrecían como amigos entusiastas, queriendo contrarrestar el prestigio natural de aquellas personas vinculadas a Herrera por múltiples lazos, de esos que no se inventan ni se rompen fácilmente y que constituyen una fuerza simpática y aprovechable en pro de la comunidad.

Por una u otra causa, estas viejas vinculaciones no fueron nunca reanudadas por Herrera, sino transitoria y fugazmente, en conmemoraciones patrióticas de carácter social, momentos en los cuales acudían siempre los antiguos amigos, con la mano fraternalmente extendida, que no menos fraternalmente era estrechada por el dueño de casa; pero, al día siguiente, todo volvía a su cauce y los nuevos amigos a conjurar aquel peligro inminente, aprovechando la labor febril de aquellos días y un cierto: "qué se me da a mí", del propio Herrera, agobiado por múltiples sollicitaciones de diverso orden.

Estas vinculaciones múltiples, entretanto,

tenían un inmenso valor para Herrera, porque comprendían el alto comercio y la banca, la prensa y los directores de ese variado mundo de los negocios, que representan un valioso concurso para los hombres de Estado que buscan sus sólidos y duraderos triunfos en la síntesis armoniosa que condensa todas las opiniones, antes que en la eterna agresividad latente, que pone perpetuamente en frente uno de otro, al gobierno y al pueblo.

Si Herrera no hubiera estado dominado por una altivez excesiva, múltiple en sus orígenes y en sus derivaciones, pero fundamentalmente manifiesta en su inteligencia indiscutiblemente extraordinaria y en cierta soberbia nativa que miraba frente a frente y sin retroceder al agresor; si el doctor Herrera hubiera tenido un concepto más exacto y ponderado del gobierno democrático, en el cual el pueblo, dentro de la órbita legítima del derecho y en un ambiente de amplia libertad dentro del orden, es el soberano absoluto que ha determinado clara y expresamente el alcance del mandato que confiere y como tal puede y debe vigilar a sus mandatarios, observando su conducta para corregirla o aprobarla; si Herrera, prescindiendo de su valer personal, fuera cual fuese su extensión, hu-

biera recordado siempre que el pueblo unido vale más, en su conjunto indeterminado, que las unidades que lo constituyen y que los intereses colectivos son siempre más importantes y sagrados que los individuales, aunque esos individuos sean genios extraordinarios: si todo esto hubiera tenido presente, Herrera habría prevenido muchas borrascas, salvado muchas barreras y evitado muchos obstáculos, haciendo que todos cooperaran a la defensa común, dividiendo responsabilidades que no menoscababan en lo mínimo la integridad potencial de su gobierno, ni debilitaban su acción soberana dentro de la Constitución y la Ley.

No ignoro cuán grandes son los prestigios del valor verdadero, que impulsa al hombre a sacrificar su tranquilidad y acaso su vida en aras de un alto ideal humano, ya desde la llamura o ya desde el gobierno; pero para dar a ese valor toda la consagración que lo legitima y hace grande, es necesario que ese hombre, que ha sabido dominar el estremecimiento del músculo que constituye el miedo, haya sabido dominar también sus pasiones tumultuosas, sus emulaciones excesivas, sus ambiciones sin freno, para ser el mandatario del pueblo, con todo el impersonalismo de la ley, con todo el prestigio de la justicia serena,

que debe tutelar sus actos, con toda la abnegación y el desprendimiento que levanta y dignifica al sér humano, alzándolo sobre las pasiones mezquinas y dando a sus ambiciones cívicas la legítima consagración de su sinceridad en el culto de las libertades públicas, de la elevación de sus ideas y sus sentimientos, en su cruzada por las instituciones democráticas.

---

## CAPÍTULO NOVENO

Presidencia del doctor Herrera (Continuación).—Sus ministerios.—Autonomía ministerial. — Laboriosidad presidencial; sus inconvenientes.—Crisis de este Gobierno: rural, económica, financiera y política.—Sequía, isoca y langosta.—Quiebra del Banco Nacional.—Insinuaciones de curso forzoso; oposición invariable y serena de Herrera.—Conatos de subversiones.

El doctor Herrera, en la Presidencia de la República, representaba algo más que un nuevo mandatario en la sucesión histórica de los tiempos; era la iniciación de una nueva vida después de un período de fuerza que liquidó noblemente el general Tajés, haciendo entrega democráticamente del Gobierno a un ciudadano civil, que venía amparado por una popularidad verdadera y con una tradición indiscutible de inteligencia y de civismo. Por su mentalidad fecunda, por su intervención activa en todos los diversos aspectos de la vida ciudadana, hasta por su coparticipación acentuada en la acción partidaria militante, el doctor Herrera no inspiraba des-

confianzas a los vinculados al antiguo régimen, algunos de los cuales, por el contrario, eran sus verdaderos amigos; evocaba en los nuevos partidarios que prestigiaban una reacción, delirantes entusiasmos y representaba, para todos, la confianza que inspira un hombre inteligente al frente del Gobierno, cuando se sabe que ese hombre conoce admirablemente las tareas que va a desempeñar.

Desde el primer momento, se vió que, no obstante habersele reprochado el subido color partidista de su candidatura, estaba dispuesto a continuar en el gobierno una política de coparticipación ya iniciada, cosa que se comprobaba con su primer Ministerio, en el cual figuraban el doctor Carlos M. de Pena y el doctor Carlos A. Berro, personalidades descollantes ambos, en el constitucionalismo el primero, y en el partido nacional el segundo, figurando los dos como elementos dirigentes en su respectiva agrupación política. Al lado de estos Ministros llevó al Gobierno como elementos de su partido, al ingeniero don Juan Alberto Capurro para el Ministerio de Gobierno, a don Blas Vidal para el de Relaciones Exteriores y al general don José Villar para el de Guerra y Marina. Algunas de las personas nombradas, no formaban entre los amigos íntimos del doctor Herrera; pero

esta misma circunstancia abonaba su sinceridad, pues demostraba que, al constituir su Gabinete, no llevaba otro guía que formarlo con elementos tomados de entre los mejores, fueran cuales fueran las vinculaciones que los uniere, en el pasado o en el presente, con el gobernante cuyas responsabilidades en el mando iban a compartir.

No recuerdo dónde he leído hace algún tiempo, que fueron los del doctor Herrera los últimos Ministros en nuestro país, pues desde entonces la institución no ha hecho sino descender. Sin asentar ni negar la verdad de esta afirmación, debo decir, sí, que los Ministros del doctor Herrera eran perfectamente libres en el estudio y resolución de los asuntos de su cartera, que no tenían, por el derecho consuetudinario administrativo, la necesidad de ser llevados, bien al acuerdo con el Presidente o bien al general de Ministros. En sus relaciones oficiales o sociales con sus Secretarios de Estado, el doctor Herrera usaba siempre de una invariable cortesía, que no permitía fuera turbada jamás, por ninguna persona allegada a él, fuera quien fuere y llamárase como se llamare. En este sentido no transigía jamás. Recuerdo un hecho, relacionado con esta afirmación, que se produjo en mi presencia.

Uno de esos tantos amigos de la última hora, empeñados en adueñarse de su corazón, había, sin duda, oído a Herrera comentar festivamente algún acto o dicho de los constitucionalistas, o hacer alguna apreciación epigramática sobre Carlos M. Ramírez; pero, fuera esa u otra la causa, es el caso que un día, a la hora del almuerzo, ese pseudo amigo, creyendo halagar a Herrera, se permitió una burda broma sobre Ramírez, entonces su Ministro de Hacienda. No olvidaré nunca la mirada latigueante que le dirigió Herrera y la calurosa y elocuente defensa que hizo de la inteligencia, la caballerosidad y la honradez del agraviado, a quien, fueran cuales fueren los campos políticos en que militaran ambos, o las bromas que pudiera dirigirse, quería con toda la intensidad de que se sentía capaz, manifestando por su talento un respeto tan profundo como verdadero, al que se agregaba toda la consagración de las primeras emociones juveniles, desarrolladas en un mismo ambiente y al común calor de hogares también comunes y hondamente vinculados entre sí.

He asistido a acuerdos memorables de Ministros, en que se debatían grandes cuestiones, íntimamente relacionadas con la crisis múltiple que llenó de sombras una gran par-

te de aquel gobierno, y, en esas reuniones, el Presidente jamás se olvidaba de que no era más que un caballero recibiendo en su casa a otros caballeros, invitados para discutir en común los más trascendentales problemas de la administración o de la política.

Esta autonomía verdadera para las funciones más elevadas del gobierno, constituye un progreso excepcional para la vida amplia y múltiple de la administración, pues cada funcionario que se reconoce autor de una reforma, creador de un organismo, o desarrollando una actividad metódica, se siente responsable de sus progresos o de sus caídas y estimulado a luchar por sí y por el interés colectivo, pues es su obra y son suyos los lauros o reproches que ella merezca y preferirá consagrar su reputación por una labor constante y honrada, antes que abandonarse a una indolencia malsana e infecunda, en que sufren igualmente todos los intereses.

Esta acción amplia y autónoma de los Ministros en nuestras democracias turbulentas y con nuestros elementos sociales y políticos indisciplinados, es una garantía para nuestra vida institucional, en cuanto coadyuva y coopera a la acción de contralor del Poder Legislativo sobre el Ejecutivo, deteniendo el movimiento de avance de éste, siempre invasor,

siempre absorbente, cuanto más se familiariza con el poder, y que se hace más irresponsable y más despótico, cuanto mayor es la incultura del agente que desempeña su función, es decir, cuanto más lejos se halla de esa disciplina civilizadora que encarrila la pasión ciega, interesada y avasalladora, en el riel del progreso común y de los grandes y abnegados intereses colectivos.

Vigorizar la institución ministerial, en todas las formas y en todos los momentos, es obra realmente sana y fecunda para las instituciones democráticas, que serán tanto más verdaderas en su esencia jurídica teórica y en su aplicación práctica, cuanto más impersonal sea su desarrollo progresivo y su funcionamiento regular, como organismo permanente, fuera de las personas que accidental y precariamente lo dirijan.

Bajo este aspecto, los Ministros del doctor Herrera fueron tan independientes como quisieron serlo, pues jamás éste coartó su libertad en ningún momento ni en ningún sentido, ofreciendo amplia ruta a sus actividades de todo género. Una observación, sin embargo, cabe en este sentido, y es como el reverso de una cualidad que tuvo Herrera y que en este caso lo perjudicaba. En efecto, pocas veces he conocido un laborioso más

constante que el doctor Herrera, siempre ocupado en plantear o en resolver un problema, reservándose, y no siempre, brevísimos descansos entre uno y otro, para continuar luego otra vez su labor inacabable.

Esta laboriosidad clásica de Herrera, representó más de una vez un error del gobernante, pues en su afán de trabajo incesante, pertinaz, metódico, el Presidente escribía siempre sobre los asuntos de Estado, ora redactando mensajes a la Asamblea, ora formulando proyectos de ley, ora condensando en memorándums, para sus Ministros Diplomáticos o agentes financieros, sus instrucciones, órdenes o consejos, ora escribiendo para la prensa artículos vibrantes, en defensa de tal o cual proyecto. Una labor semejante, en el primer magistrado de un país, tiene, no obstante sus aparentes ventajas, un grave inconveniente, pues esa obra es y debe ser de sus Ministros, desde que siendo el Presidente un poder moderador entre ellos, necesita conservar toda su libertad de acción, toda la claridad de su mente, toda la absoluta imparcialidad de su espíritu, para juzgar, sin ofuscaciones y sin deslumbramientos, la obra de sus Ministros, haciendo la crítica serena de sus proyectos, aceptando lo bueno o lo haccedero, y rechazando lo malo o lo inaceptable.

Esa es y debe ser la obra de los gobernantes modernos; pero esa imparcialidad y esa claridad de juicio no existen ni pueden existir, cuando la obra que debe juzgar, analizar y aceptar ese Presidente, es de ese Presidente mismo, es decir, del único a quien debe faltar, por ese motivo, la imparcialidad para juzgar su obra personal, para hacer la crítica de su propio hijo, lo que quiere decir que ese Presidente, en el caso supuesto, menoscaba su alta misión de supremo y sereno juez, renuncia a una de las más nobles prerrogativas de su elevado cargo, la que constituye la mejor garantía de acierto, de armonía y de seguridad en los negocios de Estado. Pero hay aun otra razón que invocar contra este régimen malsano de la labor presidencial directa y es que, con ella, no sólo desaparece la garantía de la crítica ecuaníme del Presidente sobre la obra de sus Ministros, sino que éstos, por un sentimiento harto humano, por elevada que sea su mentalidad, por hondo que sea su arraigo en la conciencia popular, acabarán por sentirse débiles, por flaquear, antes de formular sus críticas y sus observaciones a la obra del Presidente, que es su jefe en el orden institucional y que sintetiza, dentro de un orden democrático adelantado, como el símbolo de las aspiraciones

populares. En el orden común y normal, es demasiado lógico y humano el poder y el prestigio de quien reúne en sí toda la autoridad, para no buscar los medios de contrarrestar esa excesiva influencia, limitándola a lo imprescindible y eliminando todo factor extraño o artificioso que tienda a acentuar esa influencia harto real en el representante del Ejecutivo, en cuya categoría podemos colocar el caso examinado, que no por ser poco frecuente—desde que los gobernantes de la mentalidad y laboriosidad de Herrera no abundan—es menos positivo y digno de ser conjurado, aportando así una garantía nueva a la verdad de las instituciones democráticas.

Un régimen semejante, pues, es inconveniente a todas luces; de una parte, como lo hemos visto ya, porque el Presidente renuncia al papel de regulador sereno e imparcial, invadiendo en su actividad la acción de sus Ministros, es decir, poniéndose en el caso de defender contra ellos su propia obra, lo que entraña un peligro futuro posible; de otra, creando sin necesidad una contingencia peligrosa, cual es la de que sea aceptada una obra presidencial sin un examen severo e imparcial de sus Ministros, arrastrados por un movimiento harto humano, y esto implica un

mal moral, o, en caso contrario, que por agresividades latentes en el seno del Gobierno, resulten críticas acerbas contra esa obra, que menoscaben el respeto que debe tutelar y vigorizar la acción presidencial en nuestras democracias, así para con el pueblo, como para con sus secretarios y los otros poderes del Estado.

Pero estos males son poco frecuentes, pues como lo he dicho ya, los Presidentes intelectuales y laboriosos a la manera de Herrera, sólo se presentan muy de tarde en tarde, y su peligro posible, bajo la faz que examinábamos últimamente, es tan lejano, que no merece insistir más sobre ese punto.

Volviendo ahora a los Ministerios que acompañaron al doctor Herrera en su gestión presidencial, hay que reconocer que ellos estuvieron en general constituídos por elementos de los más representativos, ya de la fuente nacional—ya de la sociabilidad uruguaya—con las vinculaciones más hondas y más fecundas en cuanto constituye un factor de progreso y de civilización.

He citado ya su primer Ministerio formado con los señores doctores Peña, Berro, ingeniero Capurro, Vidal y general Villar, que sintetizaba un programa de concordia cívica y una generosa expectativa; el concepto

que inspiró los nombramientos sucesivos, no declinó un solo momento, manteniéndose en alto el punto de mira, para designar a los sucesores de los ya nombrados. Es así que desempeñaron esos Ministerios las personas siguientes:

En el de Hacienda, en dos ocasiones distintas, don Alcides Montero, acaudalado miembro de nuestra clase conservadora; en Relaciones Exteriores, el doctor don Manuel Herrero y Espinosa, miembro joven y decollante del partido nacional, en cuyas filas figuró con indiscutible brillo y sobre el que reflejó legítimos triunfos su actuación inteligente y serena al frente de nuestra Cancillería; el doctor don José M.<sup>a</sup> Castellanos, letrado distinguido, personalidad independiente del partido del poder, que fué al Ministerio de Fomento con tal autonomía, que al hacerlo condensó su programa de gobierno en un documento de carácter público, tan original en su género, como significativo (1); el general don Luis Eduardo Pérez, al frente, en diversas ocasiones, del Ministerio de Gobierno o del de la Guerra y Marina, persona-

---

(1) Consigno esta circunstancia, como una demostración de la amplia libertad que Herrera acordaba a sus Ministros, y no con el propósito de crítica a determinada persona.

lidad que ofrecía, en la bondadosa lealtad de su franqueza de militar ciudadano, ajeno a todo propósito deshonesto o a toda intriga política, una garantía de respeto y seguridad para las libertades públicas; el general don Pedro Callorda, militar, como el anterior, de la guerra del Paraguay, que desempeñó la cartera de la Guerra, como un colaborador leal y sin pretensiones; el doctor Carlos María Ramírez, Ministro de Hacienda, en un largo período de fecunda labor, su Ministro eminente, por su notable cultura excepcional, por la múltiple variedad de las facetas de su mente luminosa, por la inquieta vivacidad de su espíritu ardoroso y apasionado y al que acaso sólo faltó la suprema y serena madurez que alcanzó en sus últimos años, para ser el colaborador perfecto de un gobierno arrastrado en pos de grandes y fecundos ideales; y, por último, don Francisco Bauzá, talento vigoroso, observador sutil, polemista hábil y formidable orador parlamentario de primera fuerza, cuya acción en el Ministerio de Gobierno no tuvo, acaso, toda la eficacia que era dado esperar de su talento, de su preparación y su energía, debido a que sus facultades sobresalientes se embotaban, quizá, en parte en su campaña tras la Presidencia de la República, que él pretendía con legítimo

derecho y con ambición lealmente confesada, como síntesis de una vida de perpetua lucha, en pos de los ideales de su partido, lucha en la que puso toda su alma apasionada, ideales a los que ofreció en holocausto sus más nobles y generosas abnegaciones.

Un gobierno constituido por personalidades como las que acabo de nombrar, es un gobierno de fisonomía propia, de valor indiscutible y positivo, un gobierno, en fin, de esos que trazan rutas y conscientemente las recorren, aceptando libremente las responsabilidades de su acción, ya se trate de los individuos aisladamente considerados, ya de su esfuerzo colectivo.

En épocas posteriores se ha atacado rudamente al gobierno del doctor Herrera, por actos realizados de acuerdo con sus Ministros y se ha pretendido hacer recaer en aquél todas las causas de reproche, todas las responsabilidades, como si el hecho de ser el Presidente una personalidad culminante, disminuyera, oscureciera o esfumara los méritos, eminentes también, de sus colaboradores, que tenían, fuera del valor de su mente vigorosa y de su ilustración indiscutible, el palenque libre para el desarrollo de su acción ministerial, en un ambiente amplio y sin nubes, de sana y estimulante autonomía ministerial.

Si la mala fe es siempre condenable—y lo es sobre todo cuando se acumulan hechos o antecedentes para escribir la historia futura—se vuelve intolerable, cuando se usa en nuestra atmósfera política para defender o preparar tales o cuales actitudes, exacerbando los ánimos naturalmente apasionados, exagerando los agravios, para hacer más agrias las reivindicaciones, y envenenando el ambiente con ultrajes inagotables que parecen destinados a constituir herencias de odios, perpetuando las discordias que detienen nuestros progresos y dilatando esa santa aurora de la confraternidad nacional, por la superiorización de la múltiple cultura de la mente, del corazón y de la energía, que sintetizan la fuerza incontrastable de las sanas actividades ciudadanas.

Y ese ataque es tanto más inconcebible e injusto, cuanto que esa fuerza positiva de un Ministerio autónomo regido por una inteligencia sobresaliente, tenía, fuera de la amplia libertad que el doctor Herrera concedía a todas sus iniciativas, el apoyo poderoso de la prensa independiente, que hubiera subsanado con su acción la falta de aquella libertad, si se le hubiera negado, y tenía también, como cooperador eficaz de sus actividades democráticas, un Parlamento en el cual figura-

ban representantes de la más elevada cultura nacional, que fueron, en multitud de casos, un dique opuesto a proyectos presumiblemente absorbentes del mandatorio, o a actitudes irreflexivas que pudieran comprometer en cualquier forma, la tradición invariablemente serena con que se interpretaban nuestras instituciones, según el sano criterio de nuestros clásicos y virtuosos constitucionales del pasado.

Nunca, como entonces, llegó a acentuarse la tradición de la Cámara conservadora (el Senado) de nuestro país, en cuanto a congregar en su seno las personalidades más eminentes, los cerebros más luminosos, los representantes de un tradicionalismo científico más íntimamente vinculado a los progresos de todo orden. Y en esta forma, cada iniciativa nueva, cada exigencia creada por las circunstancias del momento, cada proyecto que surgía, sufría, antes de convertirse en ley, una discusión amplísima que, o bien detenía indefinidamente su sanción, o bien determinaba su rechazo, o bien lo perfeccionaba, purificándolo de los errores que pudiera contener, o subsanando las deficiencias que hicieran de él un correctivo parcial o incompleto del mal que se pretendiera corregir. Y nunca también, como entonces, fué necesario el con-

curso de muchos hombres eminentes, pues una coincidencia dolorosa sintetizó en este Gobierno del doctor Herrera todos los males, todas las crisis, todos los obstáculos que la mente pueda concebir, alzándose en su fatal, pero incontrastable soberanía, contra la previsión, contra la inteligencia y contra el patriotismo.

El Gobierno del doctor Herrera había iniciado su gestión con el decreto de 18 de marzo de 1890, que creaba la Contabilidad del Estado, poniendo bajo la dependencia exclusiva del Ministerio de Hacienda a la Contaduría General de la Nación. Este decreto inicial, firmado en los albores del nuevo Gobierno por todo el Ministerio, tenía una positiva trascendencia, pues era un freno que se oponía a los avances económicos o financieros del Poder Ejecutivo, determinando, en forma inalterable y permanente, la responsabilidad de cada cual. Ese decreto no impediría los desórdenes futuros, no privaría los avances a la Hacienda Nacional; pero fijaba el rastro del desorden presuuto, determinaba la ruta del abuso y permitía perseguir al culpable, para su juzgamiento y su castigo, en cualquier tiempo, por cualquier causa que implicara una violación de las leyes que rigen las actividades del funcionario.

Esa resolución primera de un Presidente que como Secretario de Estado del Gobierno anterior había redactado y refrendado los decretos que anulaban actos del pasado, en los que el pueblo en general había sintetizado la idea del desorden y de la inmoralidad administrativa, parecía, y debía ser, un acto de reacción acentuada contra esos procedimientos que habían constituido una de las tantas manifestaciones de nuestras democracias, no bien delineadas aun en los movimientos primarios de los organismos informes, a los cuales se pedía precozmente el funcionamiento ideal que es patrimonio exclusivo de los organismos más perfectos.

Y dentro de ese criterio general, de vuelta a una vida de amplia libertad, del planteamiento de los jalones de una ruta nueva, en que se delineaban los contornos de una regular existencia administrativa, tutelada o regulada por una contabilidad sana, científica y relacionada con la época, las costumbres y las necesidades, continuó su acción el gobierno del doctor Herrera, luchando paso a paso y día a día con todos los obstáculos, destruyendo todas las barreras y desbrozando hoy el campo que había de sembrarse mañana y que aparecía cubierto con la maleza arraigada y vigorosa, en su desarrollo libre y salvaje.

Y no se crea que es hijo simplemente de la fantasía el afirmar que Herrera tuvo que vencer obstáculos de todo orden para gobernar, pues nadie como él se vió detenido en su marcha por inconvenientes de todo género, capaces de agotar la energía más poderosa y de doblegar el carácter más invariable y resistente.

En efecto, el doctor Herrera se encontró a su frente con crisis hondas y múltiples que anulaban las actividades nacionales, pues en el orden económico estaba la crisis rural que afectaba la agricultura y la ganadería, con la seca prolongada y desesperante que calcinaba los campos de pastoreo y los sembrados, atacados también por la isoca y la langosta; en ese mismo orden económico, estaba la crisis subsiguiente y lógica al período de inflazón del gobierno anterior, en que llegaba la liquidación ineludible y dolorosa de los entusiasmos, de los delirios y de los deslumbramientos pasados, manifestaciones económicas que, en nuestras jóvenes nacionalidades impresionables, tienen trascendentales repercusiones sociales, cuando se presentan en esa forma colectiva que a todos hiere y a todos alcanza. Pero esas profundas crisis económicas, tienen un derivado natural en la crisis financiera que ata al gobernante

y paraliza su acción fecunda, suprimiendo los triunfos estimulantes y multiplicando al infinito las dificultades. Gobernar cuando los campos están poblados de ganados o desbordantes de trigales y cuando la recaudación de los impuestos excede en mucho a lo calculado, dando origen a los superávits, hijos normalmente de la prosperidad material y del orden administrativo, es, sin duda, fácil y sencillo, pues el mandatario tiene libre y amplia ruta a recorrer y tiene recursos para compensar a sus servidores; pero en cambio, es harto difícil gobernar sin los recursos necesarios, sin las rentas que acallan las legítimas protestas de los empleados o acreedores defraudados en sus naturales expectativas, y lo que es más, cuando a las protestas internas de los acreedores nacionales, se agregan las protestas del exterior, del acreedor extranjero, que no sólo reclama lo suyo, que ha prestado, sino que es una voz de descrédito que paraliza por anticipado toda gestión extraordinaria de nuevos recursos, que permitan conjurar la tormenta desatada.

En esa situación se encontró Herrera: al exterior, con la obligada suspensión de los intereses de nuestra deuda extranjera, que le cerraba la puerta a todo empréstito importante y salvador; en el interior, la inconver-

sión del Banco Nacional, apoyo indispensable e irremplazable del Gobierno. A lo primero, se contestó proyectando una gran consolidación de la deuda externa, con una reducción importantísima en los intereses acordados, que devolvía al Estado la disponibilidad de una parte de los recursos que antes se invertían en ese servicio. Esa operación es, sin duda, un acto prestigioso de aquel Gobierno, que honra al doctor Herrera que lo presidía, al doctor Carlos María Ramírez, que lo planeó como su Ministro de Hacienda, y al doctor don José E. Ellauri, que fué el agente financiero que lo realizó en Londres. Respecto a la inconvención del Banco Nacional, como ella determinaba perjuicios más cercanos, más directos y que naturalmente se veían y se sentían más de cerca, tuvo dolorosísimas consecuencias y amargas repercusiones en los hogares, por las irregularidades provocadas en el servicio de los presupuestos de que viven tantas familias en el país. Esta situación cruel, sin embargo, que provocó la salida del doctor Ramírez del Ministerio de Hacienda, no consiguió abatir al doctor Herrera, cuya energía crecía con los obstáculos, y cuando todos, atemorizados con la situación, que llegó a calificarse de pavorosa, preconizaban el

curso forzoso, como el único remedio posible, el doctor Herrera se mantuvo firme contra todos y contra todo, sosteniendo brillantemente que nuestro régimen monetario a oro, era la mejor garantía de nuestra prosperidad futura, más lenta, sin duda, que la de otros países; pero, sin duda, también más sólida y duradera y la que mejor convenía a nuestra población y territorio reducidos, con relación a los países limítrofes, y en lo cual reposaba, quizás fundamentalmente, el secreto de nuestro crédito en Europa.

Pero, con ser graves todos estos inconvenientes que entrañaban una amenaza permanente contra el desarrollo de nuestra nacionalidad, había aún otros aspectos que no se percibían claramente, o, cuando menos, que no eran visibles para todos con igual y completa claridad. En efecto, la característica del gobierno del doctor Herrera, la constituía su condición de gobierno civil, que venía a desarrollar su acción después de un largo período de efectivo predominio militar. El doctor Herrera representaba en el poder la condensación efectiva de un ideal popular largo tiempo acariciado, no porque su carácter de simple ciudadano lo colocara en el polo opuesto de los gobernantes militares anteriores, pues ni ese era su propósito inicial, ni

su objetivo final, sino porque su carácter de civil, despojándolo de toda fuerza más o menos efectiva, que no resultara de sus prestigios propios derivados de su robusta mentalidad o de sus sacrificios cívicos, hacía de él un símbolo más que un hombre, pues suprimiendo los rasgos aventureros que habían sido el capital soberano e indispensable del triunfo en un pasado reciente, quedaba, como su única aureola, el prestigio de la ley, la impersonalidad de las instituciones, que entrañaba su acción, alzándose sobre todos los apetitos, deteniendo todos los avances, oponiendo, a las ambiciones sin freno y sin medida, el equilibrio estable de una situación de derecho, creada al amparo del orden, dentro de un ambiente de amplia, de ilimitada libertad.

El afianzamiento de una situación semejante, no podía ser mirado con agrado por un régimen al que desalojaba ese triunfo, y esa resistencia sorda, esa oposición latente, no menos positiva y cierta porque se desarrollaba en el misterio, fué naturalmente el núcleo en torno del cual fueron congregándose todas las resistencias, que llegaron en ocasiones a las antecámaras del motín y la revolución, creando, entretanto, un ambiente doloroso de perpetua incertidumbre, en el

cual se esterilizaban las energías poderosas de una nacionalidad robusta y joven, destinada a grandes y envidiables destinos.

## CAPÍTULO DÉCIMO

El doctor Herrera en su múltiple acción política y social y en su intimidad.—Diversas anécdotas que explican su carácter y sus diversas personalísimas modalidades.

Por los diversos datos que se han ido acumulando en los capítulos anteriores, sabemos ya que no era la característica del doctor Herrera una sensibilidad exagerada. Esta laguna, o modalidad, si se quiere, no era, sin embargo, visible para todos; su comprobación exigía un cierto poder de observación y el desarrollo paralelo con el observado, de ciertas actividades tendientes a un mismo fin para percibir esas fallas, provenientes, acaso, de vicios inherentes a una primera educación descuidada. La falta de esta sensibilidad, no obstante, no se echaba de ver para la generalidad, pues si acaso podía reprochársele a Herrera falta de ternura y un volterianismo elegante, aunque no confesado, poseía, en cambio, como nadie, las perfectas condiciones de un caballero, las hidalguías

de un gentilhombre, el desprendimiento de un espíritu realmente superior y la irresistible atracción de su lenguaje, que parece ser la característica de los grandes enamorados de su época. Y Herrera fué, en efecto, un cultor apasionado de la mujer, en cuyo trato, acaso, desarrolló aquel admirable espíritu sutil, tan eficaz en sus caricias y atracciones, como certero y mortal en sus epigramas vibrantes o en sus saetas voladoras.

Este prestigio maravilloso de la palabra de Herrera, era clásico y conocido y nadie, entre los que lo conocieron y trataron, ignora las extraordinarias conversiones que provocaba en sus más acentuados enemigos.

Era tal el conocimiento de ese prestigio, que muchos de los que se habían separado de él por una u otra causa, resistían el verlo porque sabían que era irresistible. Un personaje, político después, pero periodista apasionado y de combate entonces, que había sido grande amigo de Herrera, se distanció de él, primero, cuando el nombramiento del doctor Brian para Secretario de la Presidencia, acentuándose después ese distanciamiento inicial, hasta alcanzar en ocasiones una antipatía violenta y apasionada. Herrera conocía este cambio y pidió le llevaran a su antiguo amigo, que se resistió de todos mo-

dos, hasta que, apremiado para que diera los motivos de su resistencia, confesó con cierta ingenuidad:

—No voy porque no quiero cambiar de ruta, y sé, que si hablara diez minutos con Herrera, me convencería irremediamente de que él estaba en la verdad y yo en el error. Por eso no voy: no quiero que me convenza!

Debo prevenir que quien esto decía no era un niño, sino un hombre muy perseverante, y puedo decirlo sin exagerar: muy obstinado.

El doctor Herrera tenía en general un concepto bastante exacto de los hombres, a los que contemplaba, sin embargo, a través de su amable escepticismo; este conocimiento se acentuaba con los caudillos del país, a quienes había estudiado de cerca y cuya resistencia le era familiar, de lo que derivaba su línea de conducta para con ellos. Un jefe de cuerpo, que sólo había recibido beneficios del Presidente, que lo había honrado con su confianza, andaba en perpetuas conspiraciones, combinando planes subversivos espeluznantes. Herrera lo sabía, sin prestarle mayor atención, hasta que ese coronel se hizo incómodo y desmoralizador en demasía y entonces lo separó por un simple decreto, sin solemnidades de ningún género, buscando luego al empleado más humilde del Estado Ma-

yor, para que comunicara la destitución y diera posesión al reemplazante, lo que se hizo sin ruido y sin dificultades. Herrera quería que sobre las pasiones y los apetitos de los hombres, reinara sin tropiezos la soberanía de la ley, absolutamente impersonal.

Un caudillo rural, muy conocido en la época, ensoberbecido por los halagos de las fracciones disidentes, había ido creciéndose hasta el punto de volverse intolerable en sus humos de rebelión. Para desarrollar sus planes futuros, había conservado en su poder, indebidamente, un crecido número de armas, sobre cuya restitución se hacía el desentendido, no obstante haberlas recibido del Gobierno, para defender anteriormente la autoridad comprometida. Los vecinos del caudillo, que lo conocían, tenían miedo a su soberbia, pues advertían que estaba exaltadísimo, y ese miedo llegó a ser una causa de perturbación que el Presidente quiso hacer cesar de inmediato. Para ello nombró Jefe Político del Departamento de nuestro caudillo a uno de sus antiguos oficiales subalternos, tal vez el más humilde y desconocido, y a éste fué, precisamente, a quien confió la misión de rescatar las armas, en uso de su investidura, orden mansamente acatada por el pseudo caudillo, lo que no obstó a que mur-

mirara luego largamente durante meses y meses. Mucho tiempo después, recordando ese suceso, me decía: “Yo no acuso al doctor Herrera porque me sacara los rémingtons, pues tenía el derecho de defenderse; lo acuso, sí, de que me los hiciera sacar con el gaucho más infeliz de cuantos habían servido a mis órdenes, como para demostrar que nada valía yo, si no es por la importancia que me daba la delegación del Gobierno.” El paisano era ignorante, pero no zozzo, como se ve, pues era esa en realidad la mente del doctor Herrera al proceder como lo hizo. Esas ideas fundamentales sobre la vida, la sociedad y la política, que determinaban para él una norma de conducta firme y segura, en general, no era una especialidad del doctor Herrera, sino más bien de todos los hombres estudiosos de su generación. Esas ideas que fluían del convencimiento de la mutua hidalguía, que creaba un ambiente de respetuosa consideración, sugerían con frecuencia soluciones de una indiscutible superioridad que se imponía a todos aquellos que en razón de su cargo rodeaban a esos hombres.

El coronel X... era un enemigo irreconciliable de Herrera, pues se había formado al lado y bajo la protección de uno de sus

más ardorosos adversarios, al que sólo había oído imputarle a aquél, los más graves defectos y las deficiencias más culpables. Ese hombre ocupaba un puesto militar importante al hacerse cargo Herrera de la Presidencia, puesto que debió quedar vacante en razón de la nueva organización militar proyectada. El coronel X... no tenía fortuna, y la pérdida de su destino le creaba una situación difícil; pero Herrera lo llamó, le habló afectuosamente y lo nombró su edecán, cargo que tuvo positiva importancia en su Gobierno. Esta actitud del Presidente le conquistó un amigo leal y entusiasta, que lo fué hasta su muerte, ocurrida algunos años más tarde.

Herrera tenía con frecuencia rasgos de una bondad sugestiva, pues eran inspirados, al parecer, por un elevado espíritu de justicia. Cuando fué Ministro de Tajés, supo un día, que Z..., antiguo empleado honorabilísimo, había sido separado de su empleo hacía años, por haberse resistido a firmar un falso informe sobre el cual se había proyectado una operación delictuosa, que daría una fortuna a una comandita poderosa; pero gravaría al Estado en algunos centenares de miles de pesos. Z... era un hombre de honor, y se resistió enérgicamente a suscribir

aquel informe, siendo destituido de inmediato,—ya que su empleo era de creación administrativa—perseguido tenazmente y condenado a sufrir hambre, pues carecía de bienes de fortuna. Herrera no lo conocía personalmente; pero sabía cuál había sido su conducta y lo que ésta representaba como sacrificio y como honradez. Al poco tiempo de subir al Ministerio, mandó buscar a Z..., le dijo que conocía su actitud ante las imposiciones oficiales y lo felicitó por haber sabido desechar temores que se oponían al cumplimiento de sus deberes; después le entregó la copia del decreto por el cual se le reponía en su cargo y se le mandaban liquidar todos sus sueldos desde su injusta separación. ¿Verdad que no es difícil concebir la popularidad que puede conquistar un gobernante con actos de esta naturaleza? Z..., que me ha contado esta página de su vida, conserva, naturalmente, de Herrera un recuerdo luminoso y consagra a su memoria un verdadero y desinteresado culto.

Herrera tenía un desprendimiento tal, que dejaba de ser una cualidad para convertirse en un defecto, a veces, pues casi parecía revelar inconsciencia sobre el valor del dinero o sobre lo que lo representaba.

Herrera tenía casi una verdadera manía

en lo que se relacionaba con su guardarropa, que en sus proporciones parecía querer competir con el que se dice tiene el Emperador de Alemania. Cuando se sacaban sus trajes de los armarios para ventilarlos, su casa, que era enorme, parecía un inmenso almacén de confecciones, donde las piezas de ropa figuraban en filas interminables que se contaban por docenas y docenas, reclamando su manipulación una legión de criados. Ese enorme guardarropa, era el punto de atracción de multitud de gentes que se titulaban amigos del doctor Herrera, y que, en efecto, lo eran, para utilizar su ropa, sus sombreros, sus bastones y hasta sus paraguas. Estos objetos que, como he dicho, figuraban por centenares, desaparecían rápidamente como absorbidos por una vorágine. He oído quejarse amargamente a uno de estos amigos de Herrera, porque la diferencia de estaturas no le permitía poder usar también sus pantalones, limitándose el usufructo de su amistad a los sacos o jacquets, los chalecos y los sobretodos. Herrera parecía no advertir este abuso intolerable y sólo cuando llegaba a privarlo en absoluto de sus bastones, que tenía por docenas, era cuando protestaba, si bien no por mucho tiempo. En este orden de cosas, el abuso llegaba a veces a extremos

inverosímiles. Un día, llegando de la calle, penetró en su cuarto de vestir para cambiarse de ropa; con este objeto, puso sobre una mesa su cartera con algunos billetes de banco, una cadena doble con dos relojes que tenían un inmenso valor histórico y de afección para él y una corbata con un valioso alfiler en ella fijado; pasó luego al armario situado dos piezas más allá y, cuando volvió a vestirse, cinco minutos después, habían desaparecido los relojes con la cadena, la cartera, el alfiler y, como ironía, hasta el revólver, que encontró el ladrón sobre la misma mesa. No estoy seguro de si Herrera llegó a saber con exactitud quién era de sus pseudos amigos el que lo robó; pero sé que prohibió terminantemente que se continuaran las pesquisas. Una vez, en cambio, le robaron una condecoración de El Libertador, que le mandaron de Venezuela y a propósito de la cual hacía frecuentes fantasías y daba espirituales bromas; pues bien, el robo de esa cruz lo fastidió especialmente y como sabía que su autor era un retratista que solía introducirse en su casa, le fijó un breve término perentorio para restituirla a su sitio, so pena de proceder en forma expeditiva, procedimiento eficaz para entrar de nuevo en posesión de lo suyo, que sólo había sido tomado por el fotógrafo (se-

gún así lo afirmaba, al menos) para *pintarla* en un retrato que estaba haciendo del Presidente.

Esta cierta indiferencia de Herrera para los objetos que adornaban su casa, estimulaba la codicia de los visitantes, que se llevaban con frecuencia libros valiosos, medallas y otras cosas, que había luego que rescatar en las casas de empeño.

Una falta de sanción semejante, había creado en aquella casa, donde se hacía desear la dirección de una esposa, un ambiente de libertad, que se tornaba a veces en licencia, hasta el punto de que se sentaban con frecuencia a la mesa del Presidente, sin que nadie las invitara, personas que casi no lo conocían, y cuyos nombres eran ignorados por el dueño de casa, entregado con frecuencia a los graves pensamientos de su cargo, que le impedían preocuparse de tan nimios detalles. La misma profusión desbordante de invitados espontáneos que había en su mesa, existía en sus palcos de los diversos teatros y estaba de tal manera acostumbrado a ello, que se disgustaba con los amigos delicados que no utilizaban esas localidades, porque lo consideraban un abuso o una explotación.

Dije antes que en lo relativo al uso del dinero y a su valor, había en Herrera cierta

inconsciencia, y así es en efecto, pues no de otra manera podría explicarse su conducta en ocasiones. Un recuerdo personal al respecto. Una mañana que llegué a su casa, lo encontré preocupado, casi podría decir que triste. Le pregunté la causa de su preocupación y me contestó que no tenía en ese momento un solo peso.

Dada su posición y los recursos inagotables de su mente fecunda, no había por qué dar extraordinaria trascendencia a esa falta de dinero necesariamente transitoria, y así se lo manifesté, siendo acogidos mis consuelos con sonrisa melancólica. Esa misma tarde debí volver a casa de Herrera por un asunto de carácter político y, después de hablar del objeto de mi visita y escuchar la contestación que buscaba, el doctor Herrera quiso mostrarme un cuadro que acababa de adquirir. Era un gran lienzo, más de tamaño que de valor, y al preguntarle por su precio, me contestó sencillamente:

—Me cuesta dos mil pesos.

No pude menos de sonreirme, cosa que advirtió en seguida, para decirme:

—¿Le sorprende mi compra, sabiendo que nada tenía esta mañana? Es quizás una locura; pero como no debo pagarlo inmediatamente, y el cuadro me pareció tan bello...!

Las pasiones políticas exacerbadas, lo acusaron un tiempo de tener cierta coparticipación en un crimen vulgar, al que se quería dar proyecciones políticas. Sus enemigos acogieron con fruición esta calumnia; pero los que han conocido a Herrera íntimamente, los que lo han visto invariablemente altivo y valiente contra los hombres y contra los sucesos, saben, están convencidos de que no era la suya la pasta de que se hacían los asesinos; había demasiados recursos en su mente fecunda y en su imaginación traviesa, para que tuviera necesidad de acudir a semejantes medios, harto vulgares para atraerlo o seducirlo.

No obstante su escepticismo amable, Herrera poseía esa piedad de las naturalezas optimistas, y con frecuencia su acción benéfica llevó a algunos hogares desgraciados, heridos por la miseria o el infortunio, el óbolo de la caridad o el consuelo humanitario y piadoso.

Un día fueron a pedirle el perdón de un empleado antiguo, lleno de antecedentes honrosos y cargado de familia, que había cometido una defraudación. Pudo hacerlo detener y no lo hizo; pero adoptando un aire severo contestó a quien le hacía la recomendación:

—Que se vaya del país antes que el Presidente conozca su acción, pues una vez que

la sepa, será tarde y nada detendrá el justo castigo que le espera.

Una cuestión política candente lo había distanciado de uno de sus más apasionados y desinteresados amigos. Pasó el tiempo y el amigo no volvió a su casa, como lo hacía anteriormente, hasta que un día supo, por casualidad, que, en conocimiento Herrera de que el Presidente Idiarte Borda hacía todo el fuego posible a la candidatura de ese amigo para legislador, escribió al Presidente una larga y elocuente carta, demostrándole su error y la injusticia de su conducta, contra una persona que honraba a su partido y cuyo único defecto era haber demostrado carácter contra ese mismo Presidente, para quien esa circunstancia debía tornarlo sagrado. Su gestión no tuvo el resultado que Herrera buscaba; pero tuvo el de reconciliarlo con su antiguo amigo, a quien conmovió profundamente esa caballerosidad completamente espontánea.

Herrera era un carácter varonil y una personalidad sin miedos. Cuando se celebró la paz que daba fin a la revolución de 1897, que encabezaron los señores Lamas y Saravia, y se sometía el convenio a la Legislatura, el pueblo, harto nervioso con los sucesos de los últimos meses del gobierno de Idiarte Borda,

y cansado de revueltas, hacía verdadera presión sobre la Asamblea, presentándose en el local de la misma en forma amenazante. Las cláusulas convenidas no ofrecían base para una paz estable, y muchos lo comprendían así; pero, unos por temor a las responsabilidades de oponerse a una exigencia popular, netamente formulada, otros por temor a las turbas amenazadoras, o por otra causa cualquiera, el caso es que todos votaron a favor de esa paz, que muchos condenaban; sólo Herrera, sobreponiéndose a toda debilidad culpable, sostuvo altivamente su opinión, desafiando noblemente a las turbas que lo amenazaban desde la barra y del propio recinto de la Asamblea, que habían invadido, y que más tarde atropellaban su carruaje, al retirarse a su domicilio, sin que decayera un instante su invariable energía.

Herrera, que poseía un espíritu finamente satírico y que había cultivado concienzudamente ese género, tenía siempre pronto, para ser utilizado, un bagaje completo de epigramas certeros, que herían o desarmaban a su adversario. Esa gimnástica continua le hacía ver desde el primer momento, en toda cuestión que se promovía, la faz cómica o ridícula que reclamaba sus saetas y que él generalmente no escatimaba, lo mismo en sus

discursos públicos que en las conversaciones de sobremesa. Esas ironías de Herrera, tan espontáneas y certeras, que eran ruidosamente aplaudidas en el círculo de sus amigos, desataron en ciertos momentos, contra él, verdaderas tempestades que reclamaron algunas mucho tiempo para calmarse, subsistiendo, otras, en sus efectos, más allá de la muerte. Verdad es que no hay herida más enconada que la que produce una burla aguda que da en el blanco, y que con frecuencia, esta burla, aplaudida, genera una cierta satisfacción cruel que llega a hacerse perversa con el hábito y destruye las amistades más profundas y sinceras. Este modo de ser de Herrera, era, en gran parte, sin duda, el fruto de sus lecturas y de sus aficiones literarias; pero es indiscutible también que esa modalidad simbolizaba su manera de reaccionar ante esas lecturas y ante el ambiente, pues sus contemporáneos leían los mismos libros, hacían los mismos estudios y se producían, sin embargo, de una manera distinta, aunque también brillante. Los cuentos de Herrera y sus ocurrencias, son inagotables, pues nunca le faltaba un *a propósito* para rematar una controversia o hundir a un adversario, y su recopilación llenaría volúmenes, lo que no es mi objeto, ni entra en el plan de estos

apuntes. Una reminiscencia, sin embargo, entre mil:

Un día, uno de sus infaltables convidados, que era real y positivamente su amigo sincero y desinteresado, don José A. Favolara, discutía con gran calor y contra varios, sobre un asunto baladí, llegando a decir en medio de su entusiasmo, y entre otras cosas: "... en esto no me vence ni el *más pintado*", lo que oído por Herrera, que parecía distraído, lo hizo volverse rápidamente hacia un anciano pariente que estaba en el comedor y que tenía la debilidad de teñirse lastimosa y escandalosamente, y encarándose con él, le dijo con un aire entre ingenuo e irónico: "Te prevengo, A..., que en este dicho de Favolara, no hay para ti la menor alusión personal."

Exceso decir cómo se acogería esta ocurrencia, por todos, menos por el agraviado, naturalmente, que la recibió con una mueca.

Herrera, que había sido un apasionado frenético por la lectura y que tenía, sin ningún género de duda, la robusta garra de un literato de verdadero valer, sentía la pasión de las bellas artes en una forma intuitiva, latente y vaga, pero positiva. Le gustaban los cuadros con pasión, hasta llegar a hacerse construir un salón destinado a ellos exclusiva-

mente; le gustaban los mármoles y los bronces, y le gustaba la música y el canto. Pero si es verdad que la Literatura puede estudiarse con feliz éxito desde el gabinete, disponiendo de una buena biblioteca, y la Música puede estudiarse también sin salir del país, en cambio, la Pintura y la Escultura, en la época a que me refiero, no podían revelar sus secretos a la generalidad de aquellos que, sin ser genios, las evocaran, pues era preciso viajar por Europa, contemplar largamente las obras maestras de sus museos consagrados, hacer estudios bajo una dirección competente que los guiara y les revelase el secreto de su valor, oculto con frecuencia para el profano, y Herrera no había estado en Europa; sólo había estado en Norte América por breve tiempo, y los Estados Unidos, que él conoció de pasada, estaban muy distantes de ser lo que son hoy, en que tampoco pueden considerarse como un modelo para ese aprendizaje, por causas harto notorias. En la actualidad, ese estudio puede hacerse, y con bastante provecho, sin viajar, pues son numerosísimas las revistas que se ocupan de bellas artes, con profusión de ilustraciones magistralmente hechas, como dibujo y colorido; son igualmente abundantísimas las obras didácticas sobre arte, que dan

una idea bastante exacta de las diversas escuelas, de las condiciones que las caracterizan y de todos los rasgos y detalles que las aislan en el conjunto y les dan personalidad artística. Fuera de esto, existen las copias, a veces admirables trasuntos de las obras maestras mismas, e igual cosa ocurre con la Escultura y sus copias. Ahora bien: en el pasado, repito, no existían estas revistas, ni estas obras didácticas artísticas, y en cuanto a las copias, eran escasísimas y malas en general. Resultaba de esto que Herrera, excelente escritor, era un pésimo artista, como juez o como crítico, quedándole sólo para guiarlo, la intuición, que presentía bello ese arte, al cual consagraba un culto siempre útil y educativo, aunque en realidad platónico, desde muchos puntos de vista.

Entretanto, por una debilidad harto común y humana en los hombres de gran talento, Herrera se creía un maestro en cuestiones artísticas, que abordaba con singular desenfado, pontificando a su respecto, sin aceptar altivamente ninguna controversia que menoscabara la importancia de su frase: *magister dixit*; actitud que estaba lejos de seguir en lo relativo a todas las demás cuestiones en las que, sin duda, poseía una preparación excepcional.

Sé que, para algunos, la exhibición de estas pequeñas debilidades parecerá irrespetuosa, y lo parecerá doblemente por tratarse de una exhibición póstuma. Estoy en un punto de vista radicalmente contrario a estas ideas, que sé bastante comunes entre la generalidad y, en tal concepto, creo que revelar lo bueno y lo malo de la persona que se quiere retratar, es ajustarse a la verdad, ser leal y ser sincero, es decir, hacer un buen retrato. No acumulo rasgos para hacer la fisonomía de un arcángel bajado a la tierra con una misión providencial; me ocupo de un hombre que tuvo grandes defectos y grandes condiciones, que aún está muy cerca de nosotros, para fijar a su respecto la fórmula sintética que condense el balance de sus buenas o malas cualidades, para delinear su personalidad histórica definitiva. Por mi parte, acumulo un pequeño contingente de materiales para esa obra, tomando, sin mucha detención y examen, lo que encuentro al paso, sea favorable o adverso al personaje retratado; pero sin ajustarme a un prejuicio determinado de buscar exclusivamente todo lo bueno o todo lo malo, en cuyo caso resultaría una obra falsa, a la que faltaría el único mérito que está en la mano de todos conseguir, el mérito de lo verdadero y de lo exacto. Por otra parte,

estas debilidades que revelan una cierta ingenuidad en la especie, pequeñas válvulas de escape por donde se desahogan las grandes pasiones que nos oprimen, son bastante comunes en los hombres de una mentalidad elevada, en los cuales parecen subsistir estas manifestaciones casi infantiles, como contrapeso a sus grandes vuelos ascensionales, de lo que resulta su equilibrio estable. Se dice que Verdi, a quien dejaban completamente tranquilo las más acerbas críticas de sus obras musicales, se indignaba hasta lo increíble cuando formulaban dudas sobre su competencia de arboricultor. A Herrera le ocurría algo de este modo de ser del gran compositor italiano, pues leía con indiferente curiosidad las críticas que se le hacían por la oposición a su obra de parlamentario o de juriseconsulto, en lo que era notable y se indignaba, en cambio, hasta lo inverosímil, cuando se ponían en duda sus conocimientos artísticos, en lo que era menos que mediocre. Estas debilidades casi infantiles, repito, forman, por otra parte, como la sombra del cuadro, sombra que hace más visible la luz, más luminoso el detalle, más armonioso el conjunto.

Acicocado por esta pasión de arte, Herrera había ido aumentando su colección pictó-

rica hasta límites desconocidos; hoy era un Corot, mañana un Rubens, al siguiente un Van Dick, que adquiría o le regalaban; una mañana llegaron las adquisiciones al sumum: le habían regalado un retrato de la Fornarina pintado por Rafael Sanzio!

Aun hoy, no sé qué indignaba más: si la credulidad del aficionado o la bellaquería de los que ofrecían el regalo, dispuestos a cobrarlo luego en la forma más onerosa posible. La colección había crecido tanto, que ya no podía disponerse de un centímetro de muro, que no estuviera ocupado por una fracción de cuadro y, a medida que el número aumentaba, naturalmente aumentaba también la satisfacción del Presidente artista.

Una noche de recepción en su casa, cuando había ya abandonado la primera magistratura, recibía en sus salones, entre otras personas distinguidas, al doctor don Carlos Morla Vicuña, ilustrado diplomático chileno, que supo conquistar hondos afectos en nuestra sociedad, con su cultura exquisita, que no excluía, en ocasiones, una cierta y noble rudeza castellana. El señor Morla Vicuña, había vivido largo tiempo en Europa, tenía fortuna y un culto decidido por el arte, que le daba una suficiencia indiscutible de crítico ilustrado y amante consciente de lo bello.

Herrera conocía estas cualidades de su invitado y se empeñó en mostrarle su colección, pidiéndole con insistencia una opinión justa e imparcial. Con tal objeto, no le perdonó un lienzo, un dibujo, un esbozo; fué minucioso, casi cruel y perverso, pidiendo reiteradamente un juicio que el diplomático eludía con la habilidad posible, pero sin resultado. El dueño de casa, que pedía tal juicio con ineludible empeño, sonreía, entretanto, porque se arrullaba con los himnos lejanos del triunfador que creía entreoir. Asediado, asaltado, acorralado, Morla cedió al fin, y habló... Eligió las frases más suaves, las palabras más escogidas y, envolviéndolas en la miel del Himeto para disimular su amargura, contestó:

—Mi querido doctor Herrera; es admirable su colección por la multiplicidad de escuelas en ella representadas, lo que revela un rudo trabajo de coleccionador. Tiene, sin embargo, el defecto de no contar obras originales de pintores consagrados. Mi pobre concepto, sinceramente expresado, como me lo pide, es que sus mejores cuadros, de mérito indiscutido y verdadero, son estos dos lienzos;—y señaló dos cuadros pequeñitos, a los que su dueño no concedía mayor importancia.

Aquella escena, que no olvidaré jamás, me

causó una impresión profunda, impresión ruda y áspera, pero sana, que me ha salvado en ocasiones de incurrir acaso en análogas tonterías.

Herrera sufrió mucho, sin duda, aquella noche, porque las heridas del amor propio sangran dolorosamente, y sufrimos todos los que oímos aquel juicio que sabíamos justo; pero que mortificaba a Herrera, a quien tan desinteresadamente queríamos; mas estoy convencido de que aquel juicio sereno y cruel fué una ducha saludable y oportuna, que calmó entusiasmos sin barreras o, más bien, que cucauzó sus aficiones por rutas más juiciosas, más artísticas y más discretas, que le permitieron alejar a ciertos mercaderes de baja estofa que lo explotaban inconsideradamente.

Por esta misma época, más o menos, Herrera sufrió otra lección en sus aficiones artísticas, que calmó fundamentalmente sus entusiasmos. Entre los mercaderes que explotaban a Herrera, había un personaje singular que inventaba alhajas, pinturas, bronce y objetos de arte; tenía la habilidad de sugerir a Herrera aficiones costosas y complicadas, que le valían a él soberbias entradas, que luego gastaba pródigamente en franquicias. Él era el que había inventado aquel

retrato de la Fornarina a que antes me refería; él, el que había encontrado una maravillosa colección de ópalos con los más espléndidos matices o reflejos; él quien había descubierto unos esmaltes fantásticos, y todo, naturalmente, muy caro. Un día lo entusiasmó para que hiciera una colección de puñales históricos, iniciando la serie con uno de la Edad Media, que se parecía enormemente a un antiguo facón criollo; después siguió descubriendo numerosos y raros ejemplares, naturalmente muy valiosos y que se hacía pagar espléndidamente. Un día había llevado en un estuche un enorme puñal, al parecer de hierro, con algunos signos cabalísticos, que había pertenecido, naturalmente, según él, a un glorioso caballero de Malta, puñal de un inmenso valor histórico, que en un momento de apuro había sido empeñado y perdido por un diplomático extranjero. Ignoro si era que Herrera encontraba excesivo lo que se le pedía por el pseudo puñal o que ya estaba *cargado* con su corredor, es el caso que no se entusiasmaba, resistiéndose a adquirir aquella preciosidad. Cuando se estaba tratando del asunto, llegó alguien con quien Herrera tenía que conferenciar y me quedé solo con el comerciante, a quien acosé hasta conseguir que me confesara que aquello no

era puñal ni mucho menos, sino un simple cortapapel muy antiguo y ordinario, al que daba prestigio el estuche de raso en que lo había colocado, para darle una broma a Herrera. ¿Broma?... Le pregunté entonces si en caso de que Herrera hubiera aceptado el precio, y lo hubiese pagado, lo habría recibido él. El hombre se indignó *honradamente* y cuando le conté a Herrera lo de la broma, que lo hirió, naturalmente, pero que contribuyó en gran parte a hacerlo más cauto en lo sucesivo, despidió, indignado, al pe-tardista. Era para mí, en efecto, realmente inconcebible que Herrera, con su inmensa inteligencia, fuera la ingenua víctima de tan burdas estafas y ello sólo se explicaba por un excesivo amor propio, que lo llevaba a mirar con benevolencia a todo aquel que lo halagase, no siendo muy exigente en la calidad del elogio. En el capítulo siguiente, insistiré sobre este amor propio, tan parecido a la soberbia.

## CAPÍTULO DÉCIMOPRIMERO

Herrera orador político.—Interpelaciones. — Solidaridad  
caballeresca con sus Ministros.—Herrera escritor

Herrera, que en 1873 había sido en el Parlamento un guerrillero audaz y brillante, se había perfeccionado también en esto, en el ostracismo, haciéndose un orador eminente, incisivo, eficaz e inagotable en sus recursos. La preparación de su candidatura presidencial fué un milagro de su talento vario y brillante, desde que su cargo ministerial, en el gobierno de Tajes, atraía sobre sí todo el peso de las relaciones con la Asamblea Legislativa, tanto más difíciles, cuanto que, si bien en ella Herrera tenía numerosos y buenos amigos, figuraban en su seno también adversarios formidables por su inteligencia y su hostilidad a todo trance. Durante ese período, Herrera debió responder a numerosas interpelaciones, no sólo relacionadas con su propia cartera, sino también con aquellas en las que figuraba *como cuarta*, según su pinto-

resco e intencionado lenguaje, pues el Presidente Tajés lo enviaba, siempre que era posible, para salvar los prestigios del Gobierno, que colegas menos brillantes podían comprometer.

No he visto jamás, como parlamentario, un talento con más variadas facetas que el de Herrera, ni que dispusiera de un caudal más abundante de argumentos decisivos, pues todas las formas, todos los géneros, le eran familiares, usándolos según los casos, con una habilidad insuperable. Y necesitaba ser así, para no caer abrumado y vencido ante la falange de brillantes oradores que lo rodeaban en hostil línea irresistible. Representantes eminentes del cerebro nacional, en todos los órdenes imaginables de actividades mentales, especialistas diversos en todas las modalidades de la vida intelectual, economistas profundos, jurisconsultos originales y brillantes, parlamentarios sobresalientes en derecho administrativo, constitucionalistas de reputación consagrada, de criterio original y decisivo, todos en un haz, en apretada falange, marchaban contra Herrera, que conservaba en la acción toda la elegancia caballerisca del esgrimista distinguido, manteniendo en sus labios la perpetua sonrisa, lo mismo al recibir que al devolver el golpe

mortal. En ese orden de luchas, tengo de él recuerdos imborrables; en ocasiones, he pensado en esos seres providenciales de que nos habla la Historia, al recordar triunfos de oratoria ministerial, que las circunstancias permitían calificar de maravillosos. Un día debía concurrir a responder, en la Asamblea, a preguntas que se le querían formular sobre un asunto asaz complicado, en que se rozaban intereses, grandes intereses de diversa índole, de imposible conciliación, por los rasgos inarmónicos que los caracterizaban y sobre el cual asunto no podía hablarse con franqueza absoluta, sin herir susceptibilidades de personas que eran o que se presumían factores decisivamente eficientes para la candidatura presidencial de Herrera. Los adversarios de éste, conocían estos detalles; habían escalonado el ataque, dando a cada uno su sitio y tema para el asalto y, naturalmente, para ello, habían consultado las aficiones, la preparación y la índole especial de cada cerebro, para que la batalla fuera más eficaz y conduyente. Herrera estaba informado de todo y comprendía que se preparaba una batalla formidable y decisiva; se daba cuenta de que era necesario prepararse en forma excepcional; pero como era el eje de aquel Gobierno y todo se le consultaba, le

era absolutamente imposible sustraerse por una hora a aquel alud constante, rítmico, abrumador, que hubiera anonadado a cualquiera que no tuviera los recursos de Herrera. Debido a estas circunstancias, llegó el día señalado, sin que nadie lo viera recoger datos o hacer estudios extraordinarios, siguiendo su vida ordinaria, completamente excepcional, en su misma normalidad. El día de la interpelación, era un día de calor abrumador; la sala de la Asamblea parecía un horno sofocante, a pesar de estar entornadas las puertas y las celosías, lo que mantenía la sala en una penumbra misteriosa. Herrera llegó a la hora justa, con el mismo aire de todos los días, sonriente, burlón, adivinándose en sus labios un epigrama pronto a partir. Entraron los legisladores y el Ministro y empezó la batalla. Las fuerzas adversas estaban distribuidas con maquiavélica habilidad, y el ataque, iniciado metódicamente, siguió así, sin precipitarse, dejando hondamente fundados sus argumentos, al parecer indestructibles. Uno de los defensores del Gobierno, el más preparado sin duda y obligado por esto a coadyuvar a la acción ministerial, vió el asunto de tal manera perdido al escuchar el ataque, que, no obstante su promesa solemne de votar con

el Gobierno, se deslizó silenciosamente entre las bancas, se esfumó, bajó la escalera como un fugitivo y se perdió en la calle. Entretanto, Herrera escuchaba impasible el ataque; como estaba solo, o poco menos, contra todos, dejaba hablar, para resumir luego su defensa y, en la penumbra sofocante del salón, acaso sonreía, porque, sin duda, tenía entonces el concepto ponderado de su fuerza y su valor. Cuando todos los atacantes hubieron hablado, la Asamblea parecía un campo de batalla sembrado de heridos, pues los amigos de Herrera estaban como desmayados, flácidos, caídos; Herrera estaba, como siempre, sonriente, y sonriendo pidió naturalmente la palabra, aunque acaso un oído prevenido hubiera notado en su voz una vibración nerviosa y amenazadora. Empezó a hablar con calma, serenamente; analizó uno a uno los argumentos formulados en contra, pulverizándolos con una habilidad de que no he visto otro ejemplo; fué insuperablemente lógico, admirablemente jurídico; pulsó todas las cuerdas: fué sereno y apasionado, suave y violento, sentimental y trágico y, después de haber abatido aquel reducto, al parecer inexpugnable, y de ver aplastados a sus defensores, tuvo un recuerdo tierno para las épocas en que había compartido sus emocio-

nes y sus ternuras con sus adversarios de hoy; en medio de aquel salón caldeado y sombrío, se oyó su voz, como una promesa, que decía: "No vengo aquí como un adversario; vengo, como un amigo, a traeros la verdad, la luz que disipe las tinieblas en que ha querido envolverse este asunto", y, al decir esto, una ráfaga inesperada empujó los balcones y abrió las celosías, y un torrente de sol de estío, inundando el salón, iluminó con sus rayos al Ministro triunfante, que aparecía consagrado en una apoteosis de gloria legítimamente conquistada.

Nadie comprendía aquello, ni los amigos ni los adversarios. ¿Cómo había triunfado Herrera? ¿Qué había dicho? ¿Qué había hecho? Nadie sabía nada del procedimiento; sólo se veía el triunfo ruidoso, enorme, inexplicable, pero colosal, y, en medio de él, a Herrera, siempre sonriente, amable, elegante, despidiéndose cortésmente del Presidente de la Asamblea, de sus adversarios de un momento antes y de sus amigos aun perplejos, para comunicar al Presidente Tajés un resultado sobre el que mucho se había dudado, y marchar luego a su Ministerio, donde tenía que abordar un despacho copiosísimo, mantenido siempre al día.

Y esta gimnástica continua duró mientras

duró su Ministerio, en el cual, él lo sabía, era atacado ruda, constantemente, con una habilidad visible, en la que las emulaciones inconfesadas, ponían su eficaz condimento para destruir su candidatura, que tantas visiones dantescas sugería, en muchos de sus contemporáneos, vencidos por sus prestigios evidentes. Y hay que confesarlo lealmente: nunca Herrera trató de eludir su concurrencia a las invitaciones que el Cuerpo Legislativo le formulara, no solamente por lo que estos duelos oratorios importaban para su prestigio político y para el triunfo de su candidatura, sino porque creía que acudir a dar esas explicaciones, era un deber ineludible para los Ministros, una sana garantía de higiene institucional, que los verdaderos hombres de Estado debían robustecer en lugar de debilitar, porque en ella reposa el equilibrio estable de las buenas prácticas republicanas. Y ese hombre público que así pensaba, primero en la llanura, y aun al ascender las primeras gradas de su encumbramiento político, fué, sin embargo, al llegar a la cumbre, de los que pretendieron utilizar su preparación y su talento indiscutibles en debilitar esas prerrogativas que habían reconocido y respetado desde el llano, olvidando la resonancia de la tribuna que ocupaban acci-

dentalmente, en la que puede, así la virtud como el talento, conquistar una gloria legítima; pero también encontrar el error una condenación severa y durable. Herrera era lo suficientemente hábil para comprender que un error no se sostiene solo sin violencia, que es preciso rodearlo de ciertos prestigios para que prospere o para disculparlo. Fundado en ello, pretendía justificar su resistencia a que sus Ministros, en ciertos casos, acudieran a las Cámaras Legislativas a dar las explicaciones que se les pedían, manifestando oficialmente que ello emanaba de su deseo de no contribuir a quebrar el perfecto equilibrio que debía existir entre las facultades de los distintos Poderes constitucionales, cosa que sucedería subordinando excesivamente el Poder Ejecutivo, ante la misión fiscalizadora del Cuerpo Legislativo, lo que debilitaría su acción, que debía ser necesariamente eficaz y decisiva. En el orden privado, justificaba esa resistencia, en uno de esos casos, fundado en que, agregado a lo que decía oficialmente, había otra razón íntima, y es que su Ministro interpelado no deseaba concurrir a ese pedido de explicaciones: de una parte, porque reconocía que le faltaban esas dotes oratorias que aseguran o hacen presumir un triunfo en tales actos, y de otra, porque la

falta de esas condiciones hacía que su intervención comprometiera una tradición invariable, en su interpretación constante, de determinados principios constitucionales, responsabilidad que no quería asumir de ningún modo el Ministro ni autorizar el Presidente. Fuera cual fuere la solidez de la oposición, el hecho era que el pueblo achacaba a la soberbia del Presidente su resistencia a dar explicaciones, pues el derecho a exigir las no se había desconocido antes concretamente, y así pareció comprobarse en el caso ocurrido, en el cual el Cuerpo Legislativo justificó doctrinariamente su derecho, y Herrera se sintió irritado con los amigos que suscribieron el informe que rechazaba sus doctrinas de resistencia a los privilegios legislativos.

Pero aun en estos mismos casos de crecimiento personal o de desvanecimiento político, Herrera no desmintió nunca sus tradiciones caballerescas, ni dejó de cumplir los deberes de una solidaridad perfecta con sus Ministros, sino en el caso de que uno de éstos resistiera agresivamente sus indicaciones.

Recuerdo un caso bien conocido. Uno de sus Ministros había sido invitado a dar explicaciones sobre la fabricación de unas medallas, hechas sin el requisito de la licitación.

·Era un asunto administrativo complicado, por el criterio jurídico aplicable, que había sido muy controvertido en la prensa, y, en el deseo de evitarle disgustos y complicaciones a su Secretario de Estado, que no era ni orador ni muy fuerte en jurisprudencia, el Presidente formuló, en un discurso sustancioso de una carilla, todo lo que debía decir y luego retirarse. El discurso era sobrio y discreto; pero el Ministro, con excesiva impertinencia, lo consideró insignificante, tanto más cuanto que decía tener ya preparada su defensa y asegurado su triunfo. Herrera se encogió de hombros, haciendo un gesto desdenoso y le volvió la espalda. El Ministro acudió, en efecto, a la interpelación, con cuyo motivo recibió la más formidable paliza que he visto aplicar a un Secretario de Estado y que, hablando lealmente, merecía, con lo cual se aplacaron sus humos y tuvo que entonar humildemente el *mea culpa*, por una derrota que a él solamente era imputable.

En cambio, cuando Herrera encontraba un Ministro que apreciaba en su verdadero valor sus esfuerzos, entonces se multiplicaba, conjurando inquietudes que nunca había albergado cuando se trataba de sí propio; pero que exageraba con sus Ministros, a quienes trataba, como lo he dicho ya, con la invariable caballerosidad y suprema distinción que

lo unían estrechamente a sus Secretarios de Estado.

Tanto o más brillante que como orador político, era, sin duda, como escritor, pues con increíble facilidad abordaba por igual todos los temas y, en cualquiera que le tocara tratar, las cavillas brotaban bajo su pluma con inausitada profusión. En tal sentido, es realmente lamentable que Herrera, como Carlos María Ramírez y otros de nuestros grandes escritores nacionales, hubieran dedicado todas sus actividades mentales a la prensa casi exclusivamente, donde la producción más brillante, la más concienzuda, la más científica, si se quiere, tiene, en esta forma, un obligado carácter de transitoriedad, que la localiza, por decirlo así, en la época en que se produce, y en ella se liga a los sucesos de esa época que la privan de su carácter de universalidad, incapacitándola para que se invoque nuevamente como doctrina general. En sus controversias periodísticas, Herrera no economizó su ingenio en ningún caso, haciendo verdaderos derroches de interpretación jurídica y constitucional, con una habilidad realmente insuperable, lo que hizo de él en su tiempo un adversario formidable y temible. Si la mínima parte de esa energía se hubiera condensado en el libro, acaso la bibliografía nacional se hubiera enriquecido con

más de una obra de aliento, que, dando celebridad a su autor, hubiera honrado al país, pues, así en él como en muchos de sus contemporáneos intelectuales, había variados y brillantes talentos, que tenían visible médula de grandes autores. He leído algunos trabajos del doctor Herrera, estudiando diversas épocas de nuestra historia nacional, y su estilo era tan atrayente, tan exacto su juicio sobre los sucesos y los hombres, había una habilidad tan penetrante e incisiva para desentrañar las causas de los sucesos más complicados, y una superioridad tan evidente para alzarse sobre nuestras pasiones en el juzgamiento de los sucesos producidos, que he admirado sinceramente esos trabajos, deplorando, en nombre de un elevado patriotismo, que hombres de esa talla no produjeran más que esas hojas volantes, siempre efímeras, que, con frecuencia, un culto póstumo pretende más tarde coleccionar, con más respeto al prócer que talento crítico, pues, repito, esas hojas, fruto del talento más brillante, tuvieron su razón de ser en el momento de su publicación; pero esa razón se fué, no existe ya y, entonces, es exponer a un fracaso al escritor que se quiere consagrar, pues su obra, candente ayer, escrita para los soldados que daban o recibían los golpes en la ruda batalla, es hoy

presentada o se pretende presentar, como doctrina trascendente y permanente, a generaciones nuevas, necesariamente frías para acoger con entusiasmo tal obra, desde que no actúan sobre ellas las circunstancias que generaron esa obra, y ni la escuchan ni la comprenden, porque lógicamente no la sienten, tal como se proyectó, se escribió y era reclamada por las exigencias políticas o sociales de la época.

Herrera hubiera sido un admirable historiador nacional, no sólo por las causas que he enumerado en párrafos anteriores, sino también, y principalmente, por su actuación propia en sucesos trascendentales de nuestra historia, por sus vinculaciones de familia con una serie de culminantes personalidades dirigentes, en los diversos acontecimientos precursores y simultáneos de nuestra organización política, acontecimientos que formaron un tiempo en torno suyo un ambiente propicio, el más adecuado para familiarizarlo con los hechos más oscuros, con los más complicados, con los más decisivos en las luchas fundamentales de nuestros partidos políticos y en nuestras relaciones internacionales con los países vecinos o próximos.

Si Herrera se hubiera sentido atraído por esta misión científica y patriótica, hubiera dejado, sin duda, una huella honda y lumino-

sa en nuestros anales literarios, pues había llegado a las cumbres de la vida, después de recorrer paso a paso, a veces penosamente, los ásperos flancos de la montaña, acumulando, en ese rudo peregrinaje, observaciones sobre los hombres del pasado, que le daban la clave de los sucesos en que habían intervenido, felices circunstancias que lo habilitaban para hacer noble y fecunda filosofía en la historia nacional, contribuyendo, con ello, a dar rutas nuevas, más modernas y más fecundas, a nuestras tradiciones atávicas, que forman algo así como la impedimenta que nos paraliza en el camino, cerrando a nuestro paso los senderos de una intensa civilización que debíamos poseer ya, no obstante nuestra juventud de nación, pues sería justo que alcanzáramos ese beneficio, desde que intensificamos también el sufrimiento y tenemos a nuestro favor el inmenso tesoro de experiencia institucional que generosamente nos brindan los países europeos, con un ensayo secular de cultura intensiva y fecunda, para cuya crítica serena nada nos priva, desde que carecemos de esos prejuicios, seculares también, que detienen a veces la marcha triunfante de las ideas.

---

## CAPÍTULO DÉCIMOSEGUNDO

Síntesis del Gobierno de Herrera.—Factores favorables o adversos que contribuirán a fijar más tarde su personalidad definitiva.

La inteligencia sobresaliente de Herrera, la multiplicidad excepcional de su actividad mental y todas las características de una inteligencia superior que lo destacaban entre los hombres de su tiempo, hacen imposible usar para con él, en su juzgamiento, de una lenidad piadosa, impuesta siempre para con los seres inferiores. En ese orden de ideas, acaso, la historia será severa con él, pues tuvo todos los elementos para ser un estadista eficiente, que marcara hondamente su huella en el peregrinaje de nuestra civilización, cosa que no supo, no pudo o no quiso ser.

A Herrera lo perjudicó profundamente su escepticismo de buen tono, colocado en el lugar de los grandes y sinceros amores a las ideas altas, que llevan en su germinación el desarrollo fecundo de las grandes rutas mo-

rales. Alardeando de ser un creyente sinceramente religioso, era de un indiferentismo absoluto y helado, que cubría ingeniosamente con brillantes y precarias florescencias sin arraigo, la ausencia de un dogma familiar y eficiente. Estudiándolo de cerca, se notaba en él una ligereza nativa, una especie de “qué se me da a mí”, un desdén verdadero por ciertas creencias generosas, por ciertas ingenuidades sanas que creía inconciliables con la política. Su espíritu travieso y fino encontraba placer en cultivar el maquiavelismo político en nuestra democracia primaria, para la cual era y debe ser un fruto envenenado e infecundo y, en ese orden, no tenía el menor inconveniente en hacer, como si fuesen la expresión fiel de la verdad, las más solemnes afirmaciones, que no tenían con ella más relación que ser precisamente su antítesis. En este sentido, su popularidad fué inmensa: jamás ha habido una fama más sólida de mentiroso consagrado. Hombre indiscutiblemente eminente, se dejó marear por las alturas, libó con excesivo placer la lisonja, que asecha siempre en torno de las cumbres del poder y esto—que es, desgraciadamente, hartó humano y que puede tolerarse a un sér inferior, para quien las altas cumbres alcanzadas sean o constituyan una muñeca del destino—es inadmisibile en un sér de alta y luminosa mentalidad.

Y no es el inconveniente de este desvanecimiento en el orden moral lo que me preocupa: es que el deslumbramiento del gobernante, una vez producido, se acentúa a cada hora, exigiendo más y más incienso, lo que restringe el círculo de sus relaciones a los que están dispuestos a quemarlo con exceso, relaciones que son siempre, más o menos en algo, los confidentes, los consejeros, los guardias avanzados, y entre los cuales se produce una emulación a quienes adulan más y mejor, corriente altamente corruptora que insensibiliza primero y mata después la fibra ciudadana. El hombre o el funcionario que se acostumbra a la caricia de la adulación, pueden estar seguros de ver menguada su dignidad, de ver oscurecida la claridad de su juicio para hacer el juzgamiento de sus amigos o consejeros, de ver alejarse de su lado los ciudadanos de valía, de consejo y de opinión, que no sienten inclinaciones al servilismo abyecto, en el que se embotan las más nobles cualidades del espíritu. Un hombre como Herrera, que había luchado encarnizadamente en la llanura, defendiendo las instituciones patrias, tenía excepcionales deberes en el poder, en defensa de esas mismas instituciones, cuyo solio soberano debió consolidar en forma definitiva. En un orden constitucional de diverso plano, más fundamental uno que el otro,

sin duda, pero ambos importantes, hay dos observaciones trascendentales que formular contra Herrera. La primera se refiere a su resistencia a que, en ciertos casos, sus Ministros acudieran a dar en el Cuerpo Legislativo, los informes que éste creyera deber solicitar. Hemos visto, en uno de los capítulos anteriores, que el doctor Herrera podía alegar algunas razones de orden íntimo para coonestar su actitud de resistencia, razones que era preciso acoger con beneficio de inventario, por su tendencia a no decir verdad; pero, fuera de esos pretextos de que me he ocupado ya, queda en pie el reproche que debe hacerse al Presidente, que es una autoridad en materia constitucional, por lo cual sus actos de gobernante van a tener una resonancia inmensa, actual y futura, quedando como un precedente desastroso en nuestra historia reciente. Herrera, que apreciaba en toda su extensión el inmenso poder que su cargo le daba, tenía, como nadie, el deber indisentible de tonificar la acción legislativa, vigorizando su funcionamiento,—para contrarrestar los arrestos de un despotismo incontrastable, del que acabábamos de salir en esa época,—de defendernos contra absorciones posibles de despotismos futuros, siempre próximos en nuestros organismos políticos, realmente embrionarios todavía. Aun suponiendo

do exactos los motivos íntimos invocados, nada podía justificar que se eludiera una prescripción constitucional salvadora, contra los avances del Poder Ejecutivo, que él, el doctor Herrera, conocía como ningún otro, pues su acción se había grabado y penetrado en su carne, en la forma de una persecución tenaz e inicua, sin que tuviera los medios a su alcance para contener de inmediato el atropello doloroso o la agresión injustificada. Cuanto más alta está situada la tribuna del que habla y más volumen tiene la personalidad que la ocupa, más trascendental y fecunda es su acción, más eficiente su consejo, más avasallador e irresistible su ejemplo y la huella que deja. Herrera desdeñó ese papel: entre el apostolado alto, sereno y permanente, que prescinde del aplauso contemporáneo, para identificarse con su sana repercusión en un lejano porvenir, y la travesura ligera, el ingenio sutil que complica la claridad de un precepto sencillo por la interpretación maquiavélica que se festeja y se aplaude hoy, sin pensar que ello pueda constituir mañana un grave mal, Herrera optó por esto último; borró de un golpe toda una honrosa tradición de luchas luminosas para la vida institucional de su patria; dentro de su misma exageración, se separó de las filas a que lo unían múltiples e indestructibles lazos, al

parecer, y prefirió el aplauso de un círculo estrecho, que deslucía su acción en vez de tonificarla y engrandecerla, antes que el fallo severo pero dignificante de la historia.

La otra observación es, sin duda, y en todos sentidos, mucho más trascendental: me refiero a la influencia directriz, que he citado antes, en uno de los precedentes capítulos. El hecho que se designa de este modo, no ha sido, no es y no será, acaso por mucho tiempo, una novedad, sino, por el contrario, un suceso perfectamente normal y corriente; la originalidad única en el caso de Herrera, consiste en haberle dado nombre y en haberla confesado. Al referirme anteriormente a este punto, he dicho que la confesión de la influencia directriz, por parte de Herrera, fué una declaración valiente y fué más, una declaración sincera. En efecto: él creía que el pueblo, entregado a sí mismo, en su inmensa mayoría, no se sentiría dispuesto a cumplir sus deberes cívicos, es decir, no abandonaría su hogar o sus distracciones para ese fin, dejando la parodia del sufragio a los profesionales del voto, que trabajan bajo las órdenes de esos odiosos defraudadores del más noble, del más trascendental de los derechos políticos, del verdadero basamento de la democracia. En este caso, le parecía justo y dig-

no de aplauso que el Presidente de la República dirigiera el proceso electoral, a fin de neutralizar o destruir la influencia perniciosa de los caudillos de barrio y obtener que fueran al Cuerpo Legislativo, no los elegidos por esos caudillos impulsados por pequeños intereses mezquinos, sino los designados por un funcionario de un orden superior, lo que hacía de él un presumible juez imparcial para elegir lo mejor, lo más meritorio, lo que más honrara a la Asamblea y al país. Como he dicho, Herrera era sincero en esto y, dentro de sus ideas, creía tener razón hasta el punto de confesar espontáneamente una intervención electoral que, antes y después, se han empeñado ingenuamente en negar los diversos gobernantes que ha tenido el país; pero es indudable que estaba completamente equivocado y confundía lastimosamente el rumbo de su gobierno.

En efecto, nada hay más peligroso, en nuestras democracias, que esos tutelajes oficiosos, para el ejercicio de los derechos políticos, que son, en su esencia y en su complejo funcionamiento, la misma democracia en acción; es, en la gimnástica del esfuerzo propio, donde se hace escuela de republicanismo eficiente; ejercitando los derechos de cada uno, se hace o se vigoriza el órgano que los ejecuta. Cuando otro piensa u obra por un tercero y así continúa indefinidamente,

no sabe o no quiere saber que va atrofiando insensiblemente el cerebro o la voluntad del mismo y que así destruye su pensamiento y suprime su carácter. Es así, pues, que lo único que consigue el gobernante *directriz*, es sustituir una acción, la propia, a otra acción, la del caudillo de barrio; pero la intervención de ese gobernante, ¿será acaso la mejor? ¿conoce a todos íntimamente para elegir el que más vale? El que trata de destruir las influencias que actúan sobre esos caudillos, ¿está seguro de no sufrir también ajenas influencias? ¿Es, por ventura, el Gobierno, el asilo más seguro de la virtud o de la imparcialidad? Ese gobernante mismo, que va a intervenir en la elección en forma decisiva, ¿no se sentirá arrastrado, por sus pequeños intereses o por sus grandes ambiciones, a hacer la elección en forma tal que asegure la perpetuidad de su influencia o la perpetuidad de su mandato? Las pasiones humanas no se contienen negándolas, porque ello es ingenuo e ineficaz; se contienen sofrenándolas, lo que es humano, y esto se obtiene imposibilitándolas de actuar soberanamente contra las instituciones.

La influencia de los caudillos no se destruye con otra influencia, que es tan precaria como aquella, pues precario es siempre todo

lo que reposa en la pasión del momento, fugaz y movediza, y no en la razón estable, serena y permanente, que da rutas invariables y luminosas a la actividad de los hombres y de los pueblos, que son los hombres colectivos. La acción de Herrera, la acción directriz electoral, fué tan desastrosa, como pudo serlo la de los caudillos que pretendió neutralizar, y lo fué, porque él mismo sintió actuar sobre sí influencias diversas, a las que debió subordinarse, influencias que no siempre pudo rechazar y que no pudo, o no quiso, o no supo seleccionar, decidiéndose con harta frecuencia por la peor. Su misión, dentro de su elevada mentalidad, dentro de sus prestigios y dentro de sus tradiciones más bellas, era asegurar en la forma más amplia, sincera y leal, el ejercicio del sufragio, a cada ciudadano, de modo que su voto fuera una parte fraccionaria útil del voto colectivo de la nación, dividido en tantas fracciones como entidades partidarias legítimas existieran, y que ese voto fuera respetado, su ejercicio ampliamente garantido, y aún su uso impuesto como una necesidad imprescindible de la sociedad, como un precepto imperativo, ineludible, de higiene política e institucional, en una palabra, hacer del sufragio una verdad, en favor o en contra del gobierno, cosa en

sí indiferente, pero una verdad tangible, un ejercicio real, un cimiento verdadero, donde levantar con firme base nuestras democracias, cuya vitalidad reposa en la lealtad con que se predicaban sus dogmas, en la verdad de sus postulados y en la impecable serenidad de su ejercicio.

Una obra semejante, daría la inmortalidad más legítima y más pura a un gobernante. Herrera pudo conquistarla; pero en su contra tuvo un exceso de ambición mórbida y una falta completa de austera virtud republicana.

He tratado lo adverso que se me ocurre contra el gobierno de Herrera, y lo he hecho con absoluta franqueza, dolorosa para mí, en ocasiones, porque esas faltas eran tal vez la resultante de las deficiencias de su cultura primaria y de su temperamento. Voy a ocuparme ahora de lo favorable.

Herrera era un optimista convencido, que confiaba sinceramente, sin dudas ni temores, la solución favorable de sus asuntos al porvenir. Tenía una fe inquebrantable en el mañana y, confiado en ella, se volvía invulnerable a los más rudos e injustos ataques. No le conocí nunca odios ni rencores para nadie; le oí con frecuencia discurrir, ridiculizar, lanzar epigramas más o menos acerados contra

una persona; pero nunca tuve conocimiento de que utilizara su alta posición oficial para vengarse de nadie, ni devolver recibidos agravios; por el contrario, un día, un antiguo amigo que lo había traicionado en cierta ocasión, vino legítimamente a caer ante él, comprometido en una cuestión que podía dar margen a una acción pública; ese hombre había tenido con Herrera una actitud condenable; cuando se vió perdido, pidió gracia al ex amigo traicionado, que lo salvó sin un minuto de duda, acaso con un íntimo sentimiento de desdén, pues no toleraba las cobardías; pero sin esfuerzo alguno, sin lucha con odios o agravios, que no ahondaban en su alma, ni la oscurecían. Herrera, contra quien se han formulado los ataques más formidables, los dejó pasar sin que se moviera un solo músculo de su rostro; tal vez en ocasiones contestó a ellos con un epigrama certero y acerado; tal vez los despreció; pero lo que lo hería siempre de una manera profunda, era que lo acusasen más o menos veladamente de sanguinario o de complicidades sangrientas de índole partidaria. En esos casos, perdía en absoluto la serenidad, porque la injusticia excedía todo lo humano, pues, repito, nunca he visto un hombre más sin esos odios ciegos, brutales, que son los que únicamente po-

drían explicar tales ataques, y no sólo no los tenía, ni en los casos de más acentuadas exacerbaciones partidarias, sino que tales odios eran inconciliables con su naturaleza superior, con su alta mentalidad y con las tradiciones hidalgas del ambiente caballeresco en que había nacido y en el que había transcurrido su juventud y se había moldeado su personalidad.

Dentro de los sucesos de su actuación oficial, Herrera defraudó las esperanzas que en él se habían fundado, derivando previsiones futuras de su actuación cívica pasada; pero, para explicar ese fracaso, hay que recordar, otra vez: que todas las plagas, todas las calamidades públicas y privadas, bailaron una ronda fantástica en torno suyo, durante su gobierno; que a él le tocó hacer reaccionar un organismo que había mermado sus energías bajo sucesivos despotismos; que le faltó el concurso de sus antiguos compañeros, en las viejas lides de un periodismo eficiente, concurso que, por egoísmo mismo, no debieron escatimarle; que se encontró solo para combatir antiguas pretensiones arrabaleras, que se alzaban airadas en hombros de una reacción violenta contra los que querían desalojarlas, y que, falto de esa cooperación de sus antiguos amigos a quienes lo ligaban los lazos

de comunes triunfos y derrotas, tuvo que buscar apoyos ajenos a su propio ambiente, desvirtuando su acción y comprometiendo sus prestigios. Herrera venía como un Presidente civil, como un gobernante de opinión, después de un interregno más o menos prolongado, que podía considerarse como una derivación del motín militar triunfante, y, en esa situación, se necesitaban condiciones excepcionalísimas, que Herrera no poseía, al menos en la medida que era necesaria para triunfar y perdurar. Cuando le faltó el punto de apoyo de sus antiguos amigos, cuyas veleidades debió perdonar porque son humanas,—y un gobernante que pretende triunfar tiene que ser ante todo humano—cuando le faltó, repito, el apoyo de esos amigos, cuyo afecto no pudo o no quiso reconquistar por orgullo, se inclinó a sus adversarios de ayer, pero se inclinó con exceso, exponiéndose a perder un equilibrio que era fundamental para su mantenimiento eficiente en el poder. A Herrera le sobró orgullo para triunfar como gobernante y le faltó austera virtud republicana para vencer como demócrata. Pudo ser un modelo incomparable de Presidente constitucional, en el caos de todas las calamidades que agobiaron el período de su mandato presidencial; pero no fué más que un

magistrado correcto, que restableció el civilismo en el gobierno, sin el brillo acentuado que pudo darle y que hubiera multiplicado y consolidado sus prestigios.

Herrera, combatido y calumniado, murió en la mayor pobreza, y esto—en maestras sociedades harto cartaginesas y tratándose de un hombre con un cerebro privilegiado y una inagotable travesura, a quien, si hubiera querido, le hubiera sido fácil enriquecerse—algo quiere decir, constituye, no sólo un elogio, sino un mentís a las groseras calumnias que contra él se han levantado. Dentro de su ambiente, atendidas las circunstancias que modificaron su acción propia, recordando nuestros anales, Herrera fué un buen Presidente, no lo mejor de lo que pudo ser, según el volumen de su personalidad sobresaliente, sino en la sucesión cronológica de nuestros gobernantes. La historia no tendrá con él, tal vez, grandes severidades; pero tampoco le consagrará laureles inmarcesibles, pues si no mereció, acaso, más reproches que aquellos a que se refiere este capítulo, en cambio, no dejó de su gobierno una huella luminosa, de esas que consagran una personalidad. Su gobierno no acreció en un ápice la reputación de Herrera, que la tenía superior en su actuación cívica, de modo que en lugar de recibir

él reflejos de su actuación gubernamental, fué su gobierno el que recibió prestigios de su actuación ciudadana.

Un político puede triunfar, sin una gran inteligencia, por la sinceridad leal de sus convicciones, por su abnegación y su desinterés; pero no triunfará jamás por sus travesuras ni sus maquiavelismos, fuera de lugar en un ambiente moderno, sinceramente democrático, porque ese modo de ser en quien llega a la cumbre del poder, ni se armoniza con su alta misión, ni sirve para otra cosa que para provocar y mantener latentes las incertidumbres y las desconfianzas populares.

Si Herrera hubiera sido un historiador concienzudo, un jurisconsulto sereno, un catedrático eminente, un filósofo original,—cosas todas que pudo ser con brillo si hubiera querido,—su inteligencia sobresaliente le hubiera servido para grabar honda huella en la historia nacional; pero sólo quiso ser político, sólo se sintió atraído por la vida pública tumultuosa e inquieta, que tan bien se armonizaba con su temperamento batallador de eterno combatiente, y por ello sólo queda de él la leyenda brillante de su juvenil cruzada periodística y, después, un nombre efímeramente grabado en la historia política y administrativa del país, cuando ha-

bía en él indiscutiblemente la médula de un varón consular, por la posesión de una inteligencia realmente soberana y deslumbradora.

Esta circunstancia misma perjudica su fama. Si Herrera hubiera sido un ciudadano vulgar y modesto, se recordaría, sin duda, su actuación en el gobierno como la de un buen Presidente; pero, con una personalidad descollante como la suya, el juicio popular tuvo que ser, y lo fué en efecto, inflexiblemente severo.

Otra facultad esencialmente suya y a que se ha hecho referencia en capítulos anteriores, su pasión por el epigrama y su insuperable manera de usar y aún de abusar de él, le valieron enemigos irreconciliables, personas a quienes postró para siempre con una saeta decisiva clavada certeramente en pleno pecho, de esas que dejan una herida que no se cierra jamás, y entre sus bordes un odio tan formidable que no concluye ni aún con la muerte del agraviante.

Esto es mezquino y es melancólico; pero es humano que se perdone más fácilmente un hachazo que derrenga, destruye o mata, antes que un alfilerazo que hiere nuestro amor propio harto sensible.

Herrera, que fué uno de los escritores más

brillantes de nuestro país, que, como abogado, fué el lógico más formidable y el polemista más hábil y más sutil que he conocido, encontrando recursos inesperados y sorprendentes, que recorrió con positivo e indiscutible acierto todos los registros de la actividad mental, no deja la estela de luz con que pudo señalar su gobierno en nuestra historia, y si la energía que gastó en defenderse por la prensa o en defender sus proyectos, la hubiera empleado en alzarse sobre las pasiones que lo rodeaban, lo oprimían y lo asfixiaban, para señalar rutas serenas a nuestras embrionarias democracias, no hubiera necesitado Herrera el transcurso de una década sobre su losa funeraria, para que el mármol o el bronce consagraran su recuerdo con rumbo a la inmortalidad.

Vi a Herrera en sus últimos días y lo vi con una profunda melancolía, porque la serie de sucesos contrarios que lo habían asediado, preparándole un crepúsculo que pudo haber evitado, no habían podido modificar su sér epigramático y acerado, aunque no poseía ya aquella agilidad primera que lo había distinguido.

Contemplando serenamente la personalidad de Herrera, en toda la amplitud de su inteligencia soberana, las múltiples facetas

de esa actividad mental, política y social que constituyeron su vida de perpetuo luchador, siempre brillante, de impecable cortesanía, genial en ocasiones, se piensa en el destino complejo de esos hombres con luz propia, destinados a guiar pueblos, trazando rutas al través de los campos cubiertos de malezas, en nuestras embrionarias democracias, se recuerdan con cierta melancolía lo que hemos llamado los defectos de Herrera, y pensamos, con dolorosa incertidumbre, que, acaso, esos defectos podrían ser: o modalidades de un temperamento excepcionalmente apasionado, o el fruto de las circunstancias en que se desarrolló su vida, o la enérgica influencia del ambiente áspero, rudo, primario, que le rodeó en esa época en que se plasman en las almas juveniles las ideas fundamentales que orientarán las actividades futuras.

A veces, leyendo los ataques enconados que se le dirigían, la violencia y la exageración injusta con que se le fulminaba por los mismos que tenían para otros todas las tolerancias, todas las dulzuras y todas las disculpas y atenuaciones, aunque tuvieran iguales o mayores defectos dignos de reproche, he pensado, con tristeza, que la proximidad de esos hombres eminentes, con los que hemos vivido

rozándonos necesariamente, por lo reducido de nuestro escenario, nos ha presentado aumentados defectos que de lejos no se verían, nos ha revelado contornos defectuosos que a la distancia se pierden y se esfuman en las vaguedades del horizonte lejano, y he sentido la nostalgia de esos ambientes serenamente grandes y noblemente justos, en que se hace justicia amplia y alta, sin rencores que ofuscan, sin odios que envenenan, sin pasiones enconadas que velan la razón suprema, que inspira y que dicta, en su forma más sana y más pura, los fallos serenos y definitivos de la historia.

En nuestras democracias luchadoras, en que las pasiones revisten formas colosales o monstruosas y en que las controversias llegan a la colisión casi sangrienta, a veces prolongada más allá de la muerte, aquí, donde esas luchas esterilizan tantos talentos y atroflan tantas actividades, disminuyendo inconsideradamente el número de los cerebros eficientes, en la obra del engrandecimiento nacional, cuando tan indispensable es la solidaridad fecunda que reclama urgentemente el perfeccionamiento social y político, produce honda pena la desaparición de hombres como Herrera, que han sido el orgullo de varias generaciones, que han sido exponente elocuente

de una época de luchas y de grandes enseñanzas y que mueren alejados, casi en silencio, en una penumbra misteriosa, distanciados de una parte importante del país, en medio de demostraciones más piadosas que entusiastas, cuando esos hombres debieran llegar a la estación postrera, arrullados por una sana popularidad, por una respetuosa consideración, que fuera culto y amor y que revelara a un tiempo prestigios legítimos, méritos verdaderos, virtudes acrisoladas, sacrificios indiscutidos, abnegaciones sinceras, impecable desinterés, todo lo que puede constituir, en su conjunto armonioso, como un símbolo, como un emblema patriótico, en torno del cual se inclinan todos los poderes, se descubren todas las cabezas, se estremecen todos los corazones, se anublan todos los ojos, brota de todos los pechos como una queja, como un sollozo en que el alma popular sintetiza su duelo, que se traduce en la oración que sube y se dilata por el ambiente, como la plegaria nura que consagra la apoteosis del que deja la vida para penetrar en la inmortalidad.

---



# ÍNDICE





# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO . . . . .	v
A MANERA DE EXPLICACIÓN. . . . .	1

## CAPÍTULO PRIMERO

Sus primeros años.—Ambiente colonial; comunismo doméstico primario; diversiones comunes: la muralla, la rabona; pesimismo sobre su inteligencia; sus estudios superiores; influencia francesa sobre la orientación de su mente; su espíritu crítico y epigramático.—Costumbres partidarias de la época, apasionamientos en los hogares; la marcha de Herrera al Paraguay como Secretario del general Flores; atracciones, para su carácter, de la prensa de entonces. . . . .	3
---	---

## CAPÍTULO SEGUNDO

El romanticismo en las costumbres y en la literatura.—Los románticos cursís, los literatos, los arrabaleros, los guerreros.—Influencia social de los novelistas franceses Dumas, Sué, Chateaubriand, Hugo, Lamartine, Musset.—La influencia de la filosofía espiritualista en los claustros universitarios.—Julio Herrera formado en un medio así.—Rápido retrato de Herrera.—Principismo imperante.—Sus tendencias positivas, su soberbia irreductible, su explicación en la adoración circundante.—«El Siglo», sus cultores, sus apasionados y sus defensores anónimos.—Los principistas.—Radicalismos imprudentes y sus consecuencias fatales.—La prensa defensora de estas doctrinas, su acción indiscreta y	
--	--

	Págs.
su heroica y juvenil inconsciencia.—Su falta de tacto para encauzar y congregar los elementos sociales flotantes y dispersos.—Agresividades mutuas. . . . .	19
CAPÍTULO TERCERO	
Las grandes luchas.—Presidencia interina de don Tomás Gomensoro.—Herrera, su Ministro de Relaciones Exteriores.—Candidaturas de Gomensoro, Muñoz y Ellauri; maquiavelismos imprudentes.—Presidencia de Ellauri.—La Legislatura de 1873; oposición al Gobierno; el motín de 1875; destierro de los principistas en la barca «Puig» . . . . .	38
CAPÍTULO CUARTO	
El destierro en la barca «Puig»; la revolución Tricolor.—Herrera en Buenos Aires; su estada en casa de Ellauri; sus estudios políticos y literarios.—Gobiernos de Latorre, Vidal y Santos; el Constitucionalismo; «El Plata»; «El Herald»; el 20 de mayo de 1880; restricciones a la imprenta; el ostracismo; la oposición latente.	55
CAPÍTULO QUINTO	
El Quebracho.—El general Máximo Tajés.—La Conciliación.—Alejamiento de Santos . . . . .	69
CAPÍTULO SEXTO	
Presidencia del general Tajés.—Gobierno de opinión.—Líneas generales de su gobierno.—Democrática actitud del gobernante al descender del Poder. . . . .	84
CAPÍTULO SÉPTIMO	
Presidencia del doctor Julio Herrera y Obes.—Sus actos iniciales.—Nombramiento del doctor Angel Brian para Secretario de la Presidencia.—Efecto desastroso de este nombramiento . . . .	100

## CAPÍTULO OCTAVO

Págs.

Presidencia del doctor Julio Herrera y Obes (Continuación).— Concepto de lo que debe ser un Presidente en nuestras demo- cracias.—Herrera ante el comicio: «influencia directriz»; valor de esta declaración y sus inconvenientes; criterio anterior y ul- terior al respecto; atrofia mortal del civismo activo.—Distancia- miento entre Herrera y las clases sociales dirigentes . . . . .	112
---	-----

## CAPÍTULO NOVENO

Presidencia del doctor Herrera (Continuación).—Sus Ministerios.— Autonomía ministerial.—Laboriosidad presidencial; sus incon- venientes.—Crisis de este Gobierno: rural, económica, financia- ra y política.—Sequía, isoca y langosta.—Quiebra del Banco Nacional.—Insinuaciones de curso forzoso; oposición invariable y serena de Herrera.—Conatos de subversiones . . . . .	132
---	-----

## CAPÍTULO DÉCIMO

El doctor Herrera en su múltiple acción política y social y en su intimidad.—Diversas anécdotas que explican su carácter y sus diversas personalísimas modalidades. . . . .	155
---	-----

## CAPÍTULO DÉCIMOPRIMERO

Herrera orador político.—Interpelaciones.—Solidaridad caballeresca con sus Ministros.—Herrera escritor . . . . .	180
---	-----

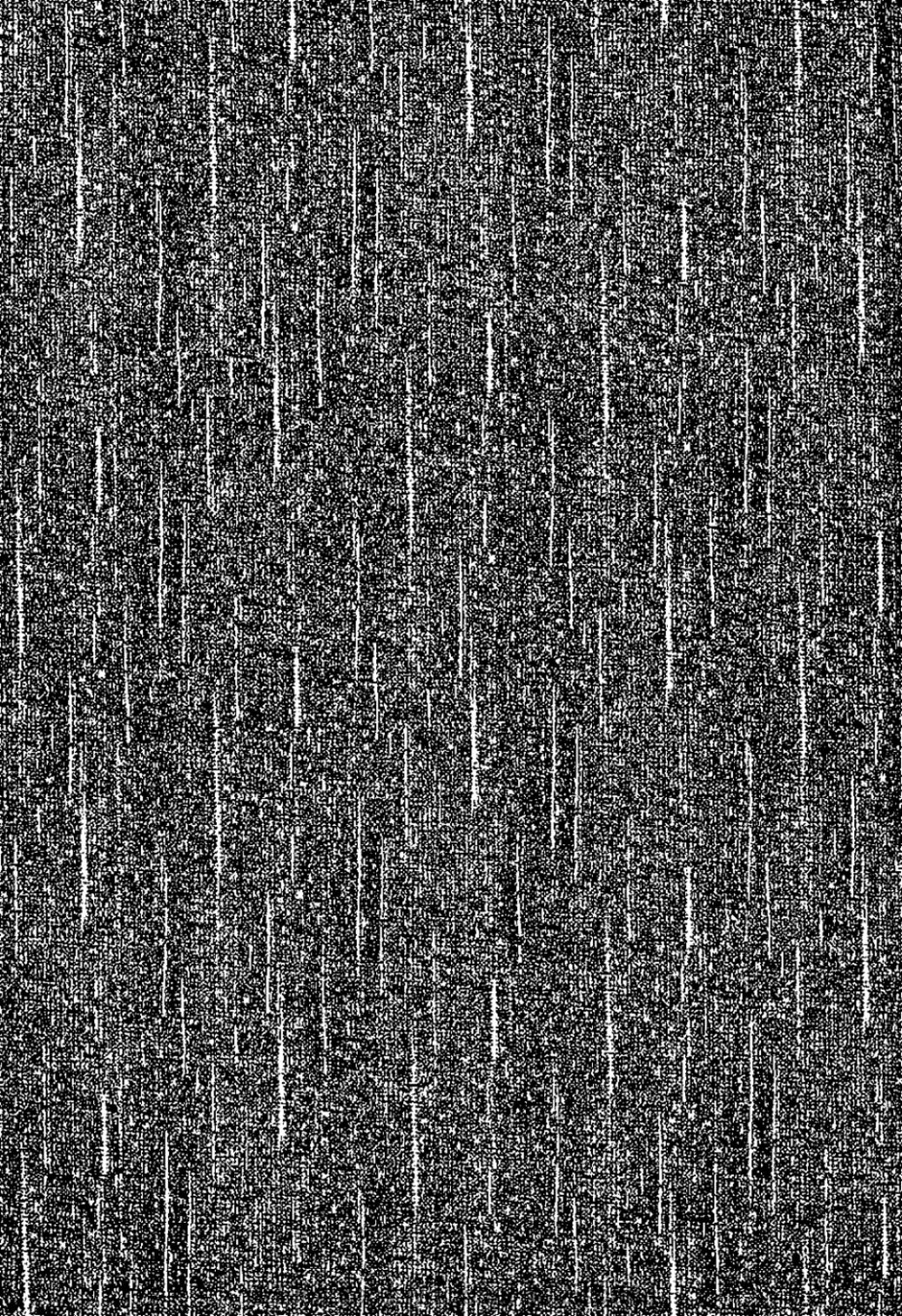
## CAPÍTULO DÉCIMOSEGUNDO

Síntesis del Gobierno de Herrera.—Factores favorables o adversos que contribuirán a fijar más tarde su personalidad definitiva . . . . .	194
---	-----



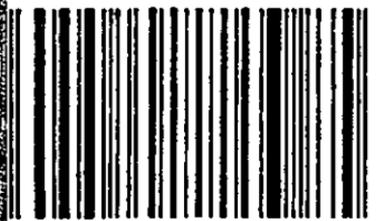








1102731342



356011538560118560